Serafín Bodelón

Literatura latina de la Edad Media en España

SERAFIN BODELON

LITERATURA LATINA DE LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA

AKAL

Maqueta: RAG

© Serafín Boledón
© Ediciones Akal, 1989
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Madrid - España
ISBN: 84-7600-394-3
Depósito legal: M. 14.571-1989
Impreso en GREFOL, S. A., Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

INTRODUCCION

No vamos a entrar en la discusión de cuándo comienza la cronología del controvertido concepto de Edad Media. Por razones de pragmatismo, me ha parecido necesario tomar como punto de partida precisamente la época visigótica. Por otra parte, como es bien sabido, tras la pugna de Américo Castro-Sánchez Albornoz, para muchos comienza precisamente entonces la *españolidad.*

Lo apretado de estas páginas nos obligará a dejar de lado múltiples autores, por lo que intentaré ofrecer una visión sintética global de los momentos más caracterizados, remitiendo, para más detalles, a la obra de Amador de los Ríos: *Historia Crítica de la Literatura Española,* Edit. Gredos, Madrid, 1969, (T. I-II-III). Igualmente serán de gran utilidad las páginas dedicadas por José Luis Moralejo a «Literatura Latina Medieval-Hispana», que el autor dictó en la Complutense de Madrid en los años 1971 a 1975 para estudiantes de Literatura Española y Filología Clásica, publicadas en colaboración por Taurus en 1980. Para aspectos cronológicamente situados entre el siglo VII y el XI será muy útil el libro de M. C. Díaz y Díaz: *De Isidoro al siglo XI,* publicado por Albir, Barcelona, 1976. Para escritores mozárabes será imprescindible el *Corpus Scriptorum Muzarabicorum* de J. Gil, Madrid, 1973, así como otras obras que, en su momento, irán surgiendo.

I. ÉPOCA VISIGÓTICA

Si el año 475 significa históricamente el fin del mundo antiguo con la caída del Imperio, para España más bien la configuración de una nueva época parece derivada de la batalla de Vouillé en el 507. En dicho año nace el reino visigótico delimitado casi a la Península Ibérica, aunque sin controlar totalmente la situación. En ese siglo VI que comienza, las letras latinas hispanas inician un despegue que culminará el siglo siguiente con la figura de San Isidoro. El siglo V produce figuras tales como Justo de Urgell, Apringio de Beja, Martín Dumiense, Eutropio, Severo de Málaga, Liciniano de Cartagena y Juan de Bíclaro, figuras cuyo papel pasamos a desarrollar.

JUSTO DE URGELL (siglo VI)

Noble aristócrata de familia «episcopal»; él y cuatro hermanos más, Nebridio, Justiniano y Elpidio fueron obispos. Cabe en ello atisbar la influencia latina (familia ecuestre, etc.) en un momento en que aún el Cristianismo está en período de asentamiento. Pero ya Isidoro critica este procedimiento para llegar a obispo[1]. Su hermano Justiniano fue, además de obispo, poeta, y buenas muestras de su quehacer poético nos han sido ofrecidas por Vives en poemas epigráficos[2]. Por lo que a Justo se refiere nos han llegado dos cartas, un sermón y la obra *In Canticum explicatio mystica,* que pasa por ser el primer comentario latino al *Cantar de los Cantares*[3]. Dicho co-

[1] ISIDORO, *De viris illustribus,* XX y XXI, edición de C. CODOÑER, Salamanca, 1964, pág. 145.

[2] J. VIVES, *Inscripciones de la Hispania Romana y visigoda,* núm. 279, Barcelona, 1942.

[3] J. PEREZ DE URBEL, «Las letras en la época visigoda», en *Historia de España* de MENÉNDEZ PIDAL, t. III, pág. 442.

mentario nos ha sido transmitido en el manuscrito 80 de la Real Academia de la Historia de Madrid, que a la vez contiene obras diversas de otros autores.

EUTROPIO DE VALENCIA (siglo VI)

Obispo de Valencia, notable por su virtud y su talento según Amador de los Ríos. Alma, junto con Leandro, de aquel memorable III Concilio de Toledo, cuando aún era abad del Monasterio Servitano (Guadalajara)[4]. Escribió una carta a Liciniano, epístola calificada de muy «útil» por Isidoro. Y escribió una carta a Pedro, obispo de Ercavica (Cuenca) *de districtione monachorum*, compuesta con salutífero lenguaje y muy necesaria para los monjes[5]. Es posible que Eutropio lograse un gran auge y resplandor para su monasterio Servitano, pues de allí salieron también muy probablemente otras notables figuras del siglo, como Severo, para la sede de Málaga y Liciano para la sede de Cartagena.

SEVERO DE MÁLAGA (siglo VI)

Publicó un libro contra Vicentio, obispo de Zaragoza, quien se había dejado caer en las redes del arrianismo. Escribió un *De uirgimitate ad sororem libellus,* tema predilecto de varios escritores de la época visigótica (cf. el *Libellus de institutione uirginum* de San Leandro); e incluso rozando el tema el *Liber de uirginatate* de San Ambrosio, así como del *De sancta uirginitate liber* de San Agustín. Lastimosamente la obra de Severo se ha perdido y no podemos establecer comparaciones; sea suficiente, pues, el resaltar que la insistencia en el tema no se debe a una impronta visigótica.

LICINIANO DE CARTAGENA (siglo VI)

Colega y amigo de Severo de Málaga, así como de Eutropio de Valencia. Se supone por esta amistad, que los tres amigos obispos procedían del monasterio Servitano, donde se habrían formado. Escribe una carta al papa Gregorio, y relata en ella que, caso de seguir sus instrucciones, nadie podría ser ordenado sacerdote en su jurisdicción[6]. Escribe *Cartas* a Eutropio, siendo éste aún abad del mo-

---

[4] JUAN DE BÍCLARO, *Chronica,* citado por AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia Crítica de la Literatura Española,* t. I., Madrid 1969, pág. 326.

[5] ISIDORO, *De viris illustribus,* XXXIII, edición de C. CODOÑER, Salamanca, 1964, pág. 152.

[6] J. MADOZ, *Liciniano de Cartagena y sus cartas,* Madrid 1948, pág. 87. Véase también VEGA, A. C., *Epistolario de Liciniano de Cartagena a Gregorio Papa,* El Escorial, 1935.

nasterio Servitano. El manuscrito I-34 del Escorial finaliza con varias cartas, entre otras las de Liciniano[7]. Gracias a estos tres amigos, monjes y luego obispos, puede decirse que en el Levante hispano despuntó un florecimiento de las letras, aunque fuese en un estadio inicial y rudimentario. Y lo mismo podría decirse de Cataluña gracias a la figura de Justo de Urgell, como vimos, y sobre todo, gracias a la obra de Juan de Bíclaro, como veremos seguidamente.

JUAN DE BÍCLARO (siglo VI) 540-621

Es el primer escritor de estirpe goda. Nació en Santarém (Portugal) y durante su juventud cursó estudios de letras griegas y latinas en Constantinopla durante siete años. De regreso a Hispania comenzó a polemizar contra los arrianos, por lo que fue desterrado por Leovigildo a Barcelona. Fundó el monasterio de Bíclaro y redactó una *Regula* para regir la vida de la comunidad, inspirándose en el ejemplo de San Benito. Pero mucho más importante y trascendente fue su *Crónica,* con cuya obra demuestra ser un historiador de gran talla, poniendo en juego la magnitud de los sucesos y los personajes. Juan de Bíclaro es la cabeza de puente entre los autores de Crónicas que le precedieron (Eusebio, Jerónimo, Próspero, Sulpicio, Idacio, Victor de Túnez) y los posteriores a él (Isidoro, Crónica Bizantino-Arábiga del 741, Crónica mozárabe del 754, Crónica Profética, Crónica de Alfonso III, la Albeldense, la Rotense y la de Sebastián). Díaz y Díaz ha estudiado muy sabiamente las interrelaciones entre unas y otras[8]. Quien ha buceado con más claridad en la vida y obra del Biclarense ha sido Julio Campos[9] en un amplio y detallado estudio. La Crónica del Biclarense comienza en el 567, en el punto cronológico en donde finalizó la suya Víctor de Túnez con Justino el Mozo y finaliza en el 589 con el emperador Mauricio, con Recaredo para España; y es, precisamente con Recaredo con quien comienza la Crónica Bizantino-Arábiga del 741; lo cual demuestra la sensación de continuidad que pretendían suscitar los autores de Crónicas en la Edad Media.

---

[7] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *Index Scriptorum Latinorum Medii aeui Hispanorum,* Salamanca, 1959, núm. 127.

S. BODELÓN, «Cinco escritores latinos en la España del siglo VI», AQUIANA, núm. 699 (1985).

[8] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., «La transmisión textual del Biclarense» en *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, págs. 119-140.

[9] CAMPOS, J., *Juan de Bíclaro, obispo de Gerona. Su vida y su obra,* C.S.I.C., Madrid, 1960.

APRINGIO DE BEJA (siglo VI)

Obispo de Beja descrito por Isidoro como experto en el hablar y erudito en la sabiduría[10]. La figura de Apringio en la zona Sur de la Lusitania demuestra que estos territorios no fueron ajenos al despertar visigótico. Escribió un *Comentario al Apocalipsis* de sutil sensibilidad y distinguido acento; tal género llegaría a ser en Hispania egregio: baste recordar al Beato de Liébana, doscientos años posterior a Apringio, con múltiples códices miniados de su *In Apocalysim.*

MARTÍN DUMIENSE (siglo VI) ¿510-580?

Es una figura estelar extraordinariamente importante. Originario de Panonia (Hungría), recorrió durante varios años las provincias del Imperio Bizantino[11]; por ello llegó a asimilar la cultura griega, además de la latina, y a tener un contacto directo con el monacato oriental, así como con la patrística. Conoció la obra de Agustín, Jerónimo, Hilario, Casiano, Séneca, Cesáreo de Arlés[12]. Hacia mediados de siglo llega al reino suevo por mar y funda numerosos monasterios: Dumiense, Antonino, Victorino, Tabanense, Bargense, Magnetense, Turricense, Claudino, Cabanense, Acerense[13]. A él se debe la conversión al catolicismo del reino de los suevos y sus primeros contactos con la cultura. Enseñó a sus discípulos incluso el griego; uno de ellos, Pascasio Dumiense, tradujo del griego al latín una *Vita Patrum,* a partir de uno de los muchos manuscritos que Martín había traído consigo de Oriente; dudan algunos que Pascasio hubiese aprendido el griego directamente de Martín[14].

Llegó a ser metropolitano de Braga, período en el que mantuvo intensas relaciones epistolares y también personales a través de Sínodos y Concilios con otros obispos del reino suevo: con Nitigisio de Lugo, a quien dedica su obra *Cánones,* con Wittimer de Orense, al que dedica el *De Ira,* y con Polemio de Astorga, a quienes dedica el *De correctione rusticorum,* sin duda la mejor de sus obras. Fuera de Hispania le alaban y admiran Gregorio de Tours y Venancio For-

---

[10] ISIDORO DE SEVILLA, *De Viris Illustribus,* XVII, edic. citada de C. CODOÑER, pág. 143.

[11] T.W. RETTIG, *The Latinity of Martin of Braga,* Ohio State University, 1963. Y también J. PÉREZ DE UBEL, *El monasterio en la vida española de la Edad Media,* Barcelona, 1942, pág. 31.

[12] A. FONTÁN, «Martín de Braga: proyección histórica de su persona y su obra», en *Humanismo Romano,* Barcelona, 1974, pág. 196.

S. BODELÓN, «S. Martinho Dumiense», en *Correio do Minho,* Brag, 28, Nov., 1985.

[13] Según carta dirigida por Drumario a Fontano, recogida por BERGANZA en *Antigüedades de España,* pág. 35 y citada por AMADOR DE LOS RÍOS, en *Historia crítica de la literatura española,* t. I, Madrid 1969, pág. 302.

[14] J. GERALDES, *A versâo latina por Pascasio de Dume dos Apophthegmata Patrum,* Coímba, 1971, y A. FONTÁN, cfr. nota 12, pág. 195.

tunato. Llegó a ser amigo del rey suevo Teodomiro, coetáneo de Justiniano y Atanagildo[15].

El manuscrito M-III-3 del Escorial nos ha transmitido varias obras de Martín: el *Pro repellenda iactantia,* el *De superbia,* la *Exhortatio humilitatis,* el *De ira,* cuyo título evoca resonancias senequistas, el *Formulae uitae honestae,* así como *Poemas*[16].

Martín de Braga (o Martín Dumiense) es una figura destacada, de gigantesco nivel intelectual, que fue capaz de arrojar inmensa luz sobre un territorio del que poco antes de su llegada casi nada sabíamos. Todo lo que sabemos del reino suevo con anterioridad a Martín Dumiense, es lo que nos cuenta en su *Crónica* Idacio de Aquae Flaviae (hoy Chaves), muerto en el 470. La crónica de Idacio abarca del año 378 al año 469 continuando su Crónica, donde había terminado precisamente la de San Jerónimo y es la mejor fuente para conocer la invasión y movimientos de suevos, vándalos y alanos. Idacio describe con exactitud los eclipses y pasos de cometas de la primera mitad del siglo V, como ha podido precisar la técnica moderna; no hay por qué pensar en falta de objetividad, como algún crítico ha pretendido. Pero la labor de Idacio se quedó en lo historiográfico, describiendo, pero sin alterar la realidad. Martín Dumiense, en cambio, poseía un proyecto más ambicioso: *transformar el reino suevo.* Hay que reconocer que lo consiguió con creces, con la conversión de los suevos, con el desarraigo de las supersticiones, con la difusión de sus obras y con la propagación de la cultura. Dedicó a esta tarea treinta años, pues llegó al Noroeste peninsular por el año 550, procedente de Oriente; sabía el griego, que debió aprender y hablar en Constantinopla y Palestina, donde conoció, además, la vida monacal; nadie en su época en España sabía griego, si exceptuamos a Juan de Bíclaro (nacido en Scalabis, hoy Santarèm), quien había estudiado siete años en Constantinopla en sus años mozos y que tenía cuarenta años, cuando en el 580 muere el docto y activo Martín Dumiense. Cinco años después de su muerte, los visigodos conquistan el reino suevo, tras siglo y medio de existencia, abarcando Galicia, León, Asturias y Norte de Portugal, hoy en día, aquel territorio suevo.

Isidoro nos informa que leyó del Dumiense el libro *De differentiis quattuor uirtutum,* así como un *Volumen epistolarum;* afirma también Isidoro que escribió muchas otras obras[17]. Pero el libro más característico y que logró más difusión de nuestro autor es la ya citada *De correctione rusticorum,* transmitida en una docena de manuscritos entre el siglo VIII y VI; se trata de una obra de catequesis, pero los capítulos siete al doce incluyen narraciones sobre las supersticiones populares de temática mitológica y descripciones idolá-

---

[15] A. FONTÁN, *Op. cit.,* pág. 199.

[16] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., «La Cultura Literaria en la España visigoda», en *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 79.

[17] C. CODOÑER, *El de Viris Illustribus de Isidoro,* Salamanca, 1964, pág. 146.

tricas altamente sugestivas, así como en los capítulos dieciséis y diecisiete. Interesante sobre Martín Dumiense es el artículo de Fontán, que nos introduce plenamente en el personaje así como en el ambiente de la época[18].

LEANDRO DE SEVILLA (siglo VI) ¿536?-600

Hijo de Severiano, natural de Cartagena, quien se trasladó a Sevilla tras el desembarco de los bizantinos en el 551, con sus hijos: Leandro, Fulgencio, Florentina e Isidoro. Florentina fue monja y poetisa, sus tres hermanos ostentaron el episcopado. De los poemas de Florentina, himnos sacros, nada nos ha llegado, pero de su talento da testimonio el propio Leandro, y es el primer nombre femenino de la Historia de la Poesía española[19]. Fulgencio fue obispo en Ecija e Isidoro sucedió a Leandro en Sevilla, lo que parece evidenciar un caso de «familia episcopal», por más que Isidoro tuviese sobrados méritos. Ya vimos otro caso de «familia espiscopal» al hablar de Justo de Urgell y sus hermanos Nebridio de Egara y Justino de Valencia. Sabemos además que Braulio de Zaragoza no sólo fue obispo, sino que también Gregorio, su padre, había desempeñado tal ministerio[20].

Respecto a Leandro sabemos que fue desterrado por Leovigildo debido a ser el causante de la conversión de Hermenegildo al catolicismo; luego emprendió un viaje a Roma y Constantinopla, viaje que algunos creen que fue en misión diplomática y otros creen que se trata del mismo viaje de destierro. En dicho viaje conoció en Constantinopla al enviado del papa Pelagio II, el que sería llamado Gregorio el Grande. A petición de Leandro, Gregorio escribe la *Expositio in Job,* obra que luego Gregorio le envía a Sevilla; también le envió más tarde la *Regula Pastoral.* A Leandro se debe la afición a las letras de Sisebuto, Bulgarano, Chindasvinto y otros próceres visigodos. Instruyó en el catolicismo a Recaredo, y junto con Eutropio, fue el alma del III Concilio de Toledo en el 587. Precisamente se conserva el discurso que pronunció en dicho Concilio con el título *Homilia in laudem Ecclesiae.* Se conserva también el *De institutione uirginum,* regla monástica dedicada a su hermana Florentina, que entronca con este tradicional tema surgido en Occidente con Tertuliano en su *De uirginibus uelandis* y con Cipriano en su *De uirginitate;* el tema fue continuado por Jerónimo y Agustín, según citamos a propósito de Severo de Málaga (en este mismo capítulo). También Casiano, que había viajado a Jerusalén y Egipto con la virgen berciana Egeria desde Constantinopla, escribió sobre esta temática.

---

[18] A. FONTÁN, *op. cit.,* pág. 217, véase sobre todo, C. W. BARLOW, *Martini Bracarensis Opera Omnia,* New Haven, 1950.

[19] AMADOR DE LOS RÍOS, *op. cit.,* pág.327.

[20] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *op. cit.,* pág. 91.

Y en Hispania ya Osio había dirigido una epístola a su hermana *De laude uirginitatis* y Severo de Málaga (como vimos) un *De uirginitate ad sororem libellum*[21]. Leandro no hace, pues, más que continuar el tema, con la elegancia estilística y dominio retórico, que muy bien ha puesto de manifiesto Jaime Velázquez[22]. Hemos dicho, además, que el tratado en cuestión es, en el fondo una *Regula,* que tiene en la historiografía literaria categoría de subgénero; y en este aspecto, Leandro no hace más que continuar una línea esquemática esbozada ya por Pacomio, Casiano, Agustín y Benito en sus respectivas *Regulae,* las cuales rigieron los cenobios hispanos en los siglos IV y V. El renacer visigótico produjo varias Reglas, como la de Juan de Bíclaro lastimosamente perdida, esta obra de Leandro que nos ocupa, la *Regula Monachorum* de Isidoro, la *Regula Monachorum* de Fructuoso; y otros tratados sobre el tema, sin ser exactamente Reglas, aludían a la conducta monacal tales como *De districtione monachorum* de Eutropio (a quien aludimos en el presente capítulo), el *De monachis perfectis* de Valerio, o las *Sententia Patrum* de Martin Dumiense[23].

BRAULIO (muerto en el 651)

Sucedió a su hermano Juan en la sede episcopal de Zaragoza, por lo que muchos deducen que debió pertenecer a una familia «episcopal». Su hermano Frunimiano ejerció como monje en el Monasterio de San Millán de la Cogolla. Su hermana Pomponia fue abadesa. Tuvo otra hermana, Basila, de la que poco se sabe. La idea de que el padre de estos cinco hermanos era obispo, procede, a mi entender, de una errónea interpretación de dos versos del epitafio elaborado por Eugenio de Toledo en honor a Juan, predecesor de Braulio en la sede de Zaragoza; los dos versos en cuestión dicen:

> Nobilis hunc genuit clara de matre sacerdos
> factis egregius, nomine Gregorius[24].

Es decir, «un sacerdote noble, de nombre Gregorio, ilustre por sus hechos, le engendró de una madre ilustre». Parece arbitrario traducir «obispo», en vez de ilustre por sus hechos.

Díaz niega que Braulio haya sido discípulo de Isidoro y apunta que más bien parece semejante a Juan de Bíclaro; las razones parecen contundentes: el uso de la lengua de Isidoro y Braulio así como

---

[21] J. CAMPOS, *Santos Padres Españoles,* t. II, *S. Leandro, S. Isidoro, S. Fructuoso,* BAC, Madrid, 1971, pág. 12, y ss.

[22] J. VELÁZQUEZ, «Index rhetoricus del Institutione uirginum», en *Helmántica,* XXIX (1978), pág. 173, y ss.

[23] J. CAMPOS, *op. cit.,* pág. 4.

[24] J. OROZ, «Sancti Braulionis Caesaraugustani episcopi Vita Sancti Aemiliani,» en *Perficit,* IX (1978), pág. 166.

su métrica son opuestos, y sus respectivas formaciones disimétricas[25]. Sí es cierto que existió una intensa relación episcolar entre ambos personajes y que, sin duda, coincidieron en Toledo a propósito de los Concilios y de ahí el interés y admiración de Braulio por la obra de Isidoro (sabido es que dio la última mano a las *Etimologías* antes de su publicación, tras la muerte de Isidoro, quien dedicó veinte años a tal obra magna). Es más, Braulio impulsó a Isidoro a escribir tal obra.

Braulio poseyó una formación amplia e intensa: conoció directamente la obra de Virgilio, Ovidio, Juvenal, Terencio, Horacio y casi todos los autores de la edad del apogeo clásico. Mantuvo correspondencia con los hombres más destacados de su tiempo en Hispania: Isidoro, Fructuoso, Chindasvinto, Recesvinto, así como con el papa Honorio. Su correspondencia llegada hasta nosotros está formada por un total de 44 *Cartas*. Su modelo dentro del género epistolar es San Jerónimo[26].

Llegó también hasta nosotros su *Vita Sancti Aemiliani,* biografía de San Millán de la Cogolla, obra vinculada al surgimiento de la lengua castellana en sus primeras manifestaciones escritas. Fue escrita a petición de un hermano de Braulio que era monje en el Monasterio de San Millán de la Cogolla, el cual citamos arriba, Frunimiano. Se conserva también un *Himno* de unos ochenta versos dedicado a San Millán, de lo más selecto de lo que en versos se escribió en el siglo VII. Oroz publicó la *Vita* y el *Himno* con una breve, pero lúcida y certera introducción previa, donde analiza el esquema seguido por Braulio para redactar la *Vita,* resaltando la búsqueda de objetividad por parte del autor; Braulio recurre a fuentes fidedignas, llegando incluso a que su obra sea revisada por testigos vivos antes de ser publicada[27].

TAJÓN DE ZARAGOZA (siglo VII)

Fue un monje del monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, como también lo habían sido Braulio y su hermano Juan, predecesores suyos al frente de la diócesis caesaraugustana; y ello ofrece un paralelo con la sede toledana, que se cubría por esta época con monjes procedentes del monasterio Agaliense, próximo a Toledo, cual es el caso de Ildefonso y Eugenio. Se evidencia así el enorme papel cultural que el monacato desempeñó en la época visigótica.

Tajón sucede a Braulio en el año 651 en el episcopado caesaraugustano. Cita a Horacio, pero quizá nunca lo leyó directamente, sino que debe tratarse de una citación recogida de una lectura patrística.

---

[25] DÍAZ Y DÍAZ, M.C., *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 42 y 148.

[26] J. MADOZ, «Fuentes jeronimianas en el Epistolario de S. Braulio de Zaragoza», en *Gregorianum*, 20 (1939), págs. 407-422.

[27] J. OROZ, *op. cit.*, pág. 175.

En realidad Tajón sintió siempre una eufórica admiración hacia la obra de Gregorio Magno, entusiasmo que le empujó a viajar a Roma para adquirir obras suyas; otros, en cambio opinan que viajó a Roma a instancias de Chindasvinto, gran impulsor de las letras[28]. También siente atracción y veneración hacia la obra de Isidoro, pero esto es algo común a casi todos los hombres de letras de Hispania de la época.

En sus *Cartas,* además de la influencia de Gregorio Magno puede rastrearse también la huella del eminente y erudito San Jerónimo, algunas de cuyas *Cartas* circulaban por Hispania. Sus *Sententiae* sufren también la impronta de San Agustín, aunque el influjo mayor que puede percibirse es también la huella de su admirado Gregorio Magno[29].

EUGENIO DE TOLEDO (muerto el 657)

Procedía de estirpe goda, estudió en el monasterio Agaliense de Toledo y en Zaragoza, donde fue discípulo de Braulio. Chindasvinto, de quien era amigo, le nombró para la sede episcopal de Toledo; también a sugerencia de Chindasvinto editó la obra de Draconcio, poeta vándalo. Fue de salud enfermiza, de carácter tímido y retraído, pero sensible e interesante.

Escribió *Cartas,* donde se evidencia su falta de seguridad en asuntos eclesiásticos. Pero su labor más distinguida fue como poeta. El *Appendix Eugeniana* es una hermosa colección de poemas con dos partes muy diferenciadas; existen unos poemas descuidados que parecen más bien ejercicios escolares, poemas de circunstancias sobre asuntos técnicos desprovistos de relieve y colorido poético; y existen otros poemas de temática personal e intimista, donde aflora el dolor, el pesimismo, el miedo ante la enfermedad y la muerte. Este quehacer poético ha colocado a Eugenio en el puesto más destacado de los poetas del siglo VIII[30]. Sus poemas influyen notablemente en el visigodo Teodulfo, el mayor poeta de la corte carolingia, luego obispo de Orléans[31]. En el poético «tema del ruiseñor» actúa de cabeza de puente entre el pasado y la Edad Media; el mito de Filomena y Proene, simbolizadas por la golondrina y el ruiseñor, había sido tratado por Apolodoro (3, cap. 14), Pausanias (1, cap. 42; 1.10, cap. 4), Higinio (fáb. 45), Ovidio (Metamorfosis, 6, fáb. 9 y 10), Virgilio (Geórgicas 4, versos 15 y 511). La *Antología Palatina* y Paulino de Nola habían de nuevo tocado el «tema del ruiseñor». Para el tema

---

[28] J. MADOZ, «Tajón de Zaragoza y su viaje a Roma,» en *Mélanges J. de Ghellinck*, Gembloux, 1951, pág. 345, y ss.

[29] L. SERRANO, «La obra "Morales" de S. Gregorio en la Literatura Hispanogoda», *Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos,* 24 (1911), pág. 482 y ss.

[30] C. MESSENA, *Ritratto di Eugenio il Poeta,* Roma, 1976.

[31] L. ALFONSI, *La Letteratura Latina Medievale,* Milán, 1972, pág. 76.

del ruiseñor en la literatura española véase el artículo de Rosa María Lida[32].

ILDEFONDO DE TOLEDO

El año 657 otro godo sucede en la sede de Toledo al godo Eugenio; se trata de Ildefonso, que era abad en el monasterio Agaliense toledano. Dicho monasterio suministró durante una centuria los obispos que nutrirían la sede toledana, del mismo modo que también Dumio nutría la sede de Braga, Santa Engracia la sede de Zaragoza, o Cauliana la sede de Mérida.

Escribió poemas que no han llegado hasta nosotros. Lo que más le gusta es la tarea de sintetizar o completar obras anteriores, dando muestras de laboriosidad y erudición. Su obra más importante es el *De perpetua uirginitate beatae Mariae aduersus tres infideles,* con evidente derivación de San Jerónimo. Su estilo es «sinonímico» y está lleno de paralelismos, gradaciones y «variatios» que evidencian influencias de las *Sententiae* y los *Synonyma* isidorianos[33].

En su *De uiris illustribus* Ildefonso completará, según él mismo afirma, la obra isidoriana del mismo título, poniendo enfático acento en los escritores que se formaron en el monasterio Agaliense; con ello intentaba convertir a Toledo en el centro religioso indiscutible de Hispania; para ello no vacila en recurrir al olvido o a la displicencia hacia escritores no toledanos, incluido San Isidoro[34].

Escribió un *De cognitione baptismi*, que pone de manifiesto la obsesión por recopilar materiales sobre el tema en autores anteriores[35].

JULIÁN DE TOLEDO (644-690)

Brillante discípulo de Eugenio, fue Julián un erudito muy culto; él mismo dice que lo que intenta hacer es una recopilación de datos para facilitar la lectura a lo que hoy llamaríamos gran público[36].

Fue metropolitano de Toledo los diez últimos años de su vida. Escribió un libro sobre escatología, verdadero tratado de ultratumba, que hizo las delicias de la Edad Media; en efecto, el *Prognosti-*

---

[32] R. M. LIDA, «El ruiseñor de las Geórgicas y su influjo en la Literatura Española de la Edad de Oro», en *La Tradición Clásica en España,* Barcelona, 1975, págs. 100-117.

[33] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *op. cit.*, pág. 45.

[34] C. CODOÑER, *De Viris Illustribus de Ildefonso de Toledo,* Salamanca, 1972.

[35] L. ROBLES, *Anotaciones a la obra de S. Ildefonso «De Cognitione baptismi», en «La patrología Toledano-Visigoda»,* Madrid, 1970, pág. 263 y ss. y F. RIVERA, *S. Ildefonso de Toledo,* Madrid, 1983.

[36] IVLIAN. TOLETAN. PL. 96,456, «en este libro no hallarás mis opiniones, sino los ejemplos y enseñanzas de los antepasados...»

con futuri saeculi fue uno de los libros más leídos durante la Edad Media[37] y estaba dedicado a Idalio de Barcelona, con quien mantuvo correspondencia epistolar.

Se conserva también un *Ars grammatica,* que parece un conjunto de datos recopilados por sus discípulos, a base de materiales sacados de las *Etimologías* de Isidoro, dada la asistematización del conjunto. Nos ha llegado también una obra histórica, que entraría muy bien dentro del género de la Crónica, aunque tiene ciertos ingredientes de fantasía épica; es la *Historia Wambae regis,* donde narra de forma monográfica la revuelta encabezada por el conde Paulo, a mitad de camino entre Salustio y Lucano, pero con influencias de ambos.

También escribió *Poemas* en donde muestra las habilidades dignas de un preclaro discípulo de Eugenio y por los que demuestra haber leído a Lucilio, Marcial, Catulo, Horacio y Virgilio; además de una lista excesivamente prolija de autores cristianos[38].

FRUCTUOSO DEL BIERZO ¿600?-665

Monje godo, nacido en El Bierzo, hijo de un comandante del ejército godo, asentado probablemente en Bergidum, principal población de la comarca, que aún hoy conserva restos de sus murallas[39]. Fundó en El Bierzo tres monasterios, el de Compludo, el de Rupiana (luego llamado San Pedro de Montes) y el de Visonia (entre Corullón y Villafranca del Bierzo, del cual permanece en pie la iglesia posterior del siglo XII[40]. Siguen luego ascéticas correrías por Galicia, Lusitania y Andalucía, en las que funda nuevos cenobios, que los jóvenes superpueblan para no enrolarse en las filas del ejército de los godos, hecho por el que los condes de la Bética presentaron sus protestas. Su riguroso ascetismo se relaciona con la vida cenobítica egipcia, pues leyó a Pascasio, quien como recordamos a propósito del Dumiense, tradujo del griego un manuscrito traído de Oriente por Martín de Dumio sobre la *Vida de los Padres;* además había leído también a Casiano que había viajado a la Tebaida egipcia, en compañía de Egeria, al parecer.

Fructuoso se formó con Conancio, obispo de Palencia, de quien Viñayo nos ha dicho que era un excelente compositor, un gran ora-

---

[37] T.N. HILLGARTH, «St. Julian of Toledo in the Middle Ages», en *Journal of the Warburg and Curtauld Institutes,* 21 (1958), págs. 7-26 (citado por Díaz, *op. cit.,* pág. 105).

[38] DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.,* pág. 111.

[39] J. CARDOSO, *Vida de S. Frutuoso arcebispo de Braga,* Braga, 1972, pág. 19, «Bergidensis territorii».

S. BODELÓN, «El Renacimiento berciano del siglo VII», AQUIANA, núm. 693 (1985).

[40] El de Rupiana en ruinas desde la desamortización. Véase M. DURANY, *San Pedro de Montes, el dominio de un monasterio benedictino de El Bierzo,* León, 1976, pág. 17 y ss.

dor y un buen exégeta, que había comentado con acierto los *Salmos*[41]. No obstante, Fructuoso dispuso de una formación cultural muy inferior a la de sus contemporáneos toledanos, sevillanos o zaragozanos, lo cual es aún más evidente en sus escasos versos transmitidos a la posteridad[42].

En el 656, en el X Concilio de Toledo, firma las Actas, en calidad de obispo de Dumio, en cuarto lugar, tras Eugenio de Toledo, Oroncio de Mérida y Fugitivo de Sevilla; y en dicho Concilio fue elevado a la sede de Braga. En los últimos días de su vida construye Montelios, en las afueras de Braga, para que allí descansen sus restos; pero Gelmírez se los llevó a Santiago de Compostela en el siglo XII[43].

Se conservan dos *Cartas,* una a Recesvinto y otra a Braulio de Zaragoza, en la que le pide obras de Casiano, Cesáreo de Arlés y Constancio de Lyon, así como la *Vida de San Millán* del propio Braulio. Su *Regula Monachorum* es del 646 o alguno de los años inmediatamente posteriores, pues fue destinada al monasterio de Compludo, cuando éste tenía ya demasiado número de monjes y Fructuoso quería llevar una vida más ascética y solitaria; por ello nombró un abad, le escribió unas normas de funcionamiento, es decir la *Regla* y se alejó para fundar otro monasterio, el de Rupiana, en un lugar más inaccesible. En Rupiana se repite la situación y se alejó para fundar Visonia. En ella Fructuoso se muestra un hombre práctico, no un pensador; el tono es riguroso y severo. Julio Campos ha comparado el texto de esta *Regla* con las de Pacomio, Jerónimo, Casiano e Isidoro, descubriendo múltiples y evidentes pasajes copiados[44].

VALERIO DEL BIERZO (625-695)

Nació en Astorga de familia acomodada. Pasó prácticamente su vida entera en el Bierzo, entre los monasterios de Compludo y San Pedro de Montes, siendo discípulo de Fructuoso en ambos, o en uno al menos de dichos monasterios[45]. Posee un espíritu de anacoreta enardecido, de modo que al no ser admitido inicialmente en el monasterio por ser demasiado joven, se construyó una cabaña y un oratorio en una zona selvática e inhóspita; mas unos salteadores le robaron sus libros y prendieron fuego a su cabaña; su amigo Saturnino le construyó una capilla, llamada de Santa Cruz, donde se había

---

[41] A. VIÑAYO, (et alii), *San Fructuoso y su tiempo,* León, 1966, pág. 178.

[42] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *La vida de Fructuoso de Braga,* Braga, 1974, pág. 119 y ss.

[43] J. CARDOSO, *op. cit.,* pág. 43.

[44] J. CAMPOS, *Santos Padres españoles,* t. II, *S. Leandro, S. Isidoro, S. Fructuoso,* Madrid, 1971, pág. 131 y ss. Véase además: F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Alta Edad Media,* Oviedo, 1972, págs. 110-111.

[45] F. FLÓREZ, *Compludo, pueblecito leonés con historia,* Santiago de Compostela 1964; sobre S. Pedro de Montes el libro ya citado de M. DURANY, nota 40.

postrado a orar San Fructuoso sobre un roquedo, capilla que todavía hoy existe en las proximidades de San Pedro de Montes[46].

La gran obra de Valerio ha sido el *De genere Monachorum;* se trata de una ingente labor de recopilación hagiográfica destinada a los monjes de sus monasterios bercianos; es el más importante de los documentos hagiográficos visigóticos por el número de biografías recopiladas y por el cúmulo de datos transmitidos, y le sigue a gran distancia el *Libellus de vitis Patrum emeritensium*, obra de Paulo de Mérida. Valerio conoce la obra de Eugenio e Isidoro, y repetidas veces cita la *Vita Desiderii Viennesis* de Sisebuto. En su esfuerzo de acumular datos hagiográficos, Valerio copió la *Historia Monachorum* de Rufino, el *De reparatione lapsi* de Juan Crisóstomo, las *Vidas de Pablo e Hilarión* de Jerónimo, la *Vita Martini* de Sulpicio Severo, así como la *Vida de San Ambrosio y de San Germán*[47]. Labor que fue recogida en los momentos de máximo esplendor de la narrativa hagiográfica en la Edad Media; baste recordar a este respecto obras tales como *Flores seu legenda Sanctorum* de Jacobo de Vorágine (siglo XIII), las *Vitae Patrum* de Bernardo de Brihuega (siglo XIII), o el *Speculum Sanctorum seu Vitae Sanctorum* de Bernardo Guido (siglo XIV)[48].

Sus *Poemas* no son métricamente cuantitativos, sino que se basan en el ritmo; poseen un léxico sumamente rebuscado, abusa de los artificios retóricos, resultando grandilocuente y efectista con proliferación de acrósticos y telésticos. Han sido publicados por Díaz y Díaz[49], con el nombre de *Epitameron*, término usado por el propio Valerio en su afán de léxico rebuscadamente extraño.

Se conserva también una *Carta en alabanza de Egeria,* dirigida a los monjes del Bierzo. Esta carta sirve para demostrar la tesis de que Egeria era del Bierzo (entonces en la región de la Galecia), ya que se sabe que Egeria, cuando hubo finalizado su *Itinerario,* envió un ejemplar a su tierra natal a los incipientes cenobios; se sabe, por otra parte, que Valerio pasó toda su vida en el Bierzo, excepto su infancia astorgana; todo apunta a concluir que Egeria era berciana, probablemente nacida en Bergidum. Esta carta suelen publicarla muchos editores a continuación del *Viaje de Egeria*[50].

---

[46] J. CARDOSO, *op. cit.,* pág. 11.

[47] DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 47.

[48] M. C. DE ALMEIDA, *Hagiografía medieval portuguesa,* Lisboa, 1984, pág. 33 y ss.

[49] DIAZ Y DIAZ, *op. cit.,* pág. 85.

S. BODELÓN, «El Renacimiento berciano del siglo VII, AQUIANA, núm. 693 (1985).

S. BODELÓN, «Egeria, escritora berciana de hace mil seiscientos años», *El Comercio* Gijón, 30, Nov., 1984.

[50] A. ARCE, *Itinerario de la Virgen Egeria,* Madrid, 1980. DÍAZ Y DÍAZ, *Journal de Voyage: Itinéraire,* París, 1982.

Pascasio Dumiense, discípulo de San Martín de Dumio, autor del *Sanctorum Patrum Aegiptionum* traducido del manuscrito griego que Martín había traído de Oriente; la traducción es muy correcta y fue esta la principal fuente para el conocimiento de la vida en los cenobios de la Tebaida.

Paulo de Mérida, diácono, autor, al parecer (Díaz lo pone en duda) de las *Vitae patrum emeritensium*; el autor utilizó como fuentes a Sulpicio Severo, la *Vita Desiderii* de Sisebuto, y sobre todo, los *Diálogos* de Gregorio Magno.

Máximo de Zaragoza, cuya *Historiola* se nos ha perdido.

El Conde Bulgarano escribió unas interesantes *Cartas,* que han sido editadas por J. Gil.

Wamba, rey que consideraba a los obispos como funcionarios del reino, mandó insertar dos *poemas* epigráficos en la muralla toledana.

De Chindasvinto nos queda una *Carta,* dirigida a Braulio de Zaragoza.

De Recaredo tenemos una Carta dirigida al papa Gregorio.

Sisberto, arzobispo que escribió el poema *Lamentum poenitentiae* y la *Oratio de correctione uitae.*

Quírico de Barcelona nos ha dejado un hermoso *poema* dedicado a Santa Eulalia, mártir emeritense.

El anónimo autor del *Epitaphion Antoninae*, la más bella composición visigótica, según Madoz[51].

Cincuenta *Himnos* del Himnario Mozárabe son del siglo VII según ha demostrado Pérez de Urbel[52]. Quizá por ello la afirmación de Raby sosteniendo que la mejor poesía visigoda se encuentra en la Himnodia.

Sisebuto es contemporáneo, amigo e impulsor de Isidoro; a pesar de su estilo oscuro y difícil, Sisebuto es, como mucho, el más culto de todos los reyes godos aficionados a las letras. Sus *Cartas* han sido editadas por J. Gil así como su *Vita Desiderii Viennensis,* que influyó en Valerio y en Paulo emeritense. Pero la más maravillosa creación del rey Sisebuto es un poema inspirado en Lucrecio y titulado el *Carmen de luna*[53], donde se describe un eclipse de luna; tal poema ha inducido a Fontaine a considerar a Sisebuto como una especie de Alfonso X de los visigodos. Tal poema va inserto en el *De natura Rerum* de Isidoro, quien escribe tal obra por encargo de Sisebuto; sus fuentes principales son Draconcio, Claudiano, Lucrecio, Marciano Capella, así como Plinio para cuestiones técnicas.

---

[51] DÍAZ Y DÍAZ, «Anécdota Wisigothica», I, Salamanca, 1958, pág. 35.

[52] J. PÉREZ DE URBEL, «El origen de los himnos mozárabes», en *Bulletin hispanique*, 28 (1926).

[53] V. RECCHIA, *Sisebuto di Toledo: il «carmen de luna»*,. Bari 1971.

Para una consulta más exhaustiva de lo que estas páginas ofrecen sobre Isidoro, es preciso tener en cuenta la Introducción General que Díaz y Díaz escribió (257 páginas) a la edición de las *Etimologías* en la BAC, edición llevada a cabo por Oroz en 1982. Una biografía en cincuenta páginas se ofrece en el libro de Quiles en la colección Austral titulado *San Isidoro de Sevilla,* que ofrece además, una selección castellana de textos de las *Etimologías,* del *Libro de las Diferencias,* así como del *Libro de las Sentencias.* Para la influencia posterior es preciso tener en cuenta el libro *De Isidoro al siglo XI,* de Díaz y Díaz, y para otros asuntos véase la Bibliografía general que al final se ofrece.

Vida

Su padre, Severiano, fue alto funcionario de la monarquía goda[53]. Partió hacia el destierro a Sevilla, cuando los bizantinos entraron en Cartagena. Sus hermanos Leandro y Fulgencio fueron obispos y su hermana Florentina fue abadesa. Su madre era hija de Teodorico, según O'Conner en artículo de la Catholic Encyclopedy, quien recoge, a su vez, la opinión de Quintanadueñas en su *Vida de San Fulgencio.* Arévalo estima que su madre, que se llamaba Teodora, era de estirpe goda y regia, opinión que se recoge también en la Crónica Tudense[54].

A los treinta años sucede Isidoro, como abad, a su hermano Leandro, en el monasterio fundado por éste. A los treinta y tres, asiste Isidoro al célebre III Concilio de Toledo, acompañando a su hermano Leandro, metropolitano de Sevilla. A los cuarenta y tres años es obispo de Sevilla, tras la muerte de su hermano. En el 612 sube al trono su antiguo alumno Sisebuto, de quien es amigo; por ello, como Leandro en tiempos de Recaredo, Isidoro pasa ahora largas temporadas en Toledo, siempre que el monarca quiere oír la opinión de Isidoro en cuestiones de Estado[55]. En el 633, próximo ya a los ochenta años, asiste al IV Concilio de Toledo, al que asisten setenta y dos obispos, en presencia del rey Sisenando.

Biblioteca

Todo en ella sugiere y evoca una línea de continuidad con Roma[56]. En ella puede decirse que se encuentra todo el saber del pasado, y a él acude para llevar adelante su gran labor, que es no la

---

[53 bis] *Breviario, de 1572, editado por Minge, Pl. t. LXXXI, col. 82.*

[54] *Prolegomena,* de Arévalo, editado por Minge, PL t. LXXXI, 96 y ss.

[55] I. QUILES, *S.Isidoro de Sevilla,* Madrid, 1965, pág. 36-37.

[56] J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique,* Paris, 1959, pág. 738, y ss.

de un esteta, sino la de un recopilador. Para cuestiones históricas acude a Salustio, César, Varrón, Tito Livio, Suetonio, Eusebio, Orosio. Para asuntos filosóficos recurre a Heráclito, Demócrito, Platón, Aristóteles, Epicuro, Lucrecio, Porfirio, Boecio, Mario Victorino. Para Ciencia y Medicina dispone de Plinio, Celso, Columela, así como Hipócrates y Galeno y Catón. Entre los poetas cita a Ennio, Catulo, Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Horacio, Lucano, Persio, Juvenal, Marcial y Prudencio. Conoce a otros clásicos como Cicerón, Séneca, Apuleyo. Entre los cristianos admira a Tertuliano, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Orígenes, Agustín, Hilario de Poitiers y Gregorio Magno. Cierto es que sus escritos no poseen relevante valor literario, pues su estilo es monótono con los mismos giros, con las mismas expresiones; sin embargo, tiene el mérito de ser claro, conciso, sin concesiones a la exuberancia ni al retoricismo. Es un recopilador y busca, ante todo, un fin práctico: la transmisión a la posteridad de todos los saberes antiguos. Hay que reconocer que tal objetivo lo consiguió con creces.

Por otra parte, Isidoro descubre la importancia trascendental que el saber lexicográfico posee con fines pastorales[57], y por vez primera, en su obra la literatura eclesiástica es analizada con el fin de realizar una síntesis global de la visión del mundo, y no, precisamente con una finalidad teológica[58].

Obra

De Natura Rerum (Sobre la naturaleza de las cosas), título que evoca a Lucrecio. Estaba dedicada a Sisebuto, a cuya instancia se escribió la obra. Trata sobre el sol, la luna y los eclipses. Lleva incorporado un célebre poema del rey, a modo de introducción, como expusimos al hablar de Sisebuto. Ha sido editado por Fontaine[59].

Sententiarum Libri (Libros de las Sentencias). Es la obra más completa, después de las *Etimologías.* Parece un primer intento de *Suma Teológica.* Se aborda en él la problemática relacionada con Dios, el hombre y el mundo. En él se observa la huella de Gregorio Magno. Ha sido publicado por Roca Meliá[60].

Differentiarum Libri (Libros de las diferencias). Se trata de una obra casi tan importante como las *Sentencias.* Es un verdadero diccionario de homónimos, antónimos y parónimos. Consta de dos partes, que quizá fueron dos libros distintos, refundidos por Braulio, dada la proximidad de títulos y contenidos: *Differentiae uerborum*

---

[57] J. ENGELS, «La portée de l'etymologie isidorienne», *Studi Medievali* 3 (1962), pág. 1 y ss.

[58] J. FONTAINE, *Isidoriana,* León, 1961, pág. 116 y ss.

[59] J. FONTAINE, *Isidore de Seville, Traité de la Nature,* Burdeos, 1960.

[60] I. ROCA, *Los tres libros de las Sentencias de Isidoro,* en Santos Padres Españoles, t. 2, BAC, Madrid, 1971.

(Diferencias de las palabras) y *De differentiis rerum* (Sobre las diferencias entre las cosas). Codoñer prepara una edición del Libro I[61].

Liber numerorum (Libro de los números), donde se expone el simbolismo de los números, recogiendo el sabor místico de la tradición pitagórica a través de Marciano Capela. Y todo ello aplicado al estudio bíblico, recorriendo las menciones numéricas de los libros sagrados.

De Viris illustribus (Sobre los hombres ilustres). Son treinta y tres breves biografías con las que intenta mejorar la relación del mismo título de Jerónimo y de Genadio de Marsella. Ildefonso de Toledo, como vimos, escribió otra obra de idéntico título. Con esta obra Isidoro se constituye en puente entre el pasado de este género y las Crónicas medievales, al decir de Carmen Codoñer, quien ha editado las obras de este título de Ildefonso y de Isidoro[62].

Chronica mundi (Crónica), que intenta ser una relación histórica desde el origen del mundo hasta el año 615. Se sirve de Josefo, Justino, Festo, Eusebio, Agustín, Jerónimo, Casiodoro. Para asuntos relacionados con España sigue fundamentalmente a Orosio, y Juan de Bíclaro. Divide la historia en seis edades siguiendo el ejemplo de la *Ciudad de Dios* de San Agustín. El estilo es a base de frases sueltas, excesivamente rápidas. La mejor edición de esta obra es ya antigua y desfasada[63].

Historia Regum Gothorum, Sueuorum et Vandalorum (Historia de los Reyes Godos, Suevos y Vándalos), obra interesante porque parece mucho más personal que otras de contenido histórico. Aquí se presenta a Suintila como verdadero modelo de príncipe, justo, prudente y valiente. Existe en español una edición con estudio crítico a cargo de Rodríguez Alonso[64]. Lleva como prólogo la llamada *Alabanza de España* o *Laus Hispaniae,* influída por la *Laus Serenae* de Claudiano; y es, en realidad, uno de los más bellos cantos pre-hispánicos[65].

Regula Monachorum (Regla Monástica), para cuya redacción conoció y manejó las Reglas de San Benito, Agustín, Casiano, Cesáreo de Arlés y Pacomio; le importa, una vez más, más que la originalidad, salvar la tradición. Rechaza las grandes penitencias y los rigores excesivos en contraste con el rigorismo en la *Regla* de San Fructuoso, legislador más austero e intransigente[66]. Ha sido editada

---

[61] J. Oroz, *San Isidoro de Sevilla, Etimologías,* BAC, Madrid, 1982.

[62] C. Codoñer, *El De Viris Illustribus de Ildefonso de Toledo,* Salamanca, 1972. C. Codoñer, *El De Viris Illustribus de Isidoro de Sevilla,* Salamanca, 1964.

[63] Th. Mommsen, *Chronica minora,* t. 2, MGH, 11 (Berlín 1894), pág. 424-481.

[64] Rodríguez Alonso, *La historia de los Godos, Vándalos y Suevos de Isidoro de Sevilla,* León, 1975.

[65] «Eres España, la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India; eres tierra bienhechora y feliz, madre de muchos pueblos. Eres justamente la reina de todas las naciones...» Citado por I. Quiles, *op. cit.,* página 42.

[66] J. Pérez de Urbel, *El Monasterio en la vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 35.

por J. Campos, junto con la de Fructuoso y la *Regula* femenina de Leandro[67].

Contra Judaeos (Contra los judíos), obra dedicada a su hermana Florentina, coincidiendo con los apremios a los judíos, realizados por parte de Sisebuto, para que se convirtieran al catolicismo.

De haeresibus (Sobre los herejes) es un breve compendio de las herejías más importantes de la Antigüedad, teniendo como base datos tomados de Jerónimo o Agustín. Díaz y Díaz pone serios reparos sobre la autenticidad de esta obra, que ha sido editada por A.C. Vega atribuyéndosela a Isidoro[68].

Allegoriae (Las Alegorías), se trata de una interpretación simbólica de nombre y pasajes bíblicos en donde quizá se inspiró Fray Luis para *Los nombres de Cristo.* La obra está dirigida a Orosio y de ella ha realizado una versión L. Molinero[69].

Synonimorum de lamentatione... libri duo (los dos libros de los sinónimos), es una especie de Kempis de la época visigótica. Se trata de un diálogo *de contemptu mundi* (sobre el desprecio del mundo) entre el hombre y la obra. Esta obra ha podido influir no sólo en Kempis, sino también, muy probablemente, en el tratado *De Misera Condicionis Humane* (sic) de Lotario Dei Segni (más tarde Inocencio III), así como en el *De contemptu mundi* de este mismo autor. Veáse versión española de Andreu-Solís[70].

De ecclesiasticis officiis liber (Libro de los oficios eclesiásticos), obra de gran difusión, que estaba dedicada a su hermano Fulgencio, obispo de Écija. Es una historia de la liturgia con un estudio de las distintas clases de fieles, donde fustiga a los monjes vagabundos que fingen imitar a los cenobitas de la Tebaida, pero en realidad viven libertinamente a su capricho.

De ortu et obitu patrum (Sobre el nacimiento y la muerte de los padres) es un conjunto de biografías sintéticas del Antiguo Testamento. Aquí aparece la primera referencia a la presencia de Santiago en España por vez primera. En gran medida se debe a lecturas de Jerónimo, Ambrosio y Agustín. Existe una moderna edición con amplio estudio realizada por Chaparro[71].

In libros Veteris et Noui Testamenti proemia. (Los Proemios a los libros del Viejo y Nuevo Testamento) es una especie de introducción a cada uno de los libros bíblicos ya que Isidoro no descuidó, en modo alguno, la exégesis. Agustín y Jerónimo son aquí, de nue-

---

[67] J. CAMPOS, *Santos Padres españoles. II. San Leandro. S. Isidoro. S. Fructuoso. Reglas monásticas de la España visigoda. Los tres Libros de las Sentencias,* Madrid, 1971.

[68] A. C. VEGA, *S. Isidorii Hispalensis Episcopi De Haeresibus Liber,* El Escorial, 1940.

[69] L. MOLINERO, *Las Alegorías de la Sagrada Escritura por S. Isidoro de Sevilla,* Buenos Aires, 1936.

[70] M. ANDREU-V. SOLÍS, *San Isidoro de Sevilla. De los Sinónimos.* Madrid, 1944.

[71] C. CHAPARRO, *El de ortu et obitu Patrum de Isidoro de Sevilla* (tesis doctoral), Salamanca, 1980.

vo, las fuentes más importantes. Con reservas se admite que este conjunto de Introducciones haya tenido la forma de un libro surgido de la pluma isidoriana[72].

Escribió también un *Prólogo al Libro de los Cánticos* un *Prólogo al Salterio,* unos escolios titulados *Cuestiones* al Viejo Testamento, así como numerosas *Cartas.* De estas, se admiten como auténticas seis a Braulio, una a Sisebuto escrita al enviarle las *Etimologrías;* otra a Orosio colocada al frente de las *Alegorías;* otra a Florentina al inicio del tratado *Contra los judíos;* otra a Fulgencio, al comenzar *Los Oficios;* otra al obispo de Mérida Masona, y otra de tipo consolatorio al obispo Eladio.

Se le atribuyen también 27 *Poemas* muy del estilo de Marcial; eran dísticos elegíacos que Isidoro colocaba, o bien al frente de los anaqueles de la Biblioteca, o bien en su Farmacia, o incluso en el Escritorio, a modo de sabios consejos[73]. También el poema *Benedictio lucernae,* que se entonaba el Sábado Santo, se ha atribuido a Isidoro.

CONTENIDO

Las Etimologías (Los Orígenes)

Trabajó algo más de veinte años en esta obra, y al fin, Braulio, su amigo y compañero en la sede zaragozana, se encargó de publicarla. Como es bien sabido, se trata de una enciclopedia de todos los saberes de la época, en veinte libros. El libro primero trata de la Gramática y consta de veinticinco capítulos. El libro segundo versa sobre la Retórica y la Dialéctica en treinta capítulos. Hasta aquí tendríamos el *trivium* de la Edad Media, y a continuación vienen las materias, de donde la época medieval sacó el *quadrivium*, contenido del libro III, en donde la Aritmética ocupa diez capítulos, la Geometría tres, la Música nueve capítulos y la Astronomía cuarenta y nueve. El libro IV está dedicado a la Medicina y abarca trece capítulos. El libro V trata de Derecho en una extensión de 27 capítulos, así como Cronología con 12 capítulos. El libro VI trata en 15 capítulos, sobre los libros y oficios eclesiásticos. El libro VII expone, en 13 capítulos, las jerarquías del cielo y de la tierra. El VIII versa sobre la Iglesia y las herejías, en un total de once capítulos. El IX se ocupa de las lenguas y los pueblos a lo largo de ocho capítulos. El libro X es un Diccionario de unas 800 palabras. El XI es un tratado de Anatomía en cuatro capítulos. El XII es una Historia Natural de

---

[72] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, en Introducción... en edición de *Etimologías de S. Isidoro,* por J. OROZ, Madrid, 1982, pág. 120.

[73] Idem anterior, *op. cit.*, pág. 153-154. Y véase también L. A. GARCÍA MORENO, *Prosopografía del Reino Visigodo de Toledo,* Salamanca, 1974.

los animales en ocho capítulos. El XIII contiene una cosmología en 12 capítulos. El XIV contiene una Geografía en nueve capítulos. El XV estudia las vías de comunicación y los edificios públicos en 16 capítulos. El XVI es un tratado de mineralogía y contiene 26 capítulos. El XVII versa sobre Agricultura a lo largo de once capítulos. El libro XVIII estudia las costumbres en la vida ciudadana de su época: la guerra en trece capítulos, los espectáculos gimnásticos en diez capítulos, los juegos circenses en quince capítulos, los juegos escénicos con diez capítulos, los juegos de gladiadores, en ocho capítulos, los juegos de suerte en nueve capítulos, el juego de la pelota a lo largo de un capítulo. El XIX en 34 capítulos, se trata de la Navegación, la Construcción y la Indumentaria. Y el último libro, el XX, se ocupa de las provisiones y los utensilios domésticos a lo largo de dieciséis capítulos.

He aquí el contenido que fueron a beber, durante los quinientos años siguientes, los estudiosos que poseían ansias de saber. Y en este aspecto reveladores parecen las palabras de Menéndez y Pelayo, al opinar que «*las Etimologías* son un milagro de erudición para aquella edad»:

MÉTODOS

Es posible, según opina la mayoría de los entendidos, que para múltiples cuestiones Isidoro no consultase fuentes de primera mano, y ello por dos razones, primero porque Isidoro tenía sus limitaciones en la lengua griega, y en segundo lugar, porque ya desde Suetonio circulaban compendios, resúmenes y enciclopedias sobre los asuntos más variados[74].

Para Fontaine es ésta una obra capital, que ha sido capaz de poner al día nuestros puntos de vista sobre el conjunto de la obra isidoriana, así como sobre sus métodos de trabajo; esta obra es la guía incuestionable para cualquier estudioso que intente acercarse a Isidoro o a los conocimientos de la época visigótica[75].

El sistema de ficheros y la técnica de abreviación parecen haber sido su sistema de acumulación de datos y saberes, procedentes de lecturas inusuales e inmensas; conscientemente busca el despojarse de hojarascas y retórica, en busca de la frase breve y precisa, guiado de su fino instinto de educador[76].

---

[74] J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique,* París, 1959, pág. 748 y ss.

[75] J. FONTAINE *op. cit.,* pág. 766.

[76] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, en Introducción general a la edición de las *Etimologías,* Madrid, 1982, por J. OROZ, pág. 182.

ISIDORO Y LA POSTERIDAD

La influencia posterior de Isidoro, en especial *Las Etimologías,* fue inmensa. Alfonso II el Casto lee el libro de los *Sinónimos.* Eulogio de Córdoba analiza las *Sentencias.* Alfonso X el Sabio estudia *Las Etimologías.* Antes del fin del siglo VII se leen sus libros en casi todos los focos culturales de Italia, Francia, Irlanda, Inglaterra y Germania. Su *Crónica* es utilizada en el 660 por un historiador de la Borgoña. En 690 el monje Defensor utiliza las *Alegorías* y las *Sentencias* para componer su libro *Liber scintillarum.* A los cien años de la muerte de Isidoro sus obras se copian en Autun, Colonia, Reims, Corbie, Fulda, Montecassino, Ratisbona, Murbach[77]. El despertar carolingio debió mucho, sin duda, al renacer cultural visigótico en Hispania y muy particularmente a Isidoro. E incluso la época medieval castellana, en opinión de Menéndez Pidal, debe mucho a Isidoro; en efecto, Isidoro trata de aunar los principios grecorromanos con los germánicos, pues junto a la gramática y música, de tradición grecorromana, incluye el cantar al son de la cítara, los cantos de los antepasados godos o *carmina maiorum;* son los mismos cantos que Jordanes describe en su *Getica* o los *maiorum laudes* que Amiano Marcelino describe, o los *carmina antiqua* a los que alude Tácito como usuales entre los germanos[78]. Los cantos épicos hispanos del siglo XII y XIII tienen más en común con estos cantos, que Isidoro se decidió a impulsar en la educación de la época, que con la épica de origen francés.

ISIDORO DE SEVILLA

Los Manuscritos son muy abundantes. Nos limitaremos exclusivamente a los existentes en Archivos españoles.

Manuscrito *e.IV.14 del Escorial,* que contiene: Sententiarum libri III. Differentiarum libri II. De Natura Rerum.

Manuscrito *L.III 33 del Escorial,* intitulado Excerpta... Isidori.

Manuscrito *R.II.9 del Escorial,* que reza Isidori Hispalensis quaestiones in Vetus Testamentum.

Manuscrito *8696 de la Biblioteca Nacional* de Madrid, que contiene: Isidori Hispalensis Historia Gothorum, Wandalorum, Suevorum.

Manuscrito *8831 de la Biblioteca Nacional,* de Madrid, que contiene obras diversas de San Isidoro.

Manuscrito Soriense *M.IV.23 del Escorial,* contiene la Crónica de San Isidoro, entre otras Crónicas más.

Manuscrito *S.III.32 del Escorial,* contiene la Regula Isidorii junto con otras de otros autores (Codex Regularum).

Manuscrito *a.I.13 del Escorial,* contiene la Regla de Leandro y la de Isidoro.

Manuscrito *22 del Archivo de la Catedral de León,* Contiene el De Viris Illustribus

---

[77] J. PÉREZ DE URBEL, *El monasterio en la vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 96-97.

[78] R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los Godos y la Epopeya española,* Madrid, 1969, páginas 25-27.

de Isidoro, junto con otros tratados de idéntico título, como el de Jerónimo, Genadio e Ildefonso.

Manuscrito *80 de la Biblioteca de la Academia de la Historia,* de Madrid. Contiene el De Viris Illustribus, algo de Genadio y el Catálogo de Ildefondo.

Manuscrito *d.I.1 del Escorial* contiene extractos incluyendo a Ildefonso.

Manuscrito *134 de la Biblioteca Universitaria de Madrid.* Contiene el De Viris Illustribus de Jerónimo, Genadio, Isidoro e Ildefonso, así como la biografía de San Julián.

Ediciones. *Isidoro.* Siglo XV

Fecha	Ciudad	Título de la Obra
1469	Nuremberg	De Summo Bono: Etimologiae
1470	Colonia	De Summo Bono: Etimologiae
1470	Roma	Chronicon seu De Temporibus
1470	Venecia	Soliloquia seu Synonima
1472	Colonia	De Summo Bono: Etimologiae.
1472	Viena	Etimologiae/De Natura Rerum.
1473	Roma	Opusculum de Temporibus
1473	Roma	Opusculum de Temporibus
1473	Colonia	Dialogui decen Virorum
1474	Roma	Opusculum de Temporibus
1472	Nuremberg	Soliloquia seu Synonima
1477	Ascoli	Cronica di Sancto Isidoro (en ital.)
1477	Basilea	Opera Isidorii
1478	Colonia	Etimologiae
1479	Marsella	Soliloquia
1480	Roma	Contra Judaeos
1480	Albi	Prologus in Librum Soliloquium
1480	Friul	Cronica de Santo Isidoro (en ital.)
1482	Aquileia	Cronica de Sancto Isidore (en ital.)
1483	Vencia	Contra Judaeos
1483	Venecia	Etimologiae
1485	Venecia	Etimologiae; De Summo Bono
1486	Lovaina	De Summo Bono
1488	Amberes	Liber Soliloquiorum
1489	Basilea	De Summo Bono
1490	Roma	Opusculum de Temporibus
1490	París	De Summo Bono
1491	París	De Summo Bono
1491	Deventry	Liber Soliloquiorum
1493	Colonia	De Summo Bono
1493	París	De Summo Bono
1494	París	Dialogus siue Synonima
1495	París	De Summo Bono
1499	París	Etimologiae.

Isidoro de Sevilla. Siglos XVI

Año	Ciudad	Título de la Obra
1500	Amsterdam	Gothorum, Vandalorum. Chronicon
1500	Venecia	Etimologiae; de Summo Bono
1505	Basilea	Libellus Soliloquiorum

Isidoro de Sevilla, siglo XVI.

Año	Ciudad	Título de la Obra
1505	Basilea	De Summo Bono
1505	París	De Summo Bono
1509	París	Etimologiae
1516	Venecia	De homine et ratione deflente
1519	París	De Summo Bono
1520	París	Etimologiae
1522	París	Etimologiae
1522	Colonia	Soliloquia
1522	Hilversum	Libellus Soliloquiorum
1523	Eindhoven	De Sectis
1523	París	Varia
1524	Venecia	Cronica de Sancto Isidoro (ital.)
1529	La Haya	Contra Judaeos
1529	La Haya	De viris illustríbus
1530	Colonia	Enarrationes
1534	Leipzig	De officiis
1534	Leipzig	De officis et contemptu mundi (de Inocencio III)
1536	París	De Summo Bono
1538	París	De Summo Bono
1539	París	De officiis
1542	París	De officis
1544	Londres	Enarrationes (en inglés)
1548	París	Varia
1561	París	De officiis
1564	París	De officiis
1566	París	De Summo Bono
1568	Colonia	De officiis
1569	Basilea	De ortu et obitu patrum
1570	Venecia	Soliloquii di Isidore d'Ispali (en ital.)
1570	Basilea	Etimologiae
1576	Basilea	Etimologiae
1577	Basilea	Etimologiae
1577	Basilea	Chronologiae

Año	Ciudad	Autor de la fijación del Texto
1542	Colonia	Hittorpi G.
1561	Colonia	Marcodurani F.
1566	Colonia	Marcodurani F.
1573	Colonia	Marcodurani F.
1574	Colonia	Marcodurani F.
1581	Francfurt	Boner H. (en alemán)
1582	Colonia	Marcodurani F.
1615	Maguncia	Marcodurani F.
1650	Francfurt	Hans Vorburg (estudio sobre la edición de Maguncia)
1667		Tomo XV de la «Magna Bibliotheca Patrum Veterum» reimpresión de la edición de Maguncia. T. XV
1738	Leyden	Havercamp S. (texto para 150 años)
1765		reimpresión del texto de Leyden para la «Bibliotheca Veterum Patrum». T. IX
1767	Leyden	Havercamp S.
1775	Londres	Great A. (en inglés)
1846	París	Havercamp S.
1849	Florencia	Giamboni B. (en ital.)

Año	Ciudad	Autor de la fijación del Texto
1855	Londres	Bosworth J. (en inglés)
1857	Turín	Havercamp S.
1858	Londres	Thorpe R. (en inglés)
1859	Londres	Bosworth J. (en inglés)
1877	Turin	Havercamp S.
1882	Viena	Zangemeister K. (nueva fijación del texto)
1885	Londres	Sweet H. (en inglés)
1889	Leipzig	Zangemeister K.
1892	Viena	Zangemeister K.

Llama la atención que París realizó, en veintitrés años, ocho impresiones, cuatro en francés y cuatro en latín. Pero hecho tal esfuerzo, hasta trescientos veinte años más tarde no volvió a imprimir los *Siete libros de las Historias contra los paganos,* que es el libro que nos ocupa.

Isidoro. Siglos XVII y XVIII

Año	Ciudad	Título de la Obra
1601	Ginebra	Varia
1601	París	Opera Omnia
1606	Francfurt	Codicis legum Wisigothorum
1608	Francfurt	Libellus de uiris illustribus
1610	París	De officiis (en la Sylloge)
1611	Hamburgo	Diversarum gentium Historiae
1616	Roma	Varia
1617	Colonia	Opera omnia
1617	Colonia	Libellus de uiris illustribus
1629	Amberes	De uiris illustribus
1644	París	De officiis (en Biblioteca Patrum)
1647	Rotterdam	Enarrationes
1655	Amsterdam	Historia Gothorum, Vand. et Longob.
1663	Lyón	Enarrationes
1676	París	Varia (en francés)
1697	Milán	Varia
1713	Padua	Varia
1714	Hamburgo	De uiris Illustribus
1718	Hamburgo	De uiris illustribus
1750	Madrid	De uiris illustribus (Flórez E. en *España Sagrada)*
1751	Madrid	Historia Gothorum Vand. et Suev. (Flórez E. en *España Sagrada)*
sin año	Sevilla	La patrona coronada (en castellano)
1758	Venecia	Opera Omnia
1769	Roma	De Summo Bono
1778	Madrid	Opera Omnia (Grial J. Edi.)
1797	Roma	Opera Omnia (Arévalo F. edi., 7 vol.).

Es también París, en los siglos XVII y XVIII, la ciudad que más imprime a Isidoro, aunque mucho menos que lo hiciera en la fiebre del despertar del Renacimiento.

Isidoro. Siglo XIX

BRUMENQUE: *Oratio Isidoris Hispaniarum,* Sevilla, 1802.
LA SERNA: *Préface latine sur la vraie collection des canons de St. Isidore de Sevilla,* París, 1803.
ROESLER: *S. Isidoro de Sevilla,* Madrid 1804.
VILLANUEVA, J.: *Viaje literario a las Iglesias de España,* Madrid, 1804.
GONZÁLEZ, F.: *Varia,* Madrid, 1808.
BUREL, A.: *Varia,* Bruselas, 1808.
TORRES, J.: *Isidori Hispalensis et Hispaniarum Doctoris elogium,* Sevilla, 1817.
OTTO, F.: *Isidori Hispal. Etimologiarum libri XX,* Leipzig, 1833.
HOLZMANN, A.: *De fide catholica siue contra Iudaeos,* Karlsruhe, 1836.
VOLBEDING, J. E.: *Monumenta regni Gothorum et Arabum in Hispaniis,* Sin lugar, 1848.
MIGNE: PL (incluye *Etimologiarum libri XX)* París, 1850.
BEXKER, G.: *Isidori Hisp. de Natura Rerum liber,* Berlín 1857.
FLAQUER: *S. Isidoro, su influencia en la Filosofía de la Edad Media,* Madrid, 1858.
MIGNE: PL (incluye el *De viris illustribus)* t. 103, pp. 714-1380; París, 1868.
DRESSEL: *De Isidori originum fontibus,* Colonia, 1874.
WEINHOLD,K.: *De fide catholica contra Iudaeos* (con comentarios y notas en alemán). Paderborn, 1874.
MENÉNDEZ Y PELAYO: *S. Isidoro de Sevilla. Su importancia en la Historia intelectual de España,* Sevilla, 1881 (Discurso).
COSTE, D.: *Isidors Geschichte der Gothen, Vandalen, Sueven, nebst Auszügen aus der Kirchengeschichte des Beda Venerabilis,* Leipzig, 1887.
Sin autor: *Setenario que propone y explica los siete principales dolores,* Sevilla, 1887.
VALENTI: *S. Isidoro. Leve noticia sobre su vida y escritos.* Madrid, 1890.
HENCH, G.: *Contra Iudaeos* (en alemán, con notas). Estrasburgo, 1893.
CAÑAL, J.: *S. Isidoro, exposición de sus obras e influencia.* Madrid, 1897.
DZIALOWSKI, G.: *Isidor und Ildefons als Literarhistoriken,* Münster, 1898.

Llama sobremanera la atención, que el opúsculo isidoriano «Contra Iudaeos» conoció en Alemania más ediciones que en país alguno de Europa. Concretamente, en 1836 en Karlsruhe, en 1874 en Paderborn, y en 1874 en Estrasburgo. Es muy posible que este libro de San Isidoro influyera notablemente en las concepciones antijudías de las dos generaciones siguientes de intelectuales alemanes.

Otra cuestión que cabe reseñar es que, si París fue el punto donde más se imprimió y leyó a San Isidoro, en el siglo XIX es Alemania la que se pone en cabeza en el número de publicaciones isidorianas, tanto en lengua latina, como en una lengua moderna.

Isidoro de Sevilla. Siglo XX

GRIBAUDI: *La geografia di S. Isidoro,* Roma, 1903.
IHM M.: Isidors «Viri illustres». *Beiträge zur alten Geschichte...* pág. 341-344. Berlín, 1903.
BLÁZQUEZ, A.: *Mapamundi primera publicación castellana de un libro de Geografía del sabio Arzobispo S. Isidoro,* Madrid, 1908
BEER, R.: *Isidori Etymologiae Codex Toletanus* (nunc Matritensis) 15,8 phototypice editus Leiden, 1909.
LINDSAY, W. M.: *Isidorii Etymologiae,* Oxford, 1911.
BREHAUT: *An enciclopedist of the dark Ages: Isidore of Seville,* Londres, 1921.
PÉREZ LLAMAZARES, J.: *Vida y Milagros de S. Isidoro,* Madrid, 1924.

SEJOURNÉ, P.: *Le dérnier Père de l'Eglise. Saint Isidore de Seville. Son rôle dans l'histoire du Droit Canonique,* París, 1929.
ANSPACH, A. E.: *Taionis et Isidori nova fragmenta et opera,* Madrid, 1930.
MCKENNA St.: *Paganism and Pagan Survivals in visigothic Spain,* Washington, 1930.
VERA, F.: *S. Isidoro Matemático,* Madrid 1931.
SÁNCHEZ PÉREZ: *S. Isidoro y su cultura matemática,* Madrid, 1931.
RIAZA, R.: *Etimologías, fragmentos,* Madrid, 1932.
HILLGARTH, J. N.: «The position of Isidorian studies: a critical review of the literature since 1935». Isidoriana, 11-74.
ALDAMA, J. A.: «Cronología de las obras isidorianas», *Miscellanea Isidoriana,* Roma, 1936, pág. 72-84.
MOLINERO, L.: *Algunas alegorías de la Sagrada Escritura,* Buenos Aires, 1936.
BALLESTEROS: *S. Isidoro de Sevilla,* Madrid, 1936.
ELORDUY, E.: «Isidoro. Unidad orgánica de su educación». *Miscellanea Isidoriana,* Roma, 1936, 293-322.
LLAMAZARES, J.: «San Isidoro de Sevilla ¿monje?» *Miscellanea Isidoriana,* Roma, 1936, 39-55.
PÉREZ DE URBEL, J.: *S. Isidoro de Sevilla,* Madrid, 1940.
MULLINS: *The spiritual life acceding to St. Isidore of Seville,* Londres, 1940.
MONTERO, J.: *Ensayo sobre las ideas geográficas de S. Isidoro,* Madrid, 1940.
VEGA, A.C.:«Cuestiones críticas sobre las biografías isidorianas». Scriptores Eccl. hispano-latini ueteris et medii aeui. Fasc. X-XI. El Escorial, 1941. 75-99.
ALAEJOS, A.: «Cómo enseñaba S. Isidoro de Sevilla». *Verdad y Vida* (1943), 208-220.
ANDREU, M.:*De los sinónimos en la lamentación del alma pecadora,* Madrid, 1944.
QUILES, I.: *S. Isidoro de Sevilla,* Madrid, 1945.
PONS, P.: *Synonimum Liber III. De Medicina,* Barcelona, 1945.
OTERO, J.: *Sentencias en tres libros,* Madrid, 1947.
ROMERO, J. L.: «Isidoro de Sevilla, su pensamiento político-histórico y sus relaciones con la historia visigoda». *Cuadernos de Historia de España,* 8(1947), 6-71.
GARCÍA RIVES: «Estudio de las traducciones castellanas de S. Isidoro de Sevilla». RABM 56 (1950), 276-320.
CORTÉS Y GÓNGORA: *Etimologías* (completas en castellano por vez primera). BAC, Madrid, 1951.
MADOZ, J.: «El Concilio de Calcedonia en S. Isidoro de Sevilla». RET (1952) 189-204.
FONTAINE, J.: «Isidore de Séville et l'astrologie» REL 31 (1953) 271 y ss.
LEONARDI, C.: «Intorno al Liber de numeris di Isidoro di Siviglia», *Bulletino del Institut storico Italiano per il Medio Evo».* 68(1956) 203 y ss.
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: «Movimientos fonéticos en el latín visigodo». *Emérita* 25 (1957), 360-386; ídem en *Estudios sobre la literatura mozárabe,* Toledo, 1965, págs. 55-87.
— «Sobre el liber de ordine creaturum ». *Sacris Erudiri* 5(1958), 147-166.
— *Anecdota Wisigóthica.* I. Salamanca, 1958.
— *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca, 1958.
— «La cultura de la España visigótica del siglo VII». Settimane di Studi del Centro italiano de Studi sull'alto Medioevo. Spoleto. 1958, págs. 813-844.
— *Isidoriana...* Colección de estudios sobre S. Isidoro de varios autores: Bischoff, Fontaine, Hillgarth, Mcnally, Vega, Mundó, Ayuso, Pellegrino, Domínguez del Val, Díaz y Díaz, León, 1961.
— «Los capítulos sobre los metales de las Etimologías de Isidoro de Sevilla». *Minería Hispana e iberoamericana VII* (1970) 16-34. León.
— *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976.
— «Aspectos de la tradición de la Regula Isidori». *Monástica,* Montserrat, 1963. Vol. 5, fase.
FONTAINE, J.: *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisighotique,* París, 1959.
— *Isidore de Séville. Traité de la Nature, Suivi de l'Epître en vers du roi Sisebut à Isidore,* Burdeos, 1960.
— «Téorie et pratique du style chez Isidore de Séville». *Vigiliae Christianae,* 14 (1960), 65-101.
MADOZ, J.: *Isidoro de Sevilla, Semblanza de su personalidad literaria,* León, 1960.

CAMPOS, J.: «La Regula Monachorum de S. Isidoro y su lengua», *Helmántica* 37 (1961), 62-101.
LEHMANN, P.: «Cassiodorstudien, Die Abhängigkeit Isidors von Cassiodor». *Erforschung des Mittelalteres* t. 3 págs. 38-109, Sttutgart, 1961.
MILLARES, C.: *Manuscritos visigóticos,* Madrid, 1961.
ENGELS, J.: «La porté de l'étymologie isidorienne». *Studi Medievali* 3 (1962) 1-30.
CODOÑER, C.: *El De Viris Illustribus de S. Isidoro,* Salamanca, 1964.
LINDSAY, W. M.: *Isidori Hispalensis... Etymologiarum siue originum libri XX,* t. I. II. Oxford, 1966.
ROBLES, L.: «Séneca en Isidoro de Sevilla», *Estudios sobre Séneca,* Madrid, 1966, págs. 238 y ss.
— «Isidoro de Sevilla y la cultura eclesiástica de la España visigoda». *Archivos leoneses* 47-48 (1970), 13-185.
— *Isidore de Séville, Sententiarum libri tres,* Montreal, 1976 (tesis).
SUSIN, R.: «Sobre las fuentes de la Regula Isidori», *Salmanticensis* 14, 1967, 280-292.
DONINI, *G.: Isidore of Seville's History the goths, vandals and suevi.* Leiden, 1970.
CAMPOS, J.: *Santos Padres españoles. t. II. S. Leandro. S. Fructuoso. S. Isidoro.* BAC, Madrid, 1971.
RODRÍGUEZ ALONSO, C.: *Las historias de los Godos, Vándalos y Suevos de Isidoro de Sevilla,* León, 1975.
CHAPARRO, C.: El *De ortu el obitu patrum de Isidoro de Sevilla,* Salamanca, 1980.
OROZ-DÍAZ Y DÍAZ: *Etimologías de S. Isidoro,* Madrid, BAC, 1981, t. I.
— *Etimologías de S. Isidoro,* Madrid, BAC, 1982, t. II.
GONZÁLEZ CUENCA: *Las etimologías de S. Isidoro romanceadas.* Salamanca, 1983.
MARCOS OROZ:«S. Isidoro de Sevilla. Apéndices a las Etimologías según la edición de Arévalo». (Traduc.) *Perficit,* vol. XIII, Salamanca (1983), págs. 8-173.

II. DEL 711 AL AÑO 1000

La invasión árabe del 711 produjo una inmensa conmoción, que tuvo inmediata repercusión en las letras. Un silencio cerrado y oscuro se impuso durante muchos años, frente al gran florecimiento de los dos siglos anteriores. Frente al esplendor y la seguridad relativa de la época visigótica, es preciso ahora luchar muy denodadamente por subsistir y, por ende, ni resta tiempo ni posibilidades para desarrollar un quehacer literario. Si en los dos siglos anteriores las figuras eran el anacoreta o el obispo, que a la vez eran escritor y santo, en el futuro se irá imponiendo cada vez más la figura del héroe guerrero, en una geografía que ha venido en llamarse «sociedad de frontera». La desorientación y la dispersión es la nota dominante entre los cristianos tras la invasión, frente a una inevitable euforia y arrogancia triunfalista entre los vencedores, que se sienten más que capacitados para imponer sus reglas de juego. El continuo vivir «en las armas» no era buen caldo de cultivo para dedicarse a la tarea de escribir grandes tratados; por ello abunda el estilo epistolar y florece la Crónica, como género literario, precisamente en estos siglos oscuros, y también en menor medida la poesía litúrgica, que queda relegada dentro de unos límites de herencia del pasado. Por una parte, se quiere ensalzar y ennoblecer ese pasado visigótico, que pervive en la poesía mozárabe. Veamos, pues, las principales manifestaciones literarias en la etapa que se extiende entre la invasión árabe y el entorno del escatológico año 1000, que tantos falsos presagios desató por aquellos tiempos caóticos.

EVANCIO (muerto hacia 737)

Fue un arcediano de Toledo, autor de una carta, que se conoce con el nombre de *Epistula Visigothica*. Dicha carta nos ha sido trans-

mitida por el manuscrito Escurialense Et-I-14, que también contiene las *Etimologías* de Isidoro, los *Tratado* de Jerónimo y Genadio de Marsella, cartas de Liciniano de Cartagena, y la carta de Fructuoso a Recesvinto. Dicho manuscrito llegó al Escorial procedente de Córdoba.

Evancio cita sólo fuentes bíblicas y tres nombres, que según él deben leerse: Agustín, Jerónimo y Gregorio, precisamente los tres nombres más leídos por los cristianos mozárabes. En el título de la Carta se revela el contenido al decir: «Contra los que piensan que la sangre es inmunda», y añade luego que en Zaragoza encontró a quienes tal creían siguiendo la costumbre judaica. Late en el fondo el debate vegetarismo-carnivorismo de lejana resonancia pitagórica. Evancio arguye que Dios creó el mundo y la carne, y por ende, también la sangre: ninguna de las tres son inmundas.

Menciona posteriormente a Evancio la *Crónica Mozárabe,* del año 754, en los términos siguientes: «Por aquel tiempo Fredeario, obispo de la sede Accitana, Urbano, maestro de canto de la catedral toledana, y Evancio, arcediano de la misma sede, eran considerados preclaros por su eximia sabiduría y erudición...» (pág. 38 de la edic. de J. Gil). También le menciona Cixila en su *Vita Ildefonsi* diciendo: «... son muy largas de contar todas las cosas que por aquellos tiempos en la ciudad de Toledo narraban Urbano y Evancio...» (pág. 63 de la Edición de J. Gil). Parece que oralmente, ya que escribir no era posible debido a la ocupación árabe, se mantuvo la tradición visigótica, al menos hasta mediados del siglo VIII.

CRÓNICA DEL 741

Suele llamarse desde Mommsen *Byzantina-Arábica* por el contenido de la misma. Contiene 43 pequeños párrafos en los que el ámbito geográfico va deslizándose progresivamente. Comienza por Recaredo y sus sucesores en España, pasa luego a hablar de los bizantinos, así como de los ataques Persas, para continuar tratando de los Sarracenos que, a partir del párrafo diecisiete consiguen la hegemonía de la narración convirtiéndose en los favoritos del autor. Por eso concluye Díaz y Díaz que el autor fue un español converso al Islam[79]. Cabría pensar que por hallarse en territorio ocupado por los árabes, conociese mejor los datos árabes y por ello los transcribe desde el párrafo diecisiete en adelante, sin necesidad de ser por ello de religión islámica. Ya el hecho de escribir en latín muestra, por parte del autor, un deseo de vinculación a la tradición hispanogoda. Comienza por Recaredo, que es justamente el punto donde acabó Juan de Bíclaro: el deseo de continuidad histórico-cultural parece evidente. Pero la eclosión visigoda que ya quedaba a treinta años vista, le

[79] DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 132.

obliga a contraponer a dos antagonistas foráneos: los Sarracenos y los Romanos, como llama a los imperiales de Constantinopla.

El texto fue publicado por Flórez en *España Sagrada* 6, Madrid, 1790, pág. 430 y ss. También por Mommsen, MGH, *Chronica minora,* II, Berlín, 1894, pág. 165 y ss. Y poco ha por J. Gil, *Corpus Muzarabicorum,* Madrid, 1973, pág. 7 y ss.

CRÓNICA DEL 754 (CRÓNICA MOZÁRABE)

Es cinco veces mayor en extensión que la Crónica del 741, siendo a la vez más rica en contenido histórico y también lingüísticamente. Ha sido editada en varias ocasiones[80] y es sin duda, como reconocen todos los críticos, la mejor fuente de información sobre la Hispania de la primera mitad del siglo octavo. Comienza su narración en el 611 y llega hasta el 754 en setenta y siete capítulos, en los que alude a las gestas de los Persas, de los Arabes, de los Romanos (como llama a los bizantinos), de los Sarracenos, de los Godos y de los *Gesta Spanie.* Estos, los acontecimientos de España, ocupan el grueso de la Crónica.

El autor parece ser un mozárabe toledano, dado el cúmulo de informaciones que ofrece y dado que los mozárabes toledanos guardaban cuidadosamente los datos históricos del pasado[81]. El autor conoció la Crónica del 741, y tuvo también acceso a la de Juan de Bíclaro así como a la de Isidoro, para llevar a cabo la narración de los hechos del siglo VII; y fue contemporáneo, en gran parte, de los sucesos que narra del siglo VIII; debió consultar también fuentes, hoy perdidas, del siglo VII, y posiblemente datos archivados en Toledo del siglo VIII, que tampoco nos han llegado hasta hoy.

Su lengua tiene influencias litúrgicas y canónicas, lo que supongo indujo a Díaz y Díaz a pensar que el autor era un clérigo[82], y aunque no domina totalmente los recursos del lenguaje, a tenor del cúmulo de mensajes que intenta transmitirnos, su lengua y su técnica es más rica, con mucho, que la de sus contemporáneos.

---

[80] P. SANDOVAL la publicó atribuyéndola a Isidoro Pacense, Pamplona 1615 y 1634. Así como F. de BERGANZA, Madrid, 1729. E igualmente el P. FLÓREZ en *España Sagrada,* Madrid 1752, t. 8, págs. 282 y ss. Recientemente J. GIL, en *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, 1973, págs. 13 y ss. Poco ha aparecido el libro de J. E. LOPEZ PEREIRA, *Crónica Mozárabe del 754,* Zaragoza, 1980.

[81] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 165. Véase también el libro de SIMONET, *Historia de los Mozárabes de España,* Madrid, 1903.

[82] M.C. DÍAZ DÍAZ, *op. cit.,* págs. 208-209.

S. BODELÓN, «Crónicas del reinado de Alfonso III», AQUIANA, núm. 709 y 710 (1986).

CIXILA DE TOLEDO (siglo VIII)

La *Vita Ildefonsi* (hacia 780?)

Su autor fue Cixila, metropolitano de Toledo entre 774 y 783, e intenta con esta obrita seguir el auge, ya eclipsado, de la tradición toledana. Son unas escasas páginas de lo que pudo haber sido un discurso catequético, desprovisto de más valor que el hagiográfico. Muchos manuscritos vacilan sobre su autoría ofreciendo dos posibles autores, Eladio y Cixila. Ofrecen no obstante a Cixila como autor, el manuscrito del Escorial D.I.1 del año 994, así como el manuscrito número 47 de la Real Academia de la Historia de Madrid, del siglo XI. Díaz y Díaz postula que se trata, en realidad de un autor incierto quizá del siglo X, aduciendo razones lingüísticas[83]. Siguiendo la opinión de Díaz, el autor muy bien podría haber sido el leonés Cixila, fundador del monasterio de Abellar y allí mismo abad; con lo que no habría oposición entre la tradición manuscrita y las razones lingüísticas. Ha sido numerosas veces publicada esta *Vita*[84].

ELIPANDO (717-800)

Fue metropolitano de la sede de Toledo. A partir del 785 su teoría de que Cristo no era hijo natural, sino hijo *adoptivo* de Dios —de donde el nombre de adopcionismo— causó, primero revuelo y luego, gran polémica. Se alinearon con Elipando, en general, muchos mozárabes y algunos nombres significativos del Norte, y entre éstos, Félix de Urgell, de quien tenemos una carta fechada en el año 800. Y en Asturias, Elipando contó con el apoyo del abad Fidelio, motivando la división de la Iglesia en Asturias a finales del siglo VII; ambas facciones coincidieron con el bando adverso y favorable a Alfonso II[85]. Entre sus enemigos destacaron Heterio de Osma y Beato de Liébana.

Se conservan de Elipando unas ocho *Cartas,* así como el *Symbolus fidei,* en donde muestra su espíritu enigmático y orgulloso, así

---

[83] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, en «Revista española de Teología», 17(1957), págs. 44-45.

[84] F. FEUARDENTIUS, *Vitae Ildephonsi,* en *Sacra Biblioteca Sanctorum Patrum,* París, 1589.

C. CAYETANO, *Sanctorum trium episcoporum...* Roma, 1606.

L. SURIO, *Vitae Sanctorum ex probatis autoribus et codicibus,* Colonia, 1617.

E. FLÓREZ, *España Sagrada,* Madrid, 1750, v. 501 y ss.

AGUIRRE, *Collectio maxima conciliorum,* Roma 1754, IV, págs. 235 y ss.

V. BLANCO, *S. Ildefonso. De uirginitate beatae Mariae,* Madrid, 1937, págs. 17 y ss.

L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Vita S. Emiliani,* Madrid, 1943.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca 1958, núm. 595.

J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, 1973, págs. 59 y ss.

[85] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 253.

como gran erudición. Refiriéndose a los norteños llega a escribir que dónde se vio que a los toledanos les enseñasen los libanenses[86]. Y también desde los ariscos montes reconquistados del norte se responde con jactancia, estableciendo una relación de causa-efecto entre la derrota del 711 y el orgullo toledano[87]. Su obra de unas veintitantas páginas conservadas merece, sin duda, el calificativo de obra literaria, no sólo por el dinamismo que impulsa sus líneas, sino por el dominio del léxico y de la técnica epistolar, así como de los recursos literarios. Su obra ha merecido ya varias ediciones y estudios[88].

BEATO DE LIÉBANA (siglo VIII)

Principal figura de cuantos combatieron a Elipando y a su teoría adopcionista, fue sin lugar a dudas el hombre más sabio de su época en los territorios cristianos del Norte. Había viajado a la Francia carolingia, donde sedimentó su formación; a su retorno a la Asturias de la época, actuó como motor intelectual del reino astur desde su retiro en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, atrincherado entre impresionantes montañas[89]. Su labor intelectual hizo posible el surgimiento de una actividad historiográfica, que se transmite a base de *Annales* y que luego nos llegan en forma de Cronicones como el *Chronicon Iriense,* o el *Chronicon Compostelano*[90].

En el 785 aparece su obra *Aduersus Elipandum libri duo* (Contra Elipando), en colaboración con Heterio de Osma, donde aparecen síntomas de la división que el adopcionismo estaba inflingiendo en la iglesia del reino de Asturias, aglutinándose en torno a las dos facciones de la época, la de Mauregato y la de Alfonso II. La posteridad le recuerda más por su obra *In Apocalypsim libri duodecim* (Comentarios al Apocalipsis), «libro bárbaro, singular y atractivo,

---

[86] J. GIL, *op. cit.*, pág. 81: «Nam nunquam est auditum ut Libanenses Toletanos docuissent» (Linea 6). «Libanenses», aludiendo a la Liébana».

[87] A. FLORIANO, *Diplomática española del período astur (718-910),* Oviedo, 1949, t. I, págs. 118 y ss.

[88] E. FLÓREZ, *España Sagrada,* Madrid, 1750, t. IV, págs. 533 y ss. 543, y ss, 555 y ss., 558 y ss., 562 y ss.

M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles,* Madrid, 1917, t. II, págs. CXXXIV y ss.

R. DE ABADAL, *La presión del adopcionismo en la desintegración de la Iglesia visigoda,* Barcelona, 1949.

M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca, 1958, núm. 414 y ss.

J. GIL, *op. cit.*, pág. 67 y ss.

M. D. VERDEJO, *Elipando de Toledo y el adopcionismo* (tesis doctoral), Salamanca, 1968.

F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Alta Edad Media,* pág. 40, Oviedo, 1972.

[89] L. SÁNCHEZ BELDA, *Cartulario de Santo Toribio de Liébana,* Madrid, 1948.

[90] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *La historiografía Hispana hasta el año 1000,* en *De Isidoro al Siglo X,* Barcelona, 1976, pág. 213.

donde las frases son de hierro, como forjadas en los montes que dieron asilo y trono a Pelayo, libro que es una verdadera algarada teológica propia de un cántabro del siglo VIII» en opinión de Menéndez y Pelayo[91]. La obra ha sido muy difundida en códices preciosamente miniados que reciben todos ellos el nombre de «beatos».

El *Himno a Santiago,* que comienza *O Dei uerbum patris ore proditum* ha sido atribuido al Beato de Liébana por Pérez de Urbel[92], basándose en los calcos y concomitancias que a simple vista resultan evidentes entre el citado *Himno* y los *Comentarios al Apocalipsis* del Beato. Pero Díaz y Díaz niega que el autor del *Himno* sea el Beato de Liébana, sosteniendo que simplemente el *Comentario al Apocalipsis* del Beato es la fuente que utilizó el autor desconocido del *Himno a Santiago,* que hemos reseñado[93]. Textos[94].

ASCARICO Y TUSEREDO (siglo VIII)

Un manuscrito del año 1047 escrito por un presbítero llamado Domingo, el Escurialense ET.I.3 nos ha transmitido las *Cartas* de Ascarico y Tuseredo. Ascarico parece haber sido partidario del adopcionismo, defendido y expandido por Elipando. Dada la temática religiosa y exegética de sus Cartas, cabe deducir que ambos fueron clérigos y que estuvieron inmersos en la problemática religiosa de la época muy profundamente. Menéndez y Pelayo abrigó la sospecha de que Tuseredo era un mozárabe[95] y Díaz y Díaz opina que era un abad mozárabe, mientras que para Ascarico Díaz y Díaz le sugiere una procedencia toledana[96]. Está claro que Ascarico fue obispo, según se desprende de la carta tercera de Elipando, en la que comunica que Ascarico le escribió no para enseñarle, sino para preguntarle (hecho que ha servido para acusar a Ascarico de adopcionismo). Elipando explota, a su favor, el hecho en carta a Fidelio[97].

Tuseredo da pruebas de gran erudición, pues resulta evidente que leyó a Gregorio Magno, a Ambrosio, Agustín y Jerónimo, así como

---

[91] E. BENITO RUANO, *Historia de Asturias,* Oviedo, 1979, t. IV, pág. 106.

[92] J. PÉREZ DE URBEL, «El Origen de los Himnos Mozárabes», en *Bulletin Hispanique,* XXVIII, 1926, pág. 125. Y del mismo autor, «Orígenes del culto de Santiago en España», en *Hispania Sacra* 5 (1952), pág. 16.

[93] M. C. DÍAZ Y DÍAS, «Los himnos en honor a Santiago», en *De Isidoro Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 251 y ss. y 255 y ss.

[94] Para textos véase *PL* 96, 894-895. Así como Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España,* III, págs. 58 y ss.También E. FLÓREZ editó el Beato de Liébana en su *España Sagrada,* t. XIII. El trabajo más moderno es el del norteamericano H. A. SANDERS, *Los comentarios al Apocalipsis.* Véase además, el reciente libro del semiólogo UMBERTO ECO, *Beato de Liébana,* Barcelona, 1984, con hermosas ilustraciones.

[95] J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, 1973, pág. 113.

[96] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 167 y ss.

[97] «Hanc epistolam domini Ascarici episcopi ideo fraternitati tue direxi, karissime Fidelis, ut cognoscas quanta...», pág. 80 de edic. de J. GIL,Madrid, 1973.

a Rufino y a Eucherio; además conoce bien a Isidoro, a Julián de Toledo, así como el Antiguo Testamento. Ascarico, en cambio, da pruebas de unos conocimientos muy inferiores, limitándose a Isidoro, el Antiguo Testamento y poco más. Véase sobre las fuentes el artículo de Fita[98]. Para textos y más bibliografía es preciso acudir a la edición hecha por Gil[99].

EL AUTOR DE LA «HISTORIA DE MAHOMA» (siglo VIII).

Un clérigo de Iliturgi escribió, en el último cuarto del siglo VIII una *Historia Mahomet.* Eulogio, en su viaje a Pamplona y Leire[100] encontró esta Historia en su volumen, obra de algún «nefando uate», según dice, la copió y luego la transcribe en su *Liber Apologeticus Martirum.* El autor de esta «historiola», como la califica Eulogio, bebió, quizá, en la Crónica del 741, que explica, con acierto de detalles a veces, la vida y éxitos de Mahoma. Fue éste un tema en el que incurrieron muchas crónicas de la época: baste citar la *Crónica Profética*[101], de la que más tarde hablaremos. Reseñamos Bibliografía sobre esta *Historia de Mahoma* en la nota siguiente[102].

ANÓNIMO (siglo IX?)

El *Indiculus de aduentu Enoch et Eliae atque AntiChristi* (Resumen sobre la llegada de Enoc, Elías y el Anticristo) debió de contribuir muy mucho a la idea, tan extendida en el siglo IX, de que el fin del mundo estaba ya próximo y que ocurriría en el año mil; previamente tendría lugar la venida de Enoc, de Elías y del Anticristo. La indefensión cristiana ante las capañas de Almanzor debe mucho a obras y resúmenes, como el que ahora nos ocupa. La palabra An-

---

98 F. FITA, en «Boletín de la Real Academia de la Historia», 56(1910), pág. 432-434.

99 *op. cit.,* en nota 95.

PÉREZ BAYER, *Bibliotheca Hispana Vetus,* Madrid, 1787, t. I, pág. 338.

F. J. SIMONET, *Historia de los mozárabes de España,* Madrid, 1897, pág. 267.

J. MADOZ, *Segundo decenio de estudios sobre Patrística española, 1941-1950,* Madrid, 1951, pág. 167.

M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca, 1958, T. I, núms. 388-389.

M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Isidoriana,* León, 1961, pág. 362.

J. VIVES, *Inscripciones de la España Romana y Visogoda,* Barcelona, 1971, en pág. 87, núm. 282, aparece el *Carmen ad Tuseredum,* por Ascarico.

100 J. GIL, *Eulogi Liber Apologeticus Martirum,* en *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* pág. 483, y ss.

101 M. GÓMEZ MORENO, «Crónica Profética», en *Boletín de la Real Academia de la Historia,* 1932, pág. 622 y ss.

102 F.R. FRANKE, en «Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens», Münster, 13 (1958), pág. 45 y ss. Véase M.C. DÍAZ Y DÍAZ, «Textos antimahometanos... en códices españoles», en *Archives d'histoire... du Moyen Age,* 37(1970, pág. 149 y ss.

ticristo es el *leit-motiv* de este opúsculo de ocho páginas, que a pesar de lo sintético, es uno de los modelos, de cuantas obras tratan sobre la teoría del Anticristo; entonces fue, precisamente, cuando el tremendismo de lo escatológico alcanzó mayor auge, en un *crescendo* imparable a medida que avanzaba el siglo IX: florecieron entonces las copias manuscritas de los *Comentarios al Apocalipsis*, los célebres «beatos»; situación que continuaría durante el siglo siguiente.

El autor se basa en los *Comentarios a Daniel* de Jerónimo y en el *Comentario al Génesis* de Isidoro, con algún ingrediente de los *Moralia* de Gregorio Magno, pero sobre todo con grandes dosis del *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana, sin duda su fuente principal. Por lo tanto, el anónimo autor de nuestro opúsculo sobre el Anticristo es posterior al Beato de Liébana. Por ello se debió escribir a principios del siglo IX; el autor debió de ser clérigo para poder reunir tantos datos sobre figuras bíblicas, como cita. Y aunque Gil lo sitúa entre los mozárabes, resulta imposible concretar, pues también en el Norte disponían de esos textos en tiempos de Alfonso III. Para textos y Bibliografía véase nota siguiente[103].

EULOGIO (muerto en 859)

La mejor fuente de información para la vida de Eulogio es la *Vita Eulogi,* escrita por su amigo Albaro de Córdoba. En ella nos dice que Eulogio sufrió el martirio el tres de marzo del año 859, que había nacido en Córdoba de noble estirpe, que había sido clérigo en S. Zoilo. Allí le conoció Albaro y trabó amistad con él; juntos habían admirado la celebridad del abad Esperandeo (muerto el 853), cuyo grato recuerdo endulzaba todos los rincones de la Bética, y de quien se conserva una carta dirigida a Albaro. Eulogio fue encarcelado cuando proyectaba un viaje a Roma en calidad de peregrino, junto con otros clérigos; en la cárcel estaban también Flora y María, de las que habla en su *Memoriale Sanctorum,* libro compuesto en la cárcel en esta circunstancia. Me escribió una carta poco antes de morir, dice Albaro, que contiene los sufrimientos de esas jóvenes; en la cárcel escribió también poemas muy perfectos, «en ritmos aún desconocidos para los sabios de España»[104].

Había viajado al Norte, pues estuvo en Pamplona, en Leyre y otros cenobios. De este viaje se llevó para Córdoba, un Virgilio, un Juvenal, un Valerio Flaco, un Porfirio, los *Epigramas* de Adhelmo,

---

[103] LOEWE-HARTEL, *Bibliotheca Patrum Latinorum Hispaniensis,* Viena, 1883, págs. 130 y ss.

A. C. VEGA, realizó la primera edición en *La ciudad de Dios,* Madrid, 1958, pág. 258 y ss.

C. MILLARES, *Manuscritos visigóticos,* Madrid, 1963, pág. 27 y ss.

J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum Latinorum,* Madrid, 1973, pág. 123 y siguientes

[104] J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, 1973, t. II, pág. 333.

Avieno, *La Ciudad de Dios* de San Agustín, así como los «fúlgidos poemas» de *Los Himnos*: Eulogio trató de imitar con ardor inusitado la serenidad de Jerónimo, la modestia de Agustín, la suavidad de Ambrosio, la paciencia de Gregorio, siendo éstos los principales autores que influyeron en su creación literaria.

Los libros de Eulogio se extendieron con celeridad pues están escritos «con sal Atica y bella prosa»[105]. Pero Eulogio adquirió no sólo un gran nivel estilístico, sino también una elevada cota de erudición; utilizó, cotejó, corrigió y completó manuscritos; consta, por ejemplo, que el manuscrito Escurialense R.II.18, que por el siglo VIII y IX estaba en Córdoba, fue completado por él; en efecto en el folio seis existe una anotación que dice: «Eulogii mementote peccatori». Y si corrigió el manuscrito, por supuesto, se enteró del contenido, por ende conoció de este modo, el *De Natura Rerum* de Isidoro, *Los Orígenes*, así como la *Historia Gothorum*[106].

Además del *Memorale Sanctorum* (Evocación de los Santos), escrito en la cárcel como señalamos y en donde se narra el sufrimiento y martirio de los que sufrían la prisión, como él, se nos ha conservado el *Documentum Martyriale,* obra dedicada a Flora y a María, compañeras de cárcel; en esta obra se canta a la vez la palma del martirio y el don de la virginidad; y se exhorta a Flora y a María a conquistar ambos dones, imitando a cuantas las precedieron. En *Liber Apologeticus Martyrum* (Alabanza de los Mártires), es una loa entusiástica a cuantos han preferido morir antes de someterse a la religión islamita. Se incluye en esta obra la *Vita Mahomet,* a la que ya aludimos, opúsculo que Eulogio manifiesta haber conocido en Leyre durante su estancia en tierras navarras. Se conservan además varias *Cartas,* una a su amigo Albaro, otra a Baldegotoma y otra a Wiliesindo, obispo de Pamplona, a quien Eulogio conoció en su viaje a aquellas tierras. En total, una extensa producción, documento inapreciable para conocer la vida de los mozárabes en la Córdoba califal del siglo IX, así como las peripecias de una imposible subsistencia en el mismísimo corazón del enemigo. Por su erudición, su personalidad encendida y su lúcida prosa, este autor merece ser conocido y estudiado más de lo que hasta hoy lo ha sido[107].

---

[105] J. GIL, ibidem, *op. cit.*, «luce clariora eius pandent opuscula, quae sale Attico et prosatico lepore...»

[106] J. FONTAINE, *Isidore de Séville. Traité de la Nature.* Burdeos, 1960, pág. 20 y ss.

[107] P. PONTIUS, *Diui Eulogii Cordubensis Martyris... Opera,* Alcalá, 1574 (Editio princeps).

M. DE LA BIGNE, edición en *Sacra Bibliotheca Sanctorum patrum,* París, 1589, t. IX, 769-922.

SCHOTT, edición en *Hispania illustrata,* Francfurt 1608, t. IV, pág. 237 y ss.

J. PÉREZ DE URBEL, S., *Eulogio de Córdoba,* Madrid, 1928.

A. S. RUIZ, *Obras completas de S. Eulogio,* Córdoba, 1959.

E. P. COLBERT, *The martyrs of Cordoba (850-859),* Washington, 1962.

J. GIL, *op. cit.*, en nota 104.

ALBARO DE CÓRDOBA (muerto el 861)

En la *Vita Eulogi* escrita el 860, no sólo habla del amigo desaparecido el año anterior tras su martirio, sino que también trata a veces de sí mismo. Ambos se conocieron en el cenobio de San Zoilo de Córdoba, y ambos fueron admiradores del abad Esperandeo, que fue un gran maestro para ellos. «En la juventud, cuando nos dedicábamos al deleite de descubrir los textos literarios, dice Albaro, creímos descubrir el fragor del mar Euxino, pues nos deleitábamos en rítmicos versos y composiciones y era ése para nosotros un ejercicio más dulce que la miel»[108]. Cristiano ferviente, no fue clérigo sino seglar, lo que quizá le salvó de ser martirizado en la Córdoba califal; lamenta con amargura que la juventud de su época en Córdoba, no sólo no sabe ya el latín, sino que se ufanan en hablar el árabe y en copiar los usos y costumbres arábigos.

Albaro fue, sin lugar a dudas, el hombre más sabio de la Hispania del siglo IX, al menos entre los cristianos. Podemos sostener esta afirmación, al contemplar el cúmulo de fuentes que maneja mediante citas o pasajes paralelos o copiados. Así, en las cartas a Aurelio Flavio utiliza con profusión a Jerónimo algo así como en cincuenta ocasiones, y sólo utiliza a Agustín unas quince veces, citando además o parafraseando a Isidoro en ocho ocasiones, a Virgilio cinco, a Gregorio Magno tres, a Ambrosio tres, dos al Beato de Liébana, Fulgencio, Ausonio, Genadio, Eucherio y en una a Eulogio, Apiano, Eusebio, Casiodoro, Sedulio y Draconcio. Su corresponsal Aurelio Flavio, en las dos cartas conservadas, utiliza a Jerónimo en seis ocasiones, a Ambrosio en cinco, a Orígenes en tres, a León Magno en tres, y en una a Tajón, Braulio, Rufo, Beato Liébana y Eulogio. En las demás cartas de Albaro la situación de fuentes es muy similar, con inmensa ventaja de Jerónimo, sobre sus inmediatos seguidores, Agustín, Ambrosio y Virgilio, pero apareciendo además, Minucio Félix, Julián, Salustio, Arator, Persio, Catón, Braulio, e incluso griegos (bebidos a través de Jerónimo), como Homero, Demóstenes, Esquines. El interés de las *Cartas* radica en que permiten rastrear gran cúmulo de fuentes, que testimonian hasta qué punto los mozárabes supieron mantener viva la tradición grecolatina.

El *Indiculus luminosus* («Camino de luz verdadera» han traducido algunos), es un ataque frontal contra el Corán; fue escrito en el momento que más arreciaba la persecución contra los cristianos cordobeses en torno al año 854. Esta obra nos sugiere nuevas fuentes utilizadas por Albaro: la más importante es Gregorio Magno con una docena de pasajes aproximadamente, aunque le sigue Jerónimo con más de media docena e Isidoro en dos ocasiones. Pero lo más interesante es que aparecen autores no utilizados en las *Cartas,* como Arnobio, Hilario o las *Fábulas Milesias* (a las que conoce a través de San Jerónimo).

---

[108] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.*, pág. 332, en *Vita Eulogii.*

En la *Confessio* cita solamente fuentes bíblicas, como es lógico en una obra en la que exclusivamente se trata de hacer profesión de fe cristiana; debió de ser escrita a propósito de la muerte de su amigo Eulogio, ocurrida en el 859. La *Vita Eulogii*, a la que hemos ya aludido, comienza con una introducción muy del gusto salustiano en la *Conjuración de Catilina* y los calcos estilísticos con Salustio parecen evidentes; pero la fuente principal a la hora de componer sigue siendo San Jerónimo y se citan o parafrasean aquí a los autores siguientes: Juvenal, Ausonio, Virgilio, Valerio Flacco, Avieno, Agustín, Porfirio y Adhelmo. Por ello, esta obra es la más rica en fuentes, además la de más perfecta construcción y estilística.

Pero, ante todo, Albaro es el más excelso de los poetas mozárabes, aunque sus poemas escondan, a veces, múltiples imperfecciones métricas, indicio, tan sólo, del aislamiento a que los mozárabes estaban siendo sometidos. Aquí la fuente principal es Eugenio, el máximo poeta visigótico; más de una decena de situaciones calcadas se pueden rastrear en versos paralelos, dejando a un lado los temas; en menor escala está Albaro influido también por Sedulio, Virgilio, Marcial, Aldhelmo y Teodulfo, el poeta visigótico de la corte carolingia. En los temas, el poema al gallo, al ruiseñor, al lobo, parecen inspirarse en Eugenio, mientras el hermoso *poema a las flores*[109], tiene un corte virgiliano. Para Bibliografía, nota 110[110].

SAMSÓN (muerto el 890)

Fue, durante más de treinta años, abad de Pinnamellaria. Es un escritor importante, casi a la misma altura que Eulogio, aunque muy por debajo del nivel alcanzado por Albaro. Juntos forman la trilo-

---

[109] J. GIL, *op. cit.*, pág. 347 nos ofrece esta muestra:

«lumine candoris clarent hic lilia celi,
fulbe rose florens imitant hic purpura terre
et uiole pariter stellarum uice coruscant,
dum uario redolent pariter unite colore.
Albeole renitent ceu unio lilia conclis
instar et ipse conplectens colla puelle
lactea dum pingunt bilbam fulgentes elenci»

[110] AMBROSIO MORALES, *Diui Eulogii Opera*, Alcalá, 1574.
E. FLÓREZ, *España Sagrada*, X, 1753, pág. 543 y ss.
LORENZANA, *Sanctorum Patrum Toletanorum Opera*, Madrid, 1785, t. II, pág. 394 y ss.
BAUDISSIN, *Eulogius und Albar*, Leipzig, 1872.
J. MADOZ, *Epistolario de Alvaro de Córdoba*, Madrid, 1947.
M. MANITIUS, *Geschichte der Lateinischen Literatur des Mittelalters*, Munich. 1959, t. I, pág. 426 y ss.
RABY, D.E.J., *A history of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, Oxford, 1976, t. I, pág. 235 y ss.
J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, Madrid, 1973, t. I, págs. 143-361.
E. MARTÍNEZ, *Index Verborum Albari*, Sevilla, 1977.

gía de los grandes escritores mozárabes. Samsón conoce, incluso con bastante detalle la literatura latina de tradición cristiana, pero de los grandes clásicos paganos tan sólo parece conocer a Virgilio. Su obra cumbre, el *Apologeticus,* permite entrever sus lecturas y conocimientos literarios. Entre los hispanos conoce a Julián, Braulio, Fulgencio, Isidoro, Elipando, Tajón, Ildefonso, Juvenco, Cecilio, Sedulio, Eucherio. Entre los no hispanos conoce a Cipriano, Hilario, Casiano, Ambrosio, Claudiano, Jerónimo, pero sobre todos a Agustín y a Gregorio Magno; casi treinta pasajes agustinianos pueden rastrearse en su *Apologeticus* y unos cincuenta pasajes tomados o inspirados en los *Moralia* de Gregorio Magno. Samsóm, pues, se debe a Gregorio, y en menor medida a Agustín. Entre los demás autores, Isidoro es copiado en ocho pasajes, Julián en nueve, Fulgencio en veinte ocasiones, Jerónimo cinco veces. Claudiano Mamerto, con su *De statu animae,* fue copiado en veinte ocasiones por Samsón.

Mucha menor importancia posee su *Tractatus de gradibus consanguinitatis,* derivado de San Isidoro; se trata de una obra sin pretensiones y de muy escasos vuelos, a pesar del profundo pensamiento con que se inicia[111].

También escribió Samsón versos, para no ser menos que Eulogio y Albaro. Pero nos han llegado solamente tres breves epitafios, escritos para las tumbas del abad Offilón, del abad Atanagildo y del presbítero Valentiniano respectivamente. En la nota siguiente especifico Bibliografía[112].

LEOVIGILDO DE CÓRDOBA (siglo IX)

Presbítero cordobés mozárabe que escribió un breve tratado *De habitu clericorum* (sobre el modo de ser de los clérigos); esta obra fue escrita a instancias de Cipriano de Córdoba, obispo a la sazón en la ciudad califal, del cual conocemos algún poema[113]. Samson,

---

[111] «Es justo y muy necesario seguir la senda de la justicia...», según la edición de J. GIL, en *op. cit.,* en nota 110, pág. 659.

[112] E. FLÓREZ, *España Sagrada,* Madrid 1753, t. XI, págs. 325-516 y 527-528.

F. J. SIMONET, *Historia de los Mozárabes en España,* Madrid, 1903, págs. 338 y ss.

D. de BRUYNE, Art. en «Revue Bénédictine», 26, 1909, pág. 481-484.

G. ANTOLÍN, edic. del *De gradibus consanguinitatis,* en «La Ciudad de Dios», 74, 1907, págs. 645-648.

A. C. VEGA,edic. del *Apologeticus,* en «España Sagrada»; LVI, 1957, págs. 85-90.

M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca, 1958, t. I, pág. 508 y ss.

M. MANITIUS, *Geschichte der lat. Literatur des Mittelalters,* Munich, 1959, págs. 429-430.

B. THORSBERG, *Études sur l'hymonologie mozarabe,* Estocolmo, 1962.

J. GIL, *op. cit.,* en nota 110.

J. PALACIOS ROYÁN, *Index Verborum Samsonis,* Málaga, 1978.

[113] J. GIL, *op. cit.,* edic. completa de la obra de Leovigildo en pág. 667 y ss.

en el *Apologeticus,* hace alusión a Leovigildo, diciendo de él que es hijo de Ansefredo. También lo cita Albaro en su poema IX[114], aludiendo a su labor de bibliófilo y atribuyéndole ascendencia visigótica.

Díaz ha visto en este tratado el influjo de los *Oficios* y las *Diferencias* de Isidoro; al margen de influencias bíblicas y de Isidoro, pocas huellas más se dejan entrever, por lo que no nos es permitido saber mucho más de la cultura que poseía Leovigildo de Córdoba. Por otra parte las noticias que nos ofrece están salpicadas de fantásticas y caprichosas interpretaciones, sacadas de la propia cosecha más que de pasajes documentales y fidedignos. La obra tiene diez capítulos, los más interesantes de los cuales son el III, el IV y el X; el III trata sobre por qué todos los clérigos se tonsuran la cabeza de la misma manera. El IV aborda el asunto de por qué en Asia y Libia los clérigos llevan barbas, mientras por el contrario los de Europa no. Y el capítulo X, sin duda el más sugestivo, explica por qué los diáconos y sacerdotes orientales se casan, mientras los occidentales se mantienen célibes después del diaconado. Leovigildo estima que la razón la tienen los occidentales. En nota siguiente la Bibliografía[115].

JUAN HISPALENSE (siglo IX)

Fue un clérigo sevillano, que floreció hacia mediados del siglo IX y mantuvo correspondencia epistolar con Albaro de Córdoba. Se conservan cuatro cartas de Albaro a Juan Hispalense y dos de éste a Albaro. Juan Hispalense demuestra poseer un gran bagaje cultural, muy poco común para aquellos tiempos; cita en sus dos cartas conservadas con profusión, directa o indirectamente a Orígenes, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, y en menor escala a Genadio de Marsella, Gregorio Magno, Atanasio, Elipando, Eulogio, Braulio, Prisciliano y al poeta Juvenco; conoce con detalle al gramático Donato y cita a Cicerón positivamente. Se enfrenta, atacándolos duramente

---

[114] verso 144 y ss.
Hec Leobegildi uigor obiter in uno redegit,
septuaginta duos mittens sub bargina biblos,
qui Getica luce fulget uel copia fandi
germine uel lingua claret per tempora secli.
De la edic. de J. GIL, *op. cit.*, pág. 354.

[115] E. FLÓREZ, *España Sagrada,* Madrid, 1753, XI, pág. 521 y ss. (editó el Praefatio).
F. J. SIMONET, *Historia de los mozárabes de España,* Madrid, 1903, págs. 495-496.
L. SERRANO, art. en «Boletín de la Real Academia de la Historia», 54, 1909, pág. 496 y ss.
P. ANTOLÍN, artic. en «Boletín de la Real Academia de la Historia», 55, 1910, pág. 102 y ss.
M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* Salamanca, 1958, t. I, 525.
M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 173.
B. JIMÉNEZ, *La espiritualidad romano-visigoda y mozárabe,* Salamanca, 1977.

a Platón porque dice que es la «fuente de las almas», a Hermógenes por sostener que nada existe después de la muerte, a Aristóteles porque dice que «el cuerpo es un fantasma» y a Epicuro, porque según nuestro autor, está de acuerdo con los anteriores.

No duda en confesarse amigo y admirador de Albaro[116], amigo y no precisamente por banquetes ni por temporales circunstancias. Estilísticamente es un buen controlador del lenguaje y de los recursos literarios; «Me decido a abordar el litoral en navegación tranquila y a pescar en los estanques de las letras latinas», dice para expresar que, por fin, se va a poner a contestar la carta que le debe a Albaro —«pescar en las letras latinas, pues se está hablando árabe en el entorno».— Y continúa: «Me empujas a aflojar las velas hacia alta mar y me incitas a responder a elevadas cuestiones. Temo ser llevado a un mar demasiado profundo y que me oprima la fiereza de las olas»[116 bis]; así escribe para expresar que no va a poder competir dialécticamente con Albaro.

El Abad Esperandeo (muerto el 853)

Albaro le dirige una carta en la que le llama «padre venerable», con el fin de pedirle consejo espiritual, ya que le dice citando a Pablo «Las palabras de los héreticos se expanden como un cáncer». La respuesta de Esperandeo es casi exclusivamente trinitaria, por lo que cabe pensar la fecha de redacción de la carta hacia los años treinta de ese siglo, cuando aún existían rescoldos de adopcionismo. Tanto Albaro, como Eulogio, deben su formación a Esperandeo, quien había iniciado en Córdoba la renovación de la comunidad cristiana y desde su monasterio irradiaba el viejo sabor cultural visigótico. Cierto que la presión árabe era muy intensa, y sobre todo, en las zonas próximas a la Córdoba califal; pero los monasterios, excepcionalmente, eran focos culturales cristianos, pequeños oasis que vivían del pasado esplendor visigótico. Tal era el ambiente y la circunstancia concreta del abad Esperandeo.

Albaro lo cita en la *Vita Eulogi* en los términos siguientes: «Eulogio visitaba muy a menudo a Esperandeo, el abad de grato recuerdo, hombre conocido y celebrado por su magisterio, y escuchaba con atención cuanto de su boca fluía; Esperandeo en este tiempo endulzaba los confines de toda la Bética con los efluvios de su prudencia»[117]. La pintura no puede ser más optimista y laudatoria.

También Eulogio le recuerda en su *Memoriale Sanctorum* en dos ocasiones. Le llama «hombre sapientísimo, inmensa lumbrera de la iglesia en nuestros tiempos, el abad Esperandeo... y en el sexto ca-

---

116 J. Gil, *op. cit.*, pág. 153.
116 bis J. Gil, *op. cit.*, pág. 152.
117 J. Gil, *op. cit.*, pág. 331.

pítulo de su libro escribió...»[117 bis]. No nos queda ese libro por él escrito.

La poesía en la España del siglo VIII y IX

En gran medida la poesía del siglo VIII es una herencia del gran florecimiento poético de la época visigótica. Pero no existe en el siglo VIII la gran proliferación de nombres, de los que conservamos o de los que se perdieron poemas. Baste recordar, como ejemplo del esplendor poético alcanzado en los tiempos visigóticos, los poemas de Martín Dumiense, los lúcidos poemas de Eugenio, los clasicistas versos de Julián, la brillante composición del rey Sisebuto, los acrósticos de Valerio del Bierzo, los *Tituli* de Isidoro, el *Himno a San Millán* de Braulio, el anónimo y hermosísimo *epitafio a Antonina,* el *Himno a Santa Eulalia* escrito por Quirico de Barcelona, o el lamento desde la cárcel de Sisberto de Toledo. También Máximo de Zaragoza y Leandro de Sevilla escribieron versos, según Isidoro[118]. Pero, además, unos cincuenta Himnos del Himnario mozárabe fueron compuestos en el siglo VII llegando a afirmar Raby que «la verdadera poesía visigoda está en la himnodia»[119]. Existe pues una ósmosis entre época visigótica y siglo VIII en el campo poético, a pesar de la gran eclosión política sufrida y gracias al fermento religioso-litúrgico. Sabido es que el uso de los himnos en las iglesias fue establecido obligatoriamente por el IV Concilio de Toledo en el año 633, lo que impulsó el florecimiento de este género poético, tradición conservada gratamente por los mozárabes. Se admitieron además himnos ajenos escritos fuera de la geografía hispana a veces, como es el caso de Ambrosio y Ennodio, y a veces se recurrió a los Himnos del hispano Prudencio; pero las influencias literarias tanto en época visigótica, como en tiempos mozárabes, son múltiples y variadas y así podemos atisbar desde remembranzas virgilianas a ribetes de la Sátira o del Epigrama latinos.

Pero la gran mayoría de los poemas del *Liber Hymnorum,* según Pérez de Urbel, son de época posterior a los tiempos visigodos, ya que sólo cincuenta, y la mayoría anónimos, fueron escritos en el siglo de Isidoro[120]. El grueso de la obra del *Repertorium hymnologicum,* como lo denomina Chevalier, es del siglo VIII, y en menor medida, a larga distancia del IX y X, pudiendo decir que por el año mil este ciclo poético estaba prácticamente cerrado. Característica pecu-

---

[117 bis] J. Gil, *op. cit.*,pág. 375.

[118] Isidoro, *De viris illustribus,* XXVIII «... laudibus atque psalmis multa dulci sono composuit» (edic. de C. Codoñer, Salamanca, 1964, pág. 150).

[119] D. J. E. Raby, *A History of Christian-Latin Poetry,* Oxford, 1953, pág. 128. Y véase además la obra siguiente: F. Brioso, *Aspectos y problemas del himno cristiano primitivo,* Salamanca, 1975.

[120] J. Pérez de Urbel, «El origen de los himnos mozárabes», en *Bulletin hispanique*, 28(1926).

liar es que el anonimato se va extendiendo cada vez más como si de una creación del pueblo se tratase y no sólo para las funciones sacras del pueblo; ésta es su nota predominante, junto con la gran variedad.

En el siglo VIII comienza el culto a Santiago, y por ello comienzan a menudear los Himnos en su honor; citemos varios: en primer lugar el del abad Recesvinto, transmitido por el manuscrito 10029 de la Biblioteca Nacional de Madrid y editado por Traube[121]. En segundo lugar, dos Himnos anónimos, muy bien estudiados por Díaz y Díaz[122]; el primero de los cuales que comienza *«o Dei uerbum, patris ore proditum»*, está escrito en forma acróstica con el nombre del rey Mauregato, lo que ha inducido a Díaz a concluir que fue escrito en tiempos de Mauregato (783-788), por los partidarios políticos de éste frente a Alfonso II, relacionando así el nacimiento del culto a Santiago con la política astur del siglo VIII. Más difícil de explicar es cómo y por qué surgen Himnos a Santiago en territorio mozárabe, si admitimos la hipótesis de Díaz. El segundo Himno a Santiago estudiado por Díaz comienza: *Gaudet cuncta pia,* estudiado con habilidad y detalla las fuentes, lo mismo que había hecho con los himnos tomados como fuentes, para la composición de estos himnos procedentes del siglo VII. Sobre otros poemas anónimos no incluidos entre los himnos de *Liber Hymnorum* de Blume o el *Repertorio hymnologicum* de Chevalier[123], han sido publicados por Traube[124] y recogidos por J. Gil en su *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*[125].

Dejando de un lado los himnos y poemas anónimos de esta época existen algunos nombres, que individualmente tienen especial relieve y uno de ellos en particular. Nos referimos a Albaro de Córdoba, cuya capacidad poética le sitúa en el primer puesto de la Hispania de entonces. Sus dos hermosos poemas al ruiseñor, intitulados cada uno de ellos *«carmen philomelaicum»* recuerdan no sólo a Eugenio, sino que evocan y enlazan con la mejor tradición clásica sobre el tema[126]: Ovidio, Virgilio, Homero, Hyginio. Tema que a través de la Edad Media con Chrétien de Troyes[127] y el Renacimiento[128] continuará hasta hoy en la *Filomela* de Matthew Arnold y en la *Tierra Yerma,* de T.S. Eliot[129].

---

121 L. TRAUBE, *MGH, Poet. Latin. aeui carmina,* III, Berlín.

122 M.C. DÍAZ Y DÍAZ, «Los Himnos en Honor de Santiago, en *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, págs. 235-288.

123 U. CHEVALIER, *Repertorium hymnologicum,* Bruselas, 1901.

124 L. TRAUBE, *op. cit.,* t. III, Berlín.

125 J. GIL, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, 1973, págs. 690 y ss.

126 OVIDIO,*Metamorfosis,* VI, v.424-674. VIRGILIO, *Geórgicas,* 4, v. 15 y ss. HOMERO, *Odisea,* XIX, 518 y ss. HYGINIO, *Poeticon Astronomicon,* fáb. 45.

127 C. de BOER, «Chrétien de Troyes auteur de *Philomena»,* en *Romania,* Vol. XLI, 1912, págs. 94-100.

128 SHAKESPEARE, *Titus Andronicus,* Iv, 1, 45 y ss.

129 T. S. ELIOT, *Tierra Yerma;* M. ARNOLD, *Filomela,* citados por G. HIGHET, en *La Tradición Clásica,* t. I., México, 1954, pág. 105.

S. BODELÓN, «La poesía en Hispania en los siglos VIII y IX», AQUIANA, núms. 743 y 744 (1986).

La Filomela, violada y mutilada por el esposo de su hermana Procne, luego metamorfoseada en ruiseñor y golondrina respectivamente, en Albaro es una «dulcis uxor» pero en el trasfondo del poema aletea sutilmente el alegórico ruiseñor.

.....

Uxor, filomela, tua dulcis super organa pergit,
cantica nam suabe fulgide magna canit.
Uxor, Philomela tua superat sic gutture Musas,
ut citharas uincat Siuila terque quater.
Sicque liras dulces cordarum pollice ductas
excellis mulcens, corda fobens hominum.

.....

et funde solite gutture sepe melos,

.....

et dulce cordas gutture clange sonans[130].

Es un poema cuya dulzura y suavidad posee un imenso fulgor. Hicimos mención ya, al hablar de Albaro, de su hermoso poema *a las flores,* lo más bello que sobre el tema produjo la Edad Media latina española. Los versos, de temática religiosa no son tan brillantes, al estar inspirados en la obra de Eugenio, o en pasajes de Isidoro o de Adhelmo, Sedulio, o Teodulfo. Tal es el caso del *Epitafio a S. Eulogio,* del *Himno en la fiesta de S. Eulogio,* o de los *Versos en alabanza de S. Jerónimo,* los *Versos en alabanza de la cruz,* o los *Versos para la Biblioteca,* entre otros[131].

De Cipriano, arcipreste de córdoba, se nos han transmitido unos siete poemas en el códice Matritense 10029 de la Biblioteca Nacional y que han conocido ya varias ediciones[132]. Sus versos eran conocidos como *Epigramas* en su época y con ese nombre podemos seguir denominándolos, pues su extensión y contenido encajan perfectamente dentro del género. Por el encabezamiento del primer poema se deduce que vivió en Córdoba y fue clérigo. Y por la data cronológica del poema quinto, era 928, se deduce que vivió a fines del siglo IX; deduciendo los treinta y ocho años de la era, resulta el año 890.

El contenido, dentro de la brevedad es no obstante, variado. Se canta a la Biblioteca, el conde Adulfo, al mártir Acisclo, al conde Guifredo, a Guisindo; otras veces se trata de epitafios como el escrito para la tumba del confesor Juan o el escrito para la tumba del

---

130 J. GIL, *op. cit.,* t. I, pág. 344.
131 J. GIL, *op. cit.,* t. I, pág. 350.
132 E. FLÓREZ, *España Sagrada,* XI, págs. 524-527, Madrid, 1753.
L. TTRAUBE, *op. cit.,* t. III, págs. 144-146.
M. MANITIUS, *Geschichte der lat.literatur in Mittelalter,* I, Munich, 1959, pág. 130.

abad Samsón. Algunos son realizados por encargo y sabe encontrar Cipriano adecuadamente la nota de sal pintoresca, e incluso a veces el intimismo del paisaje y del colorido; por ejemplo, cuando, dirigiéndose a Zoilo amigablemente dice:

«terge luctum merens: prata uirentia uides
alesque pipant diuerso modulamine uoces,
et licor meri currat in ore temeti»[133]

Hemos aludido con anterioridad a Samsón, y a sus dos obras en prosa. Precisamente Cipriano escribió su *Epitafio* en donde consta el año 890, que nos sirve no sólo para datar la muerte de Samsón, sino también, como acabamos de ver, para establecer unas coordenadas en torno a la vida de Cipriano de Córdoba. Se nos dice que Samsón fue «clarissimus abba» y que «España se vio favorecida por su palabra»[134]. Se observa en su estilo un lenguaje lapidario, y un deseo de conmover al lector. También Samsón, a su vez, escribió *Epigramas* funerarios, concretamente uno para la tumba del abad Leovigildo, autor del *Liber de habitu clericorum.* Por este Epigrama de Samsón sabemos que el abad Leovigildo murió en el año 910.

Sin duda el más bello de los epitafios de Samsón es el que fue escrito para el sepulcro del abad Offilón, del que no me resisto a transcribir tres versos:

.....

«fallentem mundum olim qui mente subegit
fraglantesque dapes tempsit et pocula fulua
infestum uirgo mallens uitare celidrum[135].»

El perfecto corte clásico de estos hexámetros y la intensa expresividad suscitada por las aliteraciones, nos hace lamentar que tan sólo tres epigramas se nos hayan transmitido de Samsón; pero suficientes para descubrir que tras ellos se esconde un gran poeta de hace justamente mil años. El autor del *Apologeticus* y del *De gradibus consanguinitatibus,* además de gran prosista fue un excelso poeta. El manuscrito 10029 de la Biblioteca Nacional de Madrid transmite sus tres epitafios, que ya han visto la luz varias veces[136].

Otro nombre conocido es Vicente el mozárabe, contenido en el manuscrito 13062 de la Biblioteca Nacional de Madrid, recogido por Simonet[137], así como en el códice 10029 de la misma biblioteca, pu-

---

[133] J. GIL, *op. cit.,* t. II, pág. 685-687.
[134] J. GIL, *op. cit.,* t. II, pág. 687.
[135] J. GIL, *op. cit.,* t. II, pág. 665.
[136] P. FLÓREZ, *España Sagrada,* XI, págs. 527-528, Madrid, 1753.
L. TRAUBE, *op. cit.,* t. III, pág. 146-147.
M. MANITIUS, *op. cit.,* pág. 429-430.
J. GIL, *op. cit.,* pág. 665.
[137] F. J. SIMONET, *Historia de los mozárabes de España,* pág. 833, Madrid, 1903.

blicado por Traube[138]. Vicente usa un léxico sin pretensiones y no se refleja en el poema especial brillo poético; se trata de un canto del alma afligida, en línea con los misereres y poemas de arrepentimiento tan en boga durante la Edad Media. La autoridad del poema viene especificada en sus mismos versos, exactamente en donde dice[139]:

«Edidi os uersus idem tristis et amarus quidem:
Zabulo diu consensi Uincentius ego ipse,
miscerique sanctis tuis non confido bonis meis.»

En dos versos de los citados puede verse la rima interna:

...idem..quidem

.....

...tuis...meis

Pero observamos que la rima interna del poema es una constante, al menos al nivel fónico, aunque no siempre lo sea al nivel escrito; lo que demuestra que se trata de un himno para ser cantado, y que, además, en algún punto debió de existir algún ultracorreccionismo manuscrito; concretamente en el segundo verso citado el autor debió escribir «ipsi» y no «ipse», como nos transmite la tradición manuscrita; y así el verso tendría también rima interna, pues no resulta lógico que la mayoría de los versos tengan rima interna y otros no.

Entre la ingente masa de poesía anónima de esta época, en la que la temática religiosa ocupa una gran parte debido a las necesidades litúrgicas, quisiera entresacar dos poemas de contenido diferente. En primer lugar un *poema de exorcismo,* transmitido también en el manuscrito 10029 de la Biblioteca Nacional de Madrid, y del que existen, al menos, dos ediciones[140]. He aquí algunos de sus versos:

«... procul effuge, demon,
ne fraude nostrum possis adire torum.
Ne somnum turbes nec mortis uincla ministres
ne fallax animam sordides ipse meam».

Posee este poema el viejo sabor de las *tabellae defixionum,* pero ha habido un cambio en la dirección del mensaje, pues no se trata de increpar a un rival amoroso, a un ladrón, o a un competidor circense, sino de alejar al mismísimo diablo. El género exorcístico, que

---

138 L. TRAUBE, *op. cit.,* pág. 147-148.
139 J. GIL, *op. cit.,* t. III, pág. 688.
140 L. TRAUBE, *op. cit.,* t. III, pág. 150.
J. GIL, *op. cit.,* t. II, pág. 691.

debió ser más abundante de lo que hoy pensamos, se encuentra a mitad de camino entre el fenómeno religioso y la magia y pudo tener su punto de arranque en las *tabellae defixionum* y su prolongación paralela medieval en los poemas de *mal dezir,* de la literatura gallego-portuguesa. Existe una notoria diferencia y es que las *tabellae defixionum*[141] son manifiestaciones epigráficas mientras los *poemas del exorcismo,* y formularios mágicos, han saltado al terreno literario, culminando el género en los poemas de «mal dezir» de la literatura gallego-portuguesa[142].

El segundo poema anónimo, de temática no litúrgica, al que quería referirme, es, si cabe, más discutible y más discutido. Se trata del *Carmen Musarum,* un breve poema de nueve versos, uno para cada una de las nueve Musas. Tan sólo citaré dos versos, para testimoniar fuerza expresiva y la armonía acumuladas en tan escasas palabras:

«.....
Dulce melos calamis Euterpe datque secunda
Tertia Melpomene traicos fert flendo boatus».

El poema es obra de un copista del siglo VIII o quizá del IX quien al copiar las *Etimologías,* aprovechó un hueco sobrante para insertar este hermoso poema, que ha visto la luz gracias a Hartel, en el siglo pasado, y a J. Gil en el presente[143]. El tema es muy antiguo, pues ya Solón se recreó en él en su célebre *Elegía a las Musas,* en la Atenas del siglo VI a. C.[144]. Desde entonces múltiples autores griegos y latinos se han interesado por el tema.

LA DIÁSPORA HISPÁNICA DE LOS SIGLOS VIII Y IX

La presión árabe sobre los cristianos se hizo notar muy intensamente en las zonas ocupadas; de forma que muchos quisieron y pudieron escapar a territorios no controlados por el invasor, generalmente a la zona norteña, que cada vez se iba asentando y consolidando más y más. La existencia de Estados cristianos independientes al Norte actuaba como una invitación a la fuga, con el fin de contribuir más eficazmente a la lucha antiárabe desde aquellas posiciones. En este sentido puede afirmarse que el trasvase de mozárabes hacia el Norte fue activo y numeroso. Algunos incluso lograron el arribo a un país allende las viejas fronteras de Hispania, bien a te-

---

141 M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Antología del Latín Vulgar,* Madrid, 1962, pág. 73.
V. VÄÄNÄNEN, *Introducción al Latín Vulgar,* Madrid, 1968, pág. 271.
142 F. V. PEIXOTO DA FONSECA, *Cantigas de Escarnio e Maldizer,* Lisboa, 1970.
143 HARTEL, *Studien,* 10, Viena, 1888, pág. 174.
J. GIL, *op. cit.,* pág. 693.
144 J. FERRATÉ, *Líricos griegos Arcaicos,* Barcelona, 1968, pág. 67.
C. GARCÍA GUAL, *Antología de la Poesía Lírica Griega,* Madrid, 1980, pág. 41.

rritorios de la Galia, bien a Italia, o incluso a Germania. De cuantos traspasaron las fronteras hispánicas, el primer nombre célebre parece ser el de Pirminio.

Pirminio

Pirminio, huyendo de la presencia árabe, llega a Roma con un numeroso grupo de monjes, y desde allí se dirige a las orillas del Rin, donde aparece hacia el año 720; recorre Baviera, Suiza, Bélgica y Luxemburgo, a la vez predicando y fundando monasterios y los enriquece con manuscritos traídos de España, de los que Pirminio mandaba hacer copias a sus monjes. Entre sus muchas fundaciones destacan Reichenau, Murbach y Hornbach, su última fundación y donde reposan sus restos[145]. Se ha discutido hasta su nombre, ya que los manuscritos no están de acuerdo, mostrando con ello su dificultad de plasmar un nombre extraño a Centro-Europa. Y así Morin postula que se llamaba Pirmenio[146]; llega a esta conclusión tras confrontar los manuscritos existentes; lo cual permite también a Morin sospechar su procedencia meridional, basándose en ese nombre latino, extraño en las márgenes del Rin. El origen hispánico de este autor ha sido defendido por Pérez de Urbel[147], tras el estudio y análisis del libro de Pirminio (Pimenius) *De singulis libris canonicis sacarapsus,* más vulgarmente conocido con el título de *Scarapus*[148]. En dicho libro ve Pérez de Urbel, no sólo las patentes influencias, sino incluso párrafos largos de obras de Martín Dumiense, Julián de Toledo, Ildefonso de Toledo e Isidoro entre otros. Unos conocimientos con tanto detalle de los escritores hispánicos, siendo casi las únicas fuentes de la obra, sólo pueden denotar que su autor era de Hispania. Esto, añadido a las sospechas de Morin y a que Pirminio era considerado a orillas del Rin un extranjero, nos lleva a concluir que Pirminio era de España. Visigóticas son las fórmulas litúrgicas a las que alude y visigodas algunas herejías que condena.

San Pirminio fue obispo de Medelsheim, cerca de Estrasburgo. En el 724, funda Reichenau, impulsado seguramente por Carlos Martel, vencedor de los árabes en Poitiers. El 726 funda Murbach. Su vida se contiene en la *Vita Prima* (del siglo IX, escrita por un monje de Hornbach), la *Vita Secunda* (escrita por Warmann, monje de Reichenau en el siglo XI) y la *Vita Tertia* (del siglo XII, escrita por un monje de Reichenau). Su libro titulado *Dicta abbatis Pirminii de singulis libris canonicis,* ha sido editado el siglo pasado[149]. Para más Bibliografía véase nota siguiente[150].

---

145 J. PÉREZ DE URBEL, *Historia de la Orden Benedictina,* Madrid, 1944, pág. 99.

146 G. MORIN, en «Revue Charlemagne», I, 9, año 1911.

147 J. PÉREZ DE URBEL, en «Boletín de la Real Academia de la Historia», Agost-Oct, 1920.

148 En *Patrología Latina,* 89, pág. 1.030 y ss.

149 En *Kirchenhistorische Anecdota,* (Cristianía, 1883).

150 HANCK, *Kirchengeschichte Deutschlands,* Leipzig, 1904.

Benito Aniano

Benito de Aniano nació a mediados del siglo VIII, hijo del conde Aigulfo, de estirpe visigoda. Militó en la campaña de Carlomagno en Italia e ingresó luego en el monasterio de Saint-Seine. Su padre había escapado del enfrentamiento árabe hacia tierras más seguras, logrando aposentarse en la Galia. En el 779 fundó un monasterio a orillas del río Aniano, alentado por Ludovico Pío; y desde allí alentó el hostigamiento contra los adopcionistas protegidos por Félix de Urgell. Entre sus escritos el más famoso es la *Concordia Regularum,* comentario a la *Regula* de San Benito, en el que alienta la primera reforma benedictina en territorio francés. Se ha discutido largamente la autoría de tal obra, pero ya en el siglo XVII Menard[151] dejó clara la autoría de tal obra a favor de Benito de Aniano. Para más Bibliografía, véase la nota siguiente[152]. Es este un autor que no parece interesado por la cultura clásica, sino que su espíritu es el de un reformador y un organizador, pero sin llegar a la gran capacidad de un Pirminio; por otra parte, Benito Aniano está desprovisto del gran bagaje y poso cultural que anima a Pirminio a conservar y a la vez transmitir el legado del pasado; para Benito Aniano los escritores visigodos españoles quedan ya muy lejos y él nunca los conoció directamente. Muere en Cornelimünster en el año 821.

Teodulfo de Orleáns

En el mismo año que Benito de Aniano, 821, muere también otro hombre de la Diáspora Hispánica mucho más significativo, Teodulfo de Orleáns. Teodulfo nació en España, seguramente en Zaragoza, de noble familia de estirpe goda, hacia el año 760; su familia logra huir de España y se instala en el reino carolingio en cuya Academia Palatina le encontramos «desterrado tras grandes desastres». Conquista la confianza de Carlomagno, quien le nombra obispo de Orleáns por el 789, tras haber sido abad en Fleury y varios monasterios más. Llega a arzobispo en el 816 y desempeña varias misiones de confianza por encargo de Carlomagno. Cae en desgracia con Ludovico Pío, acusado de participar en la conspiración tramada por Bernardo rey de Italia; sufre prisión, desterrado en Angers, donde muere el 812, probablemente envenenado.

M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* t. 1, Salamanca, 1958, pág. 394.

151 P. H. MENARD, *Benedicti Aniani Concordia Regularum,* París, 1638.

152 L. HOLSTENIUS, *Codex Regularum,* París, 1663.

MIGNE, edic. en *Patrología Latina,* t. CIII.

PAULINIER, *S. Benoît d'Aniane et la fondation du monastère de ce nom,* Montpellier, 1871.

FOSS, *Benedikt von Aniane,* Berlín, 1884.

BERGEMI, *Vie de St. Benoit d'Aniane, abbé, second patriarche de l'ordre monastique en Occident,* París, 1895.

Teodulfo fue un hombre erudito, dotado de muy buen gusto y de excelente técnica poética. Fue muy célebre en su época y llegó a ser consultado por eminentes personajes de Europa. Dotado de gran capacidad de versificación, fue considerado el mejor poeta de su tiempo, y hoy la crítica le admite como el segundo mejor poeta latino medieval, tras Venancio Fortunato. El «Píndaro moderno» se le denominaba en la corte carolingia. Muestra un tal sentido estético que lo mismo se refleja en sus Biblias miniadas, en la arquitectura de su Iglesia, o en sus poemas.

Posee un espíritu mordaz al describir a los hombres, pero su sentimiento religioso es limpio e íntimo, como en el *Gloria laus et honor tibi sit,* que todavía hace poco se cantaba el Domingo de Ramos[153].

Compuso también *carmina figurata,* como el titulado *iussu compulus erili,* un poema con la acostumbrada figura del rombo dentro de un rectángulo, aunque no es muy partidario de este tipo de composiciones.

Se le atribuyen también poemas de ritmo silábico-acentual sobre modelos de esquemas métricos[154]. Escribió cuatro libros de poemas, de cuyo conjunto sólo nos han llegado setenta y siete poemas, en donde pueden rastrearse huellas de la mejor poesía clásica y, muy especialmente, de Virgilio y de Ovidio; entre los poetas cristianos, como hispano que era, la impronta de dos españoles se topa en sus versos, Eugenio —el mejor poeta visigodo— y Prudencio —el mejor poeta hispano-romano— y también la huella de Venancio-Fortunato, el mejor poeta latino medieval (parece como si Teodulfo hubiera decidido nutrirse de los mejores vates).

En prosa escribió el tratado *De Spiritu Sancto,* a petición de Carlomagno contra los griegos. Escribió el *De ordine baptismi,* en donde cita con profusión a Prudencio. Importante desde el punto de vista histórico es el *Contra Iudices,* donde se defiende de quienes le condenaron a la cárcel. En la cárcel escribió *Epístolas* en verso, a semejanza de las *Heroídas* de Ovidio, conjunto de cartas de heroínas a sus correspondientes amantes; de Ovidio además de las *Heroídas,* conoció el *Ars Amandi,* así como el *Remedia Amoris*[155]. Escribió también *Sermones,* varios de los cuales se conservan; redactó varios *Capitulares* de los que dos se nos han conservado, así como una *Exhortación a los obispos.* Dos Biblias, que son dos joyas caligráficas, fueron copiadas bajo su dirección. Bibliografía en la nota siguiente[156].

---

153 L. ALFONSI, *La Letteratura Latina Medievale,* Milano, 1972, pág. 77.

154 D. NORBERG, *Introduction a l'étude de la versification latine médiévale,* Estocolmo, 1958, págs. 94 y ss.

155 L. ALFONSI, *op. cit.,* pág. 76.

156 BAUNARD *Théodulfe, évêque d'Orleáns,* Orleáns, 1860.
CUISSARD, *Théodulfe... sa vie et ses oeuvres,* Orleáns, 1892.

Claudio de Turín

Otro personaje de la Diáspora Hispánica es Claudio de Turín, a quien Alfonsi denomina Claudiano de Turín[157]. Nadie discute su procedencia hispana, ya que por el año 800 era discípulo de Félix de Urgell, de quien heredó una clara simpatía hacia el adopcionismo: combatió la vida monacal, la autoridad del papa, la salvación por las obras y defendió que Cristo no era hijo natural de Dios, sino hijo adoptivo. Así pues, la Diáspora Hispánica además de elemento expansivo de la cultura visigoda española por Europa, fue también portadora de las teorías adopcionistas de Elipando. Hacia el 811 comienza su *Comentario al Génesis,* del que nos señala con detalle las fuentes, generalmente hispanas; tras comentar las Epístolas Paulinas, comienza por el 815 el *Comentario al Evangelio de S. Mateo.* Por el 815 es nombrado obispo de Turín. Se entregó a la tarea de moralizar su diócesis, lo cual no le impidió continuar su quehacer de exégesis con gusto exquisito y dedicación admirable: *Comentario al Pentateuco, Comentario al Exodo,* etc.[158].

El obispo Teodomiro le acusó de herejía y Claudio responde defendiéndose con su obra *Apologeticum atque rescriptum aduersus Theutmirum abbatem,* escrito hacia el 827, y más conocido simplemente con el nombre de *Apologeticum.* Con su muerte, probablemente el año siguiente, finalizó la polémica del adopcionismo en tierras de Italia, allí llevado por este hispano intrépido, dotado de gran capacidad crítica, de estilo desenfadado y desenvuelto, impregnado siempre de un tono personal y a veces lúcido. No tuvo una cultura clásica relevante, pero sí conoció con detalle los textos de la tradición cristiana, en especial San Agustín y los españoles. Bibliografía en la nota siguiente[159].

Agobardo de Lyon

Agobardo de Lyon que vivió entre 769 y 840 era también natural de España. Estudió en Lyon en la escuela de los arzobispos Adón y Leidrade; sucedió a este último en el arzobispado el año 814. Sufrió dos años de destierro por su libro *Liber apologeticus pro filiis Ludouici imperatoris aduersus patrem,* en el que defendía a los hijos de Luis contra su padre. Tras su destierro, se le encomendó la tarea de revisar la liturgia gala, en un intento de unificación con la liturgia romana, pues, como es sabido, los mozárabes, los milaneses y la Galia tenían sus liturgias propias distintas de la romana por esta época. A propósito de esta misión publicó su *De diuina psalmodia,* en

---

[157] L. ALFONSI, *op. cit.,* pág. 97.
[158] L. ALFONSI, *op. cit.,* pág. 97.
[159] COMBA, *Claudio di Torino,* Florencia, 1895.
DUMMLER, *Über Leben und Lehre de Bischofs Claudius,* Berlin, 1895.

donde intenta suprimir todo lo ajeno a las Escrituras del antifonario, inspirando, en el futuro, sin quererlo, la misma postura que adoptaron Lutero, Calvino, así como los jansenistas. Igualmente durante dicha misión escribió el *De correctione antiphonarii*, con el que suprime de la liturgia gala pasajes que considera supérfluos.

En la misión de reformar la liturgia gala le había precedido Amalario, clérigo de Metz, quien había escrito cuatro libros sobre las reformas litúrgicas que era preciso introducir. Agobardo no está de acuerdo con Amalario y escribe contra él su *Liber aduersus Amalarii libros quattor,* también de contenido litúrgico.

También intervino en la disputa sobre el adopcionismo, actuando contra las influencias de Félix de Urgell, fiel partidario de las teorías de Elipando. Agobardo no se ocupó de la cultura, sino estrictamente de lo litúrgico, pero usando el lenguaje preciso y adecuado, incluso en la disputa teológica con el adopcionismo. Aunque sufre las influencias estilísticas de Pascasio de Corbie (autor de un *De fide, de spe, de caritate),* Agobardo sabe ser un escritor original en un estilo simple y diáfano, rehuyendo las estridencias e incluso todo poso de retoricismo[159bis].

También se puede ver en él la influencia de Tertuliano, pues como él Agobardo posee un temperamento ardiente y apasionado sin rehuir la disputa, y como él siente desinterés por los autores clásicos y minuciosidad, hasta el detalle, en cambio, en los textos patrísticos. Es cierto, a su vez, que la tradición manuscrita de Tertuliano debe mucho a Agobardo.

Le sucedió en la sede arzobispal de Lyon, su antiguo enemigo Amalario, quien entonces era obispo de Tréveris; Amalario aplicó su propia reforma litúrgica, siguiendo su libro *De ecclesiasticis officiis,* muy difundido en la Edad Media, desbaratando lo realizado por Agobardo en este terreno[160]. Para Bibliografía véase la nota siguiente[161].

CRÓNICAS DEL REINADO DE ALFONSO III (866-910)

Crónica Albeldense

Hablemos en primer lugar de la *Crónica Albeldense,* denominada por Mommsen *Epitome Ouetensis,* apelación que comparte Sánchez Albornoz. Su redacción data del 881, aunque tuvo ciertos añadidos en los dos años posteriores. El autor recopiló datos historio-

---

159bis L. ALFONSI, *La Letteratura Latina Medievale,* Milán, 1972, pág. 86.

160 L. ALFONSI, *op. cit.,* pág. 96.

161 BALUZO, *Agobardi Opera,* t. I-II, París, 1666.
D. CALLIER, *Histoire générale des auteurs sacrés ecclésiastiques,* t. 17, París, 1752.
MACÉ, *De Agobardi arch. lugd. uita et operibus,* París 1846.
R. ENGE, *De Agobardi arch. lugd. contentione cum Judaeis,* Friburgo, 1888.
L. ROZIER, *Agobard de Lyon, sa vie et ses écrits,* Montaubán, 1891.

gráficos anteriores, a los que añadió una crónica de su tiempo; se ha transmitido en un manuscrito procedente de Albelda, en La Rioja, de donde deriva el nombre más usual con el que se la conoce.

Díaz sospecha un origen andaluz para el autor[162] para poder explicarse su ingente formación cultural y su excelente conocimiento de Isidoro; pero hay detalles que más bien inclinan a pensar que el autor era un mozárabe de Toledo, tales como: la consagración de la Iglesia de Santa Leocadia en Toledo, referencias al gramático Prisciano, desconocido en el Norte, o los datos tomados de Julio Honorio, fuente que puede rastrearse por algún manuscrito toledano de origen. Por otra parte existen evidentes conexiones entre la *Crónica Albeldense* y la tradición mozárabe, como señaló agudamente García Villada[163]. Pero parece claro que fue escrita en Oviedo, por el fervor entusiasta que transmite al hablar de Alfonso III, «scientia clarus», y además, porque maneja fuentes asturianas sobre los jefes musulmanes de la época[164]. Conocida es la gran riqueza de códices del siglo IX y X, tanto perdidos, como conservados, lo que hace pensar que el autor de la *Crónica de Albelda* manejó una Crónica asturiana perdida, a la que alude Sánchez Albornoz[165].

Su contenido es una verdadera historia universal, muy semejante en su concepción a la *Crónica* de Isidoro del que copia los datos hasta el año setecientos; según fuentes toledanas parece que bebió de esas fuentes. A continuación la *Sucesión de los Reyes Godos de Oviedo* hasta el 881, donde es patente el interés por presentar a la monarquía astur como heredera y continuadora de la corte visigótica de Toledo —una razón más en pro de la procedencia toledana del autor de esta Crónica—. Posteriormente se añadió el contenido de los dos años siguientes, con lo que la redacción definitiva sería del 883[166]. Más Bibliografía en la nota siguiente[167]. No está claro que su autor sea Dulcidio, como se ha pretendido.

---

162 M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI*, Barcelona, 1976, pág. 179.

163 Z. GARCÍA VILLADA, *Revista de Filología Española*, 8, 1921, págs. 262 y ss.
S. BODELÓN, «Crónicas del reinado de Alfonso III», AQUIANA, núm. 709 y 710 (1986).

164 C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Galicia histórica: estudios sobre Galicia en la temprana Edad Media*, La Coruña, 1981, pág. 81.

165 C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, «Una Crónica Asturiana perdida», en *Orígenes de la nación española: el reino de Asturias*, Oviedo, 1974, págs. 721-756.

166 M. GÓMEZ MORENO, edic. en *Boletín de la Academia de la Historia*, 100, 1932, pág. 602: «... omnemque Gothorum ordinem sicut Toleto fuerat, tam in ecclesia quam Palatio in Obeto cuncta statuit...»

167 E. FLÓREZ, *España Sagrada*, t. XIII, Madrid, 1756, págs. 417-464.
M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum*, t. I, núm. 514, Salamanca, 1958.
J. E. CASARIEGO, edic. en *Historias Asturianas de hace más de dos mil años*, Oviedo, 1983, págs. 154 y ss.

Abordemos seguidamente la problemática relativa a la *Crónica Profética,* descubierta y editada por vez primera por Gómez Moreno[168] y posteriormente por Díaz y Díaz[169]. Contiene una profecía según la cual el día de San Martín del año 883, los árabes serían expulsados de España. Se basa en una pseudo-profecía de Ezequiel en torno a Ismael (suplantando en el original Ismael por Israel y refiriendo Israel a los árabes) y Gog, que aparece interpretado como *Gothi.* Una razón más, se evidencia aquí, para presentar al reino astur como sucesor de los godos de Toledo[170]. Existía un ambiente propicio para hacer surgir falsas profecías de este estilo entre los cristianos; a ello contribuyó no poco la sublevación de Omar-ben Hafsun en las montañas béticas, alimentando así las esperanzas de los mozárabes. Y ya Albaro de Córdoba por el 854 cita una interpretación, según la cual se aseguraba el fin del dominio árabe para el año 860, como puede deducirse de su opúsculo, *Indiculus luminosus*[171].

La Crónica Profética, consta, en realidad, de varias breves piezas sucesivamente hilvanadas; la primera es la propiamente profética donde se alude al próximo triunfo cristiano bajo la égida de Alfonso III; viene luego una genealogía de los moros, muy bien documentada, seguida de una Historia de Mahoma, muy leída entre los mozárabes del siglo XI; sigue luego una breve descripción de la invasión y conquista árabe, que se presenta como castigo a los errores y pecados de los visigodos; viene luego la narración sobre las ciudades godas que sobrevivieron y una lista de los gobernantes árabes en España.

Su autor debió de ser un monje mozárabe emigrado a Oviedo; ello explicaría, por una parte, la exaltación y esperanza que se diluye de la figura de Alfonso III, y por otra parte, los amplios conocimientos que posee sobre el múltiple y abigarrado entramado del territorio de Al-Andalus, y sus gobernantes sarracenos, y parecen coincidir en ello todos los críticos, sin que sea posible aventurar el punto exacto de donde procedía. La prueba definitiva sobre su origen mozárabe es la visión que ofrece de la invasión y conquista árabe, muy similar a la ofrecida por la *Crónica mozárabe* del 754.

Ciertamente el latín de las Crónicas no es fiel trasunto de la lengua latina de la época clásica, como no podría ser de otro modo; pero sí refleja un estadio interesante en la evolución de la lengua latina hacia el romance. Concretamente el latín de la *Crónica Profé-*

---

[168] M. GÓMEZ MORENO, edic. en «Boletín de la Academia de la Historia», 100, Madrid, 1932, págs. 622 y ss.

[169] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* t. I, núm. 522-524, Salamanca, 1958.

[170] J. L. MORALEJO, *Literatura Latina Medieval Hispana,* Barcelona, 1980, pág. 58.

[171] J. GIL, editado en *Corpus Scriptorum Mozarabycorum,* Madrid, 1973, págs. 270-315.

tica dista mucho de ser un latín correcto y es fácil atisbar la influencia de Isidoro, tan despreocupado de las cuestiones estilísticas a la hora de escribir[172].

Formulando una crítica severa, la *Crónica Profética* más que obra histórica debería ser catalogada como panfleto político-religioso, género que debió de ser abundante y prolífico por los siglos IX y X, a caballo entre lo que se entiende por historiografía y cierto tipo de periodismo actual. Se trataría de sugerir ideas y señalar caminos a los gobernantes de la época, y más concretamente, a Alfonso III del reino astur; pero el hecho de que esta Crónica haya sido transmitida por el códice de Roda (hoy en la Academia de la Historia de Madrid, con el número 78), inclina a pensar que también en el Alto Aragón, entonces, o más tarde, tuvo su caldo de cultivo propicio la profética idea de expulsar a los árabes.

Cónica de Alfonso III

Nos toca ahora hablar sobre la llamada *Crónica de Alfonso III,* donde convergen opiniones muy controvertidas sobre la problemática que presenta; de ella existen dos versiones, la *Ovetense,* de estilo más culto y pulido, y la *Rotense,* cuyo autor denota no muy acendrada cultura y escasos conocimientos de la correcta gramática latina. La *Rotense,* así llamada porque fue transmitida en un manuscrito de Roda (en el Pirineo altoaragonés), se supone escrita directamente por Alfonso III[173] en opinión de Sánchez Albornoz y Gómez Moreno; Menéndez Pidal, en cambio, cree que Alfonso III no la escribió, sino que sólo la sugirió. Esta versión Rotense, en un léxico pobre y una sintaxis latina lamentable, que caso de haber sido escrita por Alfonso III tan sólo demostraría su ingente incuria intelectual, habría sido retocada por el obispo Sebastián, resultando así la versión Ovetense. Hasta aquí la teoría oficialista de los críticos antes citados, a los que se suma Casariego[174]. Entre el 883 y el 886 colocan estos autores la redacción de las dos versiones; argumentan que utilizaron ambas la *Crónica Profética* del 883 y que el redactor de la segunda de las dos versiones fue Sebastián, obispo fallecido el 886. Hasta aquí todo parece impecable y de una lógica convincente.

Pero Ubieto Arteta sostiene que dichas versiones son posteriores

---

[172] M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 182.
Véase además J. E. CASARIEGO, *Historias Asturianas de hace más de dos mil años,* Oviedo, 1983, págs. 24 y ss.

[173] M. GÓMEZ MORENO, «Las primeras Crónicas de la Reconquista», 100, *Boletín de la Academia de la Historia de Madrid,* 1932, págs. 562 y ss.
R. MENÉNDEZ PIDAL, «La historiografía medieval sobre Alfonso III», en *Estudios sobre la Monarquía Asturiana,* Oviedo, 1949, págs. 5 y ss.
C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *El Reino de Asturias,* Oviedo, 1949, pág. 755.

[174] J. E. CASARIEGO, *Historias de Asturias de hace más de mil años,* Oviedo, 1983, pág. 22.

al 905, ya que la plaza de Deyo era cristiana cuando se escribió esta Crónica, y sin embargo en el 883, Deyo aún era posesión árabe, según la Crónica Albeldense[175]. Hay todavía más dificultades para poder admitir la teoría oficialista, por más que tenga prestigiosos seguidores: en las dos primeras líneas de la versión *Rotense* se alude al rey Ordoño, hijo del rey Alfonso de augusto recuerdo[176]. No puede ser otro más que Ordoño II que reinó entre 914 y 924. Y ¿cómo poder escribir en el 883 sobre el 914-924? Por si fuera poco, la versión *Ovetense,* resultado de la corección de la *Rotense* por el obispo Sebastián, según la teoría oficialista, alude en su prólogo al momento presente («nunc») en la época del glorioso García, hijo del rey Alfonso[177]. Y García fue rey del 910 al 914. ¿Cómo poder escribir en el 883 sobre el 910-914? El obispo Sebastián murió en el 886: está claro que no pudo referirse ni a García, ni a Ordoño II; luego él no tuvo parte en la redacción de la Crónica, mal llamada de Alfonso III, quien por supuesto tampoco pudo escribir ninguna de las dos versiones. Quienes le atribuyen la redacción de la versión *Rotense,* le hacen un flaco favor, pues su léxico es pobre, su estilo misérrimo y su sintaxis lamentable: todo ello muy impropio del gran rey que fue Alfonso III.

Es más lógico pensar que la versión Ovetense fue anterior a la Rotense, ya que la Ovetense se refiere a «... ahora, en tiempo del glorioso García» (910-914) y la Rotense alude a «... ahora en tiempo del glorioso Ordoño» (914-924). Olvidemos, pues que la culta versión Ovetense (también llamada indebidamente de Sebastián) es el retoque de la inculta versión Rotense. Ni Alfonso III pudo escribir la Rotense, ni Sebastián retocarla dando lugar a la Ovetense.

La solución al problema podría venir de un análisis interno de la obra desde un punto de vista gramatical, cosa que generalmente no hacen los historiadores, con notables y contadas excepciones.

Stero ha realizado un minucioso estudio sintáctico de la Crónica llamada de Alfonso III[178], aunque no sacó todas las sustanciosas conclusiones posibles. Según Stero se evidencian cinco estilos diferentes en el uso, y a veces, abuso de la sintaxis latina:

El primer estilo pone en juego diez páginas de sintaxis muy pobre y abarca desde el inicio hasta la proclamación de Pelayo. *El segundo estilo* usa una sintaxis elemental basada en oraciones de relativo en pluscuamperfecto de indicativo. *El tercer estilo* emplea una sintaxis variada, enteramente nueva, a base de temporales con dum,

---

175 M. GÓMEZ MORENO, *op. cit.*, pág. 608.

176 «Incipit cronica Visegotorum a tempore Vambani regis usque nunc in tempore gloriosi Ordoni regis diue memorie Adefonsi regis filio collecta», edic. de UBIETO ARTETA A., Valencia, 1971, pág. 20.

177 'Incipit chronica Visigothorum a tempore Vuambani regis usque nunc in tempore gloriosi Garseani regis Adefonsi filii collecta», edic. de A. Ubieto Arteta, Valencia, 1971, pág. 20.

178 M. STERO, «El latín en la Crónica de Alfonso III», en *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1946, págs. 125-135.

ut, comparativas, en período hipotético y hasta completivas en infinitivo; éste es el pasaje donde se habla de la batalla de Covadonga: su autor era mucho más sabio que los autores de los pasajes anteriores. *El cuarto estilo* utiliza un buen latín, pero con una sintaxis ciertamente elemental y describe el reinado de Fávila y la proclamación de Alfonso II. *El quinto estilo* es de sintaxis paupérrima y no parece tener nada en común con los anteriores. Puede establecerse la conclusión de que es imposible que un solo autor haya producido estilos tan contrapuestos y antagónicos. No puede hablarse de un autor de la Crónica en cuestión, que debería llamarse *Crónica Gótica-Astur,* pues su idea básica es la continuidad de los reinos de Toledo y de Oviedo. Puede admitirse un compilador de pequeñas crónicas anteriores, algunas de ellas, incluso de transmisión oral, pero nunca un autor, como se ha hecho hasta ahora. Y la segunda conclusión es la importancia del estudio de la Gramática Latina, como método aplicable a un mejor conocimiento de las fuentes históricas: pueden ahondar en ello los aspirantes y reformadores de la educación y planes de enseñanza, que tanto se prodigan hoy y que tantos estragos nos auguran: matando los medios para «conocer» sin duda acabarán matando el «conocimiento» mismo. Otra Bibliografía[179].

GENADIO DEL BIERZO (muerto el 926)

Ingresó en el monasterio Ageo, hoy Ayoo (cerca de Vidriales, en Zamora) y tras reconstruir San Pedro de Montes y San Andrés, funda Santiago de Peñalba. Nos queda de él su *Testamento,* en un latín docto y elegante, en el que nos habla de la fundación, dotación y biblioteca de este monasterio berciano[180].

Genadio fue persona de confianza y amigo de Alfonso III, quien le nombró obispo de Astorga, función que desempeñó entre 909 y 920; en esta fecha se retiró al monasterio de Peñalba, donde aún vivió varios años. Por el 916 debía ya estar finalizado Santiago de Peñalba, pues por entonces empieza a sonar en la documentación el de San Andrés (segunda fundación) y ese año comienza sus fundaciones más alejadas con San Alejandro de Santalavilla. Y precisa-

---

[179] P. SANDOVAL, edic. en *Historias,* Pamplona, 1614.
E. FLÓREZ, edic. en *España Sagrada,* t. XIII, 17, Madrid, 1758.
R. COBO, edic. en «Revista Mensual de Filosofía», Literatura y Ciencia», Sevilla 1870.
Z. GARCÍA VILLADA, *Crónica de Alfonso III,* Madrid, 1918.
A. UBIETO ARTETA, *Crónica de Alfonso III,* Valencia, 1971.
J. PRELOG, *Die Chronik Alfons III der vier Redaktionem,* Francfurt, 1980.
J. L. MORALEJO-J. GIL, *Las Crónicas de la época de Alfonso III,* Oviedo, 1986.
S. BODELÓN, «Crónicas del reinado de Alfonso III», AQUIANA, núms. 709 y 710 (1986).

[180] A. QUINTANA PRIETO, *Peñalba,* León 1978, pág. 14.
S. BODELÓN, «Peñalba y Ripoll: Dos monasterios en la España del siglo X», BIDEA, núm. 117 (1986), págs. 207-216.

mente en el 915 se data el *Testamento* en el que se trata de la dotación de Peñalba[181], así como la dotación de los otros dos monasterios bercianos próximos: la Biblioteca debería ser común para los tres cenobios, estableciendo el turno rotativo, de donde Pérez de Urbel ha sacado la idea de que Genadio fue el fundador de la primera Biblioteca circulante de España[182].

Genadio poseía una notable cultura, a deducir, no sólo por la elegancia del latín de su *Testamentum,* sino también por los libros donados por él a los tres monasterios bercianos; entre tales libros se encuentran cuatro obras de Isidoro: *Las Etimologías,* la *Regla,* el *De officiis,* y el *De Viris illustribus*[183]. Además las *Epístolas* de San Jerónimo, los *Moralia* de Gregorio Magno, el *In Apocalypsim,* de Apringio de Beja, la *Chronica integra* de Próspero de Aquitania, así como la obra de Juan Clímaco que se había inspirado en el *Antirretikós* de Evagrio y los *Capita Centum* de Diadoco de Fócide.

Donó además, Genadio, a la Biblioteca de los tres monasterios bercianos el *Liber Comicus,* un leccionario de contenido litúrgico, bien estudiado por Pinell[184], así como varios libros de contenido bíblico: el *Pentateuco,* el *Libro de Job,* el *Libro de Ezequiel* y otros libros sacros.

De todo ello cabe deducir que Genadio fue el promotor de la cultura en el Bierzo del siglo X, ya que esos libros alcanzarían no sólo a un conjunto aproximado de cien monjes, que podrían habitar tres cenobios por el siglo X, sino también a cuantas personas cultas pudieran acceder a la Biblioteca monacal; y de ellos, sin duda, se hicieron copias para otras fundaciones monacales, siguiendo el *ora et labora*[185].

El *Testamentum,* además no es una mera descripción objetiva, es también una autobiografía. Y así nos cuenta Genadio: «Un día salí del monasterio de Ageo, ansioso de la vida silenciosa y tras la bendición del abad Arandiselo, llegué con doce hermanos al solar de San Pedro de Montes, que estaba destruido, olvidado y cubierto de maleza y zarzales. Lo restauré, restablecí edificios, planté vides y manzanos, cultivé las tierras, hermoseé los huertos y preparé allí una vida apta para los monjes; más tarde, elegido obispo de Astorga, amplié la iglesia con maravillosas construcciones»[186]. Es lamentable

---

[181] P. RODRÍGUEZ LÓPEZ, *Episcopologio Asturicense,* Astorga, 1906-1910, pág. 477.

[182] J. PÉREZ DE URBEL, *Los Monjes en la Edad Media,* II, Madrid, 1945, pág. 357.

[183] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 177.

[184] J. PINELL, «La liturgia hispánica», en *Repertorio de las Ciencias Eclesiásticas en España,* 2, Salamanca, 1971.

[185] J. PÉREZ DE URBEL, *El Monasterio en la vida española,* Barcelona, 1942, pág. 42 "... sabemos que Ordoño, hijo de Alfonso III le entrega un ejemplar de la Regla de S. Benito, «cuya doctrina deífica le encargo observe con todos los monjes que le están sujetos...», por un documento del año 898".

[186] Ibidem anterior, pág. 65.

constatar que las malezas y zarzales, que hace casi mil cien años Genadio primorosamente cercenó, hoy vuelven a cubrirlo casi todo en San Pedro de Montes gracias a la incuria de las autoridades correspondientes, a la desamortización del pasado siglo y al incendio del año 1842, posterior a la exclaustración[187]. En mi última visita a aquel lugar, en lo que fuera otrora venerable claustro, pude otear un lozano patatal.

Para la fundación de Santiago de Peñalba su amigo Alfonso III le regaló una hermosa arqueta-relicario, que es hoy la mejor joya del Museo de la Catedral de Astorga. Es una pieza de madera cubierta de plata repujada, con incrustaciones de piedras preciosas de color verde, azul y rojo; su estilo es visigótico en la parte inferior, y en la tapa presenta la arquería del prerrománico asturiano con estilizadas vegetaciones de reminiscencia bizantina. En la base exterior hay una cruz cincelada similar a la cruz de la Victoria de la catedral de Oviedo. La pieza es una de las más preciosas joyas de la época de Alfonso III[188].

Genadio no sólo se ganó la confianza de Alfonso III; condes como Guivado y su esposa Levuina le consultaron, y a él acudieron en busca de consejo los reyes Ordoño II y Ramiro II[189]. Este monarca regaló al monasterio de Peñalba, con motivo de su visita, una preciosa cruz de azófar, imitación de la cruz de los Angeles de Oviedo, que es actualmente una de las mejores joyas del Museo de San Marcos de León. Posee una inscripción que dice: «ob honorem sancti Jacobi Apostoli Ranemirus Rex ofert» (en letras capitales). Entre los objetos que han desaparecido de Peñalba se encuentra también el precioso cáliz, que Genadio cita en su testamento y que hoy se encuentra en el Louvre de París. Un atril de plata, que también se cita en la dotación del cenobio ignoro a dónde habrá ido a parar.

Urbano, amigo de Genadio, le asistió en sus últimos días y le sucedió como abad, pero por poco tiempo, pues falleció a los tres años. Se conserva el *Himno a San Urbano,* que debe fecharse en torno al 939, fecha de la muerte de Urbano[190]. Curiosamente entre las muchas cosas expoliadas de Peñalba se encuentra el cuerpo del fundador: lo robó la Duquesa de Alba en el siglo XVI[190bis].

SALVIO Y VIGILÁN DE ALBELDA (siglo X)

Salvio (o Salvo según otras fuentes) floreció por el año 960 en el antiquísimo monasterio de Albelda. Fue abad del monasterio rio-

---

187 M. DURANY, *San Pedro de Montes, el dominio de un Monasterio benedictino de El Bierzo,* León, 1976, pág. 18.

188 B. VELADO, *La Catedral de Astorga y su Museo,* Astorga, 1983, págs. 19-20.

189 E. COTARELO, *Alfonso III el Magno,* Madrid, 1933, pág. 176.

190 J. M. QUADRADO, *España. Sus Monumentos y Arte... Asturias y León,* pág. 626-630. Cita varias inscripciones funerarias en verso de Peñalba y todas de esta época.

190bis A. QUINTANA PRIETO, *op. cit.,* pág. 30.

jano, donde fue sucesor de Dulquinto (a quien otras fuentes llaman Dulcitius). Y un Dulcitius es citado por la Crónica Albeldense, en la parte que se cree añadida en el 883, según la teoría oficialista[191], ya que la narración concluye con esa fecha. Podría muy bien que se tratase de la misma persona, en cuyo caso, por el 883 Dulcidio sería aún joven, y por el 930 fallecería, siendo abad de Albelda.

Se conserva un elogio de Salvio de Albelda, de autor anónimo que dice así: «Varón pulido en el lenguaje, culto en la ciencia, elegante en sus frases, ordenado en sus palabras, escribió un opúsculo *Regla para sagradas Vírgenes,* compuso con gran elegancia *Himnos.* Murió en tiempos del rey García y del obispo Teodemiro en el 962. Sus himnos se conservan actualmente en la liturgia mozárabe.» Hasta aquí la breve noticia de autor anónimo, sin duda algún discípulo del monasterio de Albelda, y por lo tanto del siglo X. La *Regla* de Salviano llevaba por título *Libellus a Regula Sancti Benedicti Substractus* y ha sido estudiada por Linage Conde[192]. Los Himnos han sido recogidos por Blume[193].

Su discípulo y sucesor al frente del monasterio, Vigilán de Albelda, escribió por el 960 un poema acróstico, inspirado en el *Himno a Santiago,* que empieza: «O Dei uerbum, patris ore proditum»; e incluso, el poema de Vigilán comienza con este mismo verso. El manuscrito donde se transmite fue copiado en Albelda y se denomina códice Vigilano, concluido el año 974. Algunas fuentes han pretendido que Dulcidio sería el autor de la primera parte de la Crónica de Albelda, y que Vigilán habría escrito la segunda en el año 976. De Albelda, así como de San Millán de la Cogolla, proceden muchos manuscritos que fueron copiados en el siglo X y que han llegado hasta nosotros[194].

La Escuela de Ripoll

Cataluña mantuvo especiales lazos culturales con Francia, al constituirse en la Marca Hispánica, vinculada al reino carolingio en el siglo IX; y esos lazos culturales siguieron existiendo en los siglos X y XI y además les invitaba a ello la vecindad geográfica. Por otra parte Cataluña, condado incipiente, era territorio fronterizo con el mundo árabe y a Cataluña acudían europeos deseosos de beber en las fuentes árabes los saberes que se filtraban hacia territorio cristiano. Y este fue el principal papel jugado por Ripoll durante los si-

---

191 M. C. Díaz y Díaz, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 218.

192 A. Linage Conde, *Una Regla monástica riojana femenina del siglo X: el «Libellus a Regula Sancti Benedicti substractus»,* Salamanca, 1973. Y del mismo autor: *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica,* I-II-III, León, 1973.

193 C. Blume, *Hymnodia Gothica,* Francfurt, 1961, pág. 56 y ss.

194 Academia de la Historia 25, así como los célebres Emilianense y Albeldense (o Vigilano, al que antes aludimos), d.I.1 y d.I.2 del Escorial respectivamente. Cf. J. E. Casariego, *Historias de Asturias de hace más de mil años,* Oviedo, 1983.

glos X y aún los siguientes: baste citar al célebre personaje Gerberto de Aurillac, que estudió tres años en Cataluña, donde aprendió los números arábigos[195]. Tras llegar a ser papa con el nombre de Silvestre II, mandó a todo el orbe cristiano cambiar los números romanos por los arábigos. La actividad de Ripoll, y en menor medida Vich (donde había estudiado Silvestre II) se desarrollaba en el campo científico, utilizando traducciones del árabe, pero sobre todo en la vertiente literaria, especialmente en la poesía[196].

En el siglo X el monje llamado Salomón escribió en Ripoll un libro con el título de *Sentencias,* donde es posible entrever la huella isidoriana. La influencia isidoriana se ejerce en Cataluña a través de Ripoll, que también la esparce por Europa; no obstante se ha insistido en que la influencia isidoriana fue netamente inferior en Cataluña que en el resto de la España medieval, cosa que también aconteció, aunque en menor grado, en Aragón; y ese descenso de la influencia isidoriana se compensó con una mayor dependencia ultrapirenaica[197].

Del conde Sunifredo de Urgell canta así un *poema* el monje Oliba: «Resplandeció este por su afabilidad / pero nadie le ganó en valentía / de sus enemigos fue el terror, / y el orgullo de sus vasallos». Y Wilfredo el Velloso, fundador de Ripoll, hijo del conde Sunifredo de Urgell, es cantado así por un autor anónimo: «Fue éste un hombre excelso / un conde poderoso que brilló en el orbe / mientras gozó de vida; / pasó siempre muy alta la mirada / hasta que Dios le concedió un trono / en el mundo de las estrellas»[198]. Hermosos versos para cantar al hombre que unió los condados de Gerona, Urgell, Cerdaña, Besalú y Barcelona; al hombre que repobló el Ripollés, la Ausona, el Bagés y la Bergada; al fundador de San Juan de las Abadesas y de la casa Condal de Barcelona. Sin él no habría existido Cataluña. Al colocar al héroe en el mundo de las estrellas, el poeta entona un canto a la naciente Cataluña, a la que presagia también un futuro lleno de fulgor.

A fines del siglo X, o quizá a principios del XI, otro autor anónimo de Ripoll escribe un libro de *poemas* con notaciones musicales; no era un Guido de Arezzo y no se imaginó la pragmática idea de una clave y un pentagrama. Pero sus notas musicales se entonaron hasta el siglo XII; y al llegar los cluniacenses portadores de las

---

[195] L. NICOLAU D'OLWER, *Gerbert (Silvestre II) i la cultura catalana del segle X,* Barcelona, 1910.

[196] L. NICOLAU D'OLWER, *L'escola poética de Ripoll en els segles X-XIII,* Barcelona, 1920. Y el Artículo del mismo título y autor aparecido en «Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans», MCMXV-XIX, págs. 3 y ss.

[197] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, págs. 175-176.

[198] J. PÉREZ DE URBEL, *El Monasterio en la vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 87.

S. BODELÓN, «Peñalba y Ripoll: Dos monasterios en la España del siglo X», BIDEA, núm. 117 (1986), págs. 207-216.

reformas romanas, sus notaciones fueron olvidadas, sin que hoy sea posible descifrarlas[199].

La Biblioteca monacal de Ripoll poseía manuscritos de Terencio, Virgilio, Horacio, Lucano, Marcial y Prudencio[200]. A finales del siglo X, la Biblioteca del Monasterio de Ripoll contaba con ciento veinte manuscritos: una gran Biblioteca para aquellos tiempos. Ripoll nos hace sentirnos en un florecimiento cultural inmenso en pleno siglo X y XI, cuando las Historias nos cuentan que esos eran siglos oscuros: y no es eso lo que cabe deducir tras la lectura de Nicolau d'Olwer sobre Ripoll, o del libro de Vinay sobre el Alto Medievo[201].

En la producción del siglo X en Ripoll resalta muy especialmente la producción anónima: en el «ora et labora» no interesaba tanto resaltar el individualismo del autor, sino el hecho de transmitir un legado a la posteridad. Y ese anonimato afecta tanto a la poesía, como a la producción revestida de un tinte cientificista. Tanto el poema de entrenamiento métrico *Carmen de metricalibus uersibus,* como el poema *Eum sine doctrina nulla,* como el titulado *Sancte puer*[202], son de monjes anónimos de Ripoll. Son también anónimos un *De Horologio,* un *De astrolabio,* que se han transmitido a través del manuscrito copiado en Ripoll en el siglo XI, por lo que cabe deducir que pueden ser de un monje del siglo X de dicho cenobio, que habría tenido acceso a la ciencia arábiga[203].

Gisemundo, probablemente monje en Ripoll, escribe un tratado de Geometría, que un manuscrito de fines del siglo X, procedente de Ripoll, nos ha transmitido con el nombre de *Liber Geometriae*[204]; por este tipo de actividades de inspiración científica, cabe deducir que Ripoll desempeñó, por el siglo X, idéntico papel al Toledo de la escuela de Traductores, aunque a menor escala y con unos medios inferiores.

Procede también de Ripoll un curioso opúsculo con el título de *Kalendarium Rivipullense,* redactado por el siglo X; presenta la incorporación de conocimientos médicos y técnicos, que parecen proceder no sólo de fuentes árabes, sino también de Beda el Venerable, lo que demuestra las buenas conexiones europeas de Ripoll. Lupito,

---

199 Ibídem, *op. cit.,* anterior pág. 204.

200 V. J. HERRERO, *Introducción al estudio de la Filología latina,* Madrid, 1965, págs. 37-38.

201 G. VINAY, *Alto Medioevo latino. Conversazioni e no,* Nápoles, 1978. Está a punto de aparecer (en 1986) de J. L. MORALEJO, *El Cancionero de Ripoll,* Barcelona, 1986.

202 Cf. nota 196.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 601, 629 y 567 respectivamente, Salamanca, 1959.

203 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.,* núms. 644 y 609.

204 J. M. MILLÁS, *Assaig d'història de les idees fisiques i matemàtiques a la Catalunya medieval,* Barcelona, 1931, págs. 327-335.

archidiácono de Barcelona, escribe también en el siglo X, por el 980, un opúsculo sobre el astrolabio que circulaba con dos títulos distintos[205].

[205] J. M. MILLÁS, *op. cit.*, pág. 271-275 y 275-293.
J.L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina*, pág. 59, Barcelona, 1980.

III. DEL AÑO 1000 AL SIGLO XIII

SAMPIRO Y SU CRÓNICA (siglo XI)

Sampiro nace en Sorribas, en el Bierzo, cerca de los muros de la vieja Bergidum y en su infancia y primera juventud es amigo de Vermudo, que habita en la mansión regia de Carracedo, lejos de la corte por ser hijo bastardo; las posesiones de Sampiro y las de Vermudo son limítrofes, lo cual influirá en los destinos futuros de Sampiro, pues a la muerte de Ramiro III, Vermudo conquistó el trono apoyado por varios condes. Ante la invasión de Almanzor Sampiro se dirige a Zamora, probablemente desde Sahagún, en cuyo monasterio se encontraba perfeccionando estudios, o desde algún otro monasterio de orillas del Cea, que resultó destruido por el invasor. Desde Zamora se dirige a León, donde su amigo Vermudo II le nombra notario regio.

El primer documento que firma como notario es el acta fundacional del monasterio de Carracedo, pues el rey donaba esta mansión de su juventud, para que varios monjes y clérigos, que habían perdido sus bienes en la incursión de Almanzor, tuviesen un nuevo hogar. Corría el año 990. El mismo Sampiro dona al monasterio naciente su heredad de Sorribas, limítrofe con los bienes del rey. Y además Vermudo II dona también al Monasterio de Carracedo sus bienes en la vecina población de San Martín, por él comprados al monasterio de Samos[206]... «decidí recibirlos y cuidarlos y proveer a su sustento porque todos somos peregrinos sobre la tierra, y les di la villa de Carracedo tal como yo la disfruté durante muchos años»,

---

[206] J. PÉREZ DE URBEL, *Sampiro y la monarquía leonesa en el siglo X,* Madrid, 1952, págs. 12-18.
S BODELÓN, «Literatura Latina en la Castilla y León del siglo XI, en *Nueva Conciencia,* Mieres, 1985, págs. 131-140.

dice el rey en el documento redactado por Sampiro. Uno de los monjes que para Carracedo vinieron fue Emeterio, el mejor miniaturista del siglo X, a quien se debe uno de los más hermosos Beatos, cuyas páginas primorosamente pintó en el monasterio de Távara; lastimosamente Almanzor arrasó Távara, que no vuelve a aparecer ya más en los documentos y esa es la razón por la que el rey Vermudo II destina a Emeterio al incipiente monasterio de Carracedo[207].

En la corte regia de León Sampiro además de notario, llega a ser mayordomo de la reina y sayón (es decir, agente fiscal); se enriqueció en poco tiempo, y no por lo de «agente fiscal», como podría sospecharse, sino casi por azar malintencionado: el rey quiso castigar al conde Gonzalo Vermúdez, que desde el castillo de Luna decidió apoyar a Almanzor en su aceifa: el conde fue encarcelado y parte de sus bienes fueron a parar a manos de Sampiro —que era agente fiscal, no se olvide—. Y así el monasterio de San Miguel de Almázcara ex-posesión del Conde de Luna, así como sus bienes y heredades fueron para Sampiro, e igualmente la villa de Taurón, junto al Boeza y la villa de Auctolupas junto al Órbigo. Con estos beneficios de la Hacienda Pública, ya podía dedicarse Sampiro a beneplácitos quehaceres, pues no contento con ser notario regio, sayón real y mayordomo de la reina, quiso también ser cronista. Y lo fue, naturalmente, para cantar las glorias de su jefe y de sus antepasados.

La *Crónica* de Sampiro dista mucho de ser perfecta, pero a pesar de ello es, con mucho, la mejor fuente para conocer la historia del reino de León desde Alfonso III hasta Alfonso V, es decir, desde el año 866 hasta el año 1000, cubriendo la cronología de doce reinados; sin esta Crónica, hoy, tendríamos insalvables lagunas en el siglo X y curiosamente, esta Crónica nos es conocida mediante una aparatosa cascada de copias y refundiciones, omitiendo o cambiando la fuente: nos ha sido transmitida esta crónica porque en el siglo XII tres autores la insertaron en sus respectivas *Crónicas:* el llamado Silense en el 1120, Pelayo, obispo oventense, en el 1130, y el autor de la Crónica Najerense en el 1160[208].

La *Crónica de Sampiro* que nos ofrece la *Historia Silense,* es la más culta de todas y también la más objetiva; quien desee acercarse lo más posible a lo que realmente escribió Sampiro del Bierzo, debe

---

[207] J. PÉREZ DE URBEL, *op. cit.,* pág. 30.

[208] A. HUICI, *Las Crónicas latinas de la Reconquista,* Valencia, 1913.

M. GÓMEZ MORENO, *Introducción a la Historia Silense, con versión castellana de la misma y de la Crónica de Sampiro,* Madrid, 1921.

F. SANTOS COCO, *Crónica Silense,* Madrid, 1921.

E. FERNÁNDEZ VALLINA, «Sampiro y el llamado Silense», en *Helmántica,* núm. 88, t. XXIX, 1978, págs. 51-60.

J. PRELOG, *Die Chronik Alfons III der vier Redaktionem:* Pelayo, Frankfurt, 1980, págs. 69-107.

J. PRELOG, *op. cit.* Redactio D: Chronica Naierensi, inserta, Frankfurt, 1980, págs. 109-129.

J. L. MORALEJO, J. GIL, *Las crónicas latinas del Ciclo Asturiano,* (próximo a aparecer), Oviedo, 1986.

S. BODELÓN, «Sampiro del Bierno y su Crónica», AQUIANA, núm. 704 (1986).

acudir a la versión Silense, redactada, no está muy claro si en León, como quieren unos, o en Silos, como pretenden otros: se discute en torno a la interpretación de estas palabras: *domus seminis*. De estas dos palabras, deducir si fue escrita en León o Silos se me antoja argucia baladí. Lo que sí es cierto es que el anónimo autor de la llamada *Crónica Silense,* es «leonesista», admirador y partidario de la corte de León, como también lo era Sampiro —una razón más para respetar el texto originario—.

La *Crónica de Sampiro,* que encontramos en el *Corpus Pelagianum,* escrito o dirigido por el obispo Pelayo de Oviedo, está lleno de falsificaciones, bulos y mentiras malintencionadas. Como además Pelayo sabe menos latín que Sampiro y mucho menos aún que el cultísimo autor de la Silense, es de la versión pelagiana de quien menos debemos fiarnos. ¿Por qué miente y falsifica Pelayo? Sampiro admira y alaba a su amigo y protector Vermudo II, por quien Pelayo siente un odio visceral; y por ende, ahoga toda palabra elogiosa u objetiva hacia él y las cambia por insultos o términos oprobiosos; otras veces Pelayo corrige a Sampiro y pone algo que está aún en un latín más paupérrimo. Los críticos llaman a Pelayo, obispo de Oviedo, el «fabulator» (=inventor de fábulas).

La *Crónica de Sampiro* según la versión inserta en la *Crónica Najerense,* elabora, en realidad, una versión personal del autor, a partir de la obra de Sampiro; por lo visto, quería, no copiar, sino reelaborar, por lo tanto no es buena fuente para deducir taxativamente lo que escribió Sampiro. El autor de la Najerense se informó adecuadamente, pues manejó la versión de Pelayo, la Silense y un manuscrito directo de Sampiro. La Crónica de Sampiro, en versión najerense, es, en realidad, una selección realizada por un historiador que manejó y cotejó diversas fuentes y que intentó ser objetivo, eliminando o introduciendo datos, según su personal criterio.

No nos llegó ningún manuscrito directo de Sampiro; debemos contentarnos con las tres versiones, más o menos reelaboradas por posteriores cronistas en 1120, 1130 y 1160, respectivamente, o bien, elegir a una de esas tres: en tal caso, habría que elegir la Silense. A Pérez de Urbel se le ha ocurrido una prestosa idea, y elaboró conjuntamente una edición del Sampiro en versión pelagiana, y la Crónica del ilustre berciano en versión silense.

Aunque el estilo de Sampiro no parece muy rico, usando una sintaxis enjuta, un léxico lapidario, unas frases escuetas, parece que ello se debe por seguir el estilo apropiado al género cronístico, trazado por Isidoro en su *Crónica,* imitada por los posteriores cronistas dada la celebridad del maestro hispalense. Isidoro, como es bien sabido, sacrifica totalmente la forma estética en aras del contenido; pese a lo anteriormente expuesto, se ha elogiado su conocimiento y habilidad como escritor erudito y de «gran escritor» le ha calificado un crítico tan agudo en las letras latinas como es Díaz[209].

---

[209] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 186.

Entre 1020 y 1040 Sampiro fue obispo de Astorga; era ya un anciano por entonces, y aún así visitaba la corte regia de León, los claustros de Sahagún y el monasterio de Carracedo; lo que no sospechaba por entonces Sampiro del Bierzo era que gracias a otro obispo, que viviría una centuria más tarde que él, íbamos a recordarlo ahora como cronista; Pelayo de Oviedo, en efecto, es el único que nos transmite el nombre de Sampiro como autor de la crónica que comentamos —el najerense y el silense lo omiten, pero omitieron también los suyos—. El falsario Pelayo, en cambio, nos transmite su propio nombre a la posteridad, entre muchas otras cosas falsas y unas pocas verdaderas. Véase otra Bibliografía[210].

CARMEN CAMPIDOCTORIS: PRIMER POEMA DEL CID (siglo XI)

En lengua latina, a fines del siglo XI, aparece el primer testimonio literario sobre la figura heroica del Cid. Puede datarse hacia 1093, es decir, en la última década de la vida del héroe y medio siglo anterior a las manifestaciones literarias más tempranas en lengua castellana. Sirvió sin duda de fuente, junto con otros testimonios poéticos sobre el tema, para las elaboraciones épicas en lengua vulgar de tiempos posteriores, así como para los romances.

Díaz sospecha que el autor del Poema latino conservado sobre el Cid debe ser un monje de Ripoll[211]; en efecto, la escuela poética de Ripoll era por el siglo XI no sólo el principal foco literario de la Península, sino un verdadero catalizador de las tendencias poéticas europeas del momento; en Ripoll se tenían noticias de la incipiente épica europea y se disponía de una tradición ininterrumpida de dos siglos de quehacer poético en lengua latina. Se habían tocado temas rozando la épica, como son poemas de loa a héroes, como la *loa a Wifredo el Velloso* o los versos al conde Sunifredo de Urgell[212]. Y además en el *Carmen Campidoctoris* se estaba ante un personaje, que no sólo había luchado contra los sarracenos y que había sufrido el destierro por parte de los suyos, lo cual le elevaba a categoría épica, sino que incluso había intervenido en Cataluña contra el conde Ramón Berenguer II el Fratricida. Y no deja de ser una ironía del destino, el hecho de que la primera versión sobre el héroe de Castilla naciera en Cataluña; pero en vida del héroe el tema era aún nefando en tierras de Castilla; mas en el siglo siguiente el tema vedado fue esparcido por viajeros, caminantes, juglares y peregrinos a lo lar-

---

[210] P. SANDOVAL, *Crónica de Sampiro,* Madrid, 1615.
FERRERAS, *Crónica de Sampiro,* Madrid, 1927.
BERGANZA, *Crónica de Sampiro,* Madrid, 1929.
H. FLÓREZ, *España Sagrada,* t. XIV, págs. 438-457.

[211] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 814, Salamanca, 1959.

[212] J. PÉREZ DE URBEL, *El Monasterio en la vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 87.

go de la ruta jacobea, dando lugar a poemas que luego se insertaban en Crónicas. Resulta, pues, falsa la opinión de Spitzer al sostener que el *Poema del Mío Cid,* «es más bien una obra de arte y ficción que de auténtica historia». Menéndez Pidal ve más certeramente la cuestión al afirmar tajantemente «no digamos obra más bien de arte, sino obra enteramente de arte y de ficción»[213]. Pero también es cierto que el poema, tanto la versión latina que nos ocupa, como las vernáculas posteriores, están ancladas en la realidad histórica, ya que «la epopeya nace al calor de los sucesos actuales» y, por otra parte, el poema que comentamos «es verídico e histórico sin propósito, sin necesidad de serlo»[214]. No puede ponerse en duda, como se ha hecho, el fondo histórico de la obra, ni la castellana, ni la latina, ya que las descripciones geográficas son no sólo certeras, sino también de «una exactitud casi prosaica»[215].

El *Carmen Campidoctoris* consta de treinta y dos estrofas sáficas rítmicas, basadas no en la cantidad, sino en la sucesión combinada de acentos, pero escritas como si se tratase de prosa, hecho bastante frecuente en las creaciones poéticas de Ripoll. Se cree que el poema debió ser mucho más largo, pero sólo se transmitió en la actual forma, mediante un único manuscrito procedente de Ripoll y actualmente en París[216], copiado en el siglo XIII. Así como el poema castellano consta de tres episodios: Destierro, Bodas y Afrenta de Corpes, también el poema latino se divide en tres episodios: lucha con el caballero navarro, combate con García Ordóñez, y ayuda a unos amigos moros cercados en 1082 por el Conde de Barcelona. Por lo tanto el poema es posterior a esta fecha. Y parece claro también que la estructura del «carmen» latino influyó en la del poema castellano[217].

El autor, según Menéndez Pidal, debió ser un catalán de la comitiva del Cid y adversario de Ramón Berenguer II el Fraticida, quien tras sus andanzas bélicas arribaría a la vida monacal en Ripoll, o quizá fuese ya monje desde antes de conocer al Cid. En cambio, Horrent cree, más bien, que el autor es un mozárabe de Lérida[218].

No es esta la única prueba de la existencia de una épica latina incipiente con la temática del Cid; se conserva también la *Gesta Roderici,* que no parece tener más punto de contacto con el *Carmen Campidoctoris* que la cuestión temática, sin que se asemejen estructura ni estilo. Pero ambas evidencian la posible existencia de otros

---

213 R. MENÉNDEZ PIDAL, *De Primitiva lírica española y antigua épica,* Buenos Aires, 1951, pág. 11.

214 Idem nota anterior, pág. 12-13.

215 A. REYES, *Poema del Cid,* Madrid 1963, pág. 7.

216 Bibliotheque Nationale, París, Manuscr. Latine núm. 5132.

217 J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina,* Barcelona, 1980, pág. 74.

218 J. HORRENT, *Historia y Poesía en torno al Cantar del Cid,* Barcelona 1973, pág. 96.

posibles «carmina» y/o «chronica», que sirvieron de fuente a los poemas y romances posteriores en lengua vulgar[219].

La Garcineida: obra paródica del siglo XI

Se trata de un opúsculo latino que lleva por título *Tractatus de reliquiis preciosorum martirum Albini atque Rufini* (Tratado sobre las reliquias de los preciosos mártires la Plata y el Oro). Se trata de parodiar un género muy extendido en la Edad Media, con el que se celebraban los traslados de restos y reliquias de santos; así por ejemplo, en el mismo siglo XI la *Traslatio corporis S. Felicis ex Castro Bilibiensi in monasterium S. Aemiliani* (Traslado del cuerpo de S. Félix desde el Castro Bilibiense al monasterio de S. Millán)[220], o el *Acta translationis S. Isidori episcopi Hispaniensis*[221]. también del siglo XI. Escritos como éstos sobre traslados de restos, de hallazgos de cuerpos de santos o de reliquias pululaban por aquellos siglos, en los que las fronteras cambiaban bruscamente según el avance militar lo hicieran los cristianos o Almanzor a fines del X, los almorávides a fines del XI, o los almohades a fines del XII. Naturalmente, en esas operaciones de traslados de restos de santos, para librarlos de los sarracenos, también había intereses económicos, a veces; y es eso lo que se quiere censurar mediante la parodia.

En la obra que comentamos se juega con el color de los metales (Albinus= blanquecino, es decir, la plata; Rufinus= rubicundo, es decir, el oro); y se sugiere la idea de tales metales mediante el epíteto aplicado a mártires («preciosorum martirum»).

Respecto al autor, Díaz sugiere que se trata de un anónimo clérigo de la iglesia Toledana[222]. Rosa María Lida identifica al autor con García de Toledo, que aparece en la obra acompañando al arzobispo y en el papel de gracioso[223]. El autor posee una gran formación clásica, rozando a veces incluso, la erudición y es un conocedor profundo de los recovecos de la administración de la Roma papal por detalles que describe hasta la nimiedad. El autor, además, parece hostil a los cluniacenses, que por entonces estaban copando todos los puestos claves en la Iglesia española; con el apoyo de San-

---

219 R. Menéndez Pidal, *La España del Cid,* Madrid, 1947, págs. 880-893.
S. Bodelón, «La familia y su papel en el poema del Mío Cid», Aquiana, núms. 719 y 720 (1986).

220 M. C. Díaz y Díaz, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 823, Salamanca, 1959. Ya ha sido editado por M. Risco, *España Sagrada,* Madrid, 1781, págs. 212 y ss.

221 M. C. Díaz y Díaz, *op. cit.,* anterior, num. 811, editado: F. Santos Coco, en *Historia Silense,* Madrid, 1921, págs. 93 y ss.

222 M. C. Díaz y Díaz, *op. cit.,* núm. 829.

223 R. M. Lida de Malkiel, «La Garcineida de García de Toledo» en *Estudios de Literatura Española y Comparada,* Buenos Aires, 1966, págs. 1-13.
S. Bodelón, «Literatura Latina en la Castilla y León del siglo XI», en *Nueva Conciencia,* Mieres, 1985, págs. 131-140.

cho Garcés y de Alfonso VI se apoderaron en escaso tiempo de los más célebres cenobios: San Juan de la Peña, Leire, Oña, San Millán de la Cogolla, Carrión y Sahagún, fueron cayendo sucesivamente en su órbita, tras la cabeza de puente que habían establecido en Ripoll, su primer puesto fuerte en España, debido a su tradición gala desde la época carolingia. Incluso los arzobispos de Santiago y el de Toledo cayeron en sus manos. No es de extrañar que cierto sector no pudiese disimular su irritación contra Cluny y los franceses. «En Cardeña prefieren luchar contra los recién venidos; en Silos, el anónimo autor de la *Historia Silense* derrama su bilis en el pergamino, maltratando oportuna e inoportunamente a los galos, llamándoles venales, vanidosos y viciosos»[224]. En este ambiente anticluniacense de ciertos sectores de la clerecía debió de ser escrita la *Garcineida.*

A pesar de su brevedad es una obra única en nuestra literatura latina medieval. Su capacidad satírica desborda todas las previsiones, habida cuenta de lo que por entonces se producía y lo que se había escrito en los quinientos anteriores años por parte de escritores hispanos; habría que remontarse a Marcial para encontrar tal dosis de burla en una pluma española, o esperar al Arcipreste de Hita para volver a encontrar algo semejante, porque «La Garcineida es un texto sin posible parangón dentro de nuestras letras mediolatinas»[225].

Aunque esta obra no tenga parangón con ninguna obra escrita en España, sí es comparable con otras producciones medievales europeas; por ejemplo, con Rathier, escritor del siglo X, nacido en Lieja, formado en Lobbes, luego obispo de Verona y que pasó casi todo su episcopado o en la cárcel o en el destierro.

Sus *Cartas,* que no iban dirigidas a un destinatario, son en realidad un lúcido y despiadado comentario burlesco, a mitad de camino entre el diario íntimo y la invectiva contra adversarios eclesiásticos[226]. Mas aquí no hay personajes netamente ficticios, sino enemigos reales; pero también en la Garcineida son reales, aunque no sepamos identificarlos —Rosa María Lida sí identificó a alguno: al personaje grotesco García con el mismísimo autor de la obra—. Rathier había leído a Plauto y a Catulo, en pleno siglo X, lo que le permitía adoptar una postura jocosa y satírico-burlesca frente a la vida. Nuestro autor había buceado en Persio, Horacio y Juvenal, por lo que estaba avezado en el atisbo satírico; conocía además a César, Terencio y Salustio, por lo que se había imbuido de una fina dosis de equilibrada ironía burlona.

Paralelismos con la *Garcineida* encuentra también en el *Casus Sancti Galli* de Ekkehard; en tal obra realiza una narración de los buenos y malos días vividos en el monasterio, ofreciendo un conjun-

---

[224] J. PÉREZ DE URBEL, *El Monasterio en la vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 89.

[225] J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina,* Barcelona, 1980, pág. 67.

[226] M. HÉLIN, *La littérature Latine au Moyen age,* París, 1972, pág. 49.

to de gran colorido sobre la vida de la comunidad; la obra de Ekkehard ofrece, como la novela de aventuras, la diversidad de temperamentos para resaltar la unión de voluntades. Pero asoma la burla y la mofa, con gran fuerza cómica, como cuando afirma que no se comportaron peor que el ecónomo con él los Húngaros al invadir el convento en una reciente incursión bélica[227]. Y como los Húngaros de Ekkehard son los cluniacenses de la Garcineida y quienes organizan traslados de cuerpos de santos, quienes comercian con reliquias y quienes aspiran a cargos por dinero. A la vez que la sátira estaba naciendo la didáctica en la España del siglo XI y ello en lengua latina. La lengua vernácula heredaría los dos géneros, aún en pañales, y tanto la didáctica, como la sátira, llegarían a conocer gran esplendor, teñidas de parodia burlesca, desde el Arcipreste de Hita a Quevedo. Para ediciones, véase nota siguiente[228]. Es una obra netamente hispana, aunque no faltan quienes lo nieguen.

GRIMALDO (siglo XI)

Hacia el 1089 escribe en San Millán de la Cogolla el monje Grimaldo la *Vida de Santo Domingo de Silos*[229], con el título de *Vita beati Dominici confesoris Christi et abbatis.* Ya en el siglo XVIII se hizo una edición de esta obra hermosa dentro del género hagiográfico[230], ciertamente no muy docta, pero sí bien estilizada. En ella pueden rastrearse influencias de la *Vita Sancti Aemiliani* de Braulio, patrón del monasterio en donde vive su vida monacal Grimaldo, quien debió de conocer la obra brauliana, a deducir por el esquema biográfico desarrollado. Pero no posee la obra de Grimaldo ni el estilo lúcido y preclaro de la visigótica obra de Braulio, ni el trasfondo cultural que rezuman las fuentes utilizadas por un hombre impregnado en la cultura del siglo VII como fue Braulio. Grimaldo es un escritor más humilde; no pretende deslumbrar ni tan siquiera alumbrar, sino constatar, dando fe de unos hechos que a veces se elevan a la categoría de lo fabuloso, más allá del campo puramente religioso, como si de una novela de aventuras se tratase.

Deben atribuirse también a Grimaldo tres *Himnos* escritos a propósito del traslado del cuerpo de San Félix, los tres de corte e ins-

---

227 M. HÉLIN, *op. cit.*, pág. 56.

228 M. PFLUGH-HARTTUNG, *Iter Italicus*, Stuttgart, 1883, págs. 439 y ss.

E. SACKUR, M. G. H. *Libelli de Lite* II, págs. 423 y ss.

P. LEHMANN, *Die Parodie im Mittelalter*, Stuttgart, 1963 (sólo le cita), págs. 96 y 138.

M. THOMSON, *Tractatus Garsiae*, Leiden, 1973.

229 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Hispanorum Medii Aeui*, núm. 820, Salamanca, 1959.

230 S. de VERGARA, *Vida y milagros de el thaumaturgo español Moysés segundo... Santo Domingo Manso*, Madrid, 1736, págs. 309-352.

S. BODELÓN, «Literatura Latina en la Castilla y León del siglo XI», en *Nueva Conciencia*, Mieres, 1985, págs. 131-140.

piración ambrosiana a base del dímetro yámbico cataléctico; son tres himnos de expresión fresca y popular y de léxico sobrio y pulido, que demuestran que en San Millán se entendía ya de poesía por el siglo XI preludiando a Berceo («quiero fer una prosa en román paladino/en qual suele el pueblo fablar a su vecino/ca no so tan letrado por fer otro latino...»); luego conocía Berceo las prosas en el ritmo latino. Y ese ritmo lo hallamos en los versos de Berceo, dotados de idéntico realismo, sabor popular y ambientación sacralizada que topamos en los versos de Grimaldo a fines del siglo XI pero en lengua latina. Con razón exclama María Rosa Lida «el lapso que va del siglo VII al XII se despacha sumariamente, reduciéndose casi todo el estudio de los últimos siglos a la mención de la historiografía, y desde los albores de la literatura romance, toda consideración de la latina desaparece de golpe, como si al día siguiente de acabado *Mio Cid,* la clerecía, muy consciente del advenimiento de una nueva cultura, hubiese renunciado a escribir en latín»[231]. Y ello no ocurrió así, sino como Berceo nos confiesa, «ca non so tan letrado por fer otro latino».

Con el mismo motivo para el que fueron escritos los tres *Himnos* por Grimaldo, también escribió este monje una obra en prosa titulada *Traslatio corporis sancti Felicis ex castro Bilibiensi in monasterio S. Aemiliani* (Traslado del cuerpo de S. Félix del castro Bilibiense al monasterio de S. Millán)[232]. Este relato, que ha conocido ya dos ediciones[233], de las que tenga noticia, es atribuido sin vacilar por parte de Francisco Rico a Grimaldo, al igual que los tres *himnos* anteriormente citados; pero no falta quien afirme que se trata de dos Grimaldos distintos[234]. Parece tratarse del mismo personaje, que quería ennoblecer el pasado de su monasterio, aprovechando la *Vida de San Millán* de Braulio, en donde se narra cómo y dónde Millán se enriqueció con los bienes de la educación, los tesoros de la salvación y de la sabiduría: ello ocurrió «en el castillo Bilibio»; allí moraba «un eremita llamado Félix; varón tan santo que con razón podía entregarse a él como discípulo suyo». El castillo Bilibio probablemente fuese Bílbilis; con las reliquias del preceptor de San Millán de la Cogolla, el eremita Félix, el monasterio tendría ya más completa su genealogía: era una buena causa para que Grimaldo ejercitase no sólo sus buenas cualidades de poeta de expresión fresca y popular, sino también sus condiciones de narrador a la rutilante sombra de Braulio, que había biografiado a San Millán[235].

---

[231] LIDA DE MALKIEL, M. R., «La Garcineida de García de Toledo», en *Estudios de Literatura Española y Contemporánea,* Buenos Aires, 1966, págs. 1 y 2.

[232] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.,* núm. 823.

[233] M. RISCO, *España Sagrada,* T. XXXIII, Madrid, 1781, págs. 439 y ss.
C. DE SMEDT, AASS, Bruselas, 1910, págs. 212 y ss.

[234] F. RICO, *Las letras latinas en el siglo XII en Galicia, León y Castilla,* en ÁBACO 2, Buenos Aires, 1969, pág. 33.

[235] J. OROZ, «Vita Sancti Aemiliani Sancti Braulionis Caesaraugustani episcopi», en *Perficit,* vol. IX, núms. 119-120, Salamanca, 1978, pág. 189.

EL POETA ANÓNIMO DE OSMA (fines del siglo XI, inicios del XII)

El francés Bernardo de Sèdirac, monje cluniacense en Sahagún, fue el primero en ocupar la sede metropolitana del Toledo reconquistado en el 1085. Gregorio VII le sugirió un extranjero al rey Alfonso VI; Bernardo fue la persona indicada y el francés y cluniacense Urbano II le ofreció especial protección. Para la labor renovadora y unificadora de los cluniacenses que ocupaban todos los altos puestos para mejor llevar adelante sus propósitos, se rodeó Bernardo de franceses, y en especial, de cluniacenses. Así se consiguió imponer el rito romano frente a la liturgia mozárabe, de prestosas raigambres visigóticas, en las que Roma y Cluny veían atisbos priscilianistas y trasuntos arrianos.

Uno de esos personajes, impulsados por los favorables vientos de Cluny y encumbrado por Bernardo de Sèdirac, fue Pedro de Bourges, nombrado obispo de Osma «para arrancar los abrojos, espinas y ortigas y plantar los retoños de virtudes luminosas»[236]:

«ut tribulos euelleret,
spinas et sentes ueprium
et surculus insereret
uirtutum coruscantium»[237]

Quien así canta es un poeta anónimo de Osma, miembro de la clerecía local, probablemente discípulo de Pedro de Bourges. Éste debió actuar a modo de hilo conductor, poniendo en contacto a la clerecía local con el quehacer poético transpirenaico de tropos y de prosas, que muy activamente se venían despertando en la actividad monacal francesa y en las escuelas catedralicias. Hay que reconocer que, en este aspecto, los cluniacenses franceses contribuyeron en gran medida a despertar a la clerecía hispana de su perezoso letargo.

Comenzó a cultivarse y a adquirir gran auge, en Osma y en otros focos culturales, la secuencia, «la creación literaria más original de la literatura latina de la Edad Media»[238]. Las secuencias, en efecto, se extendieron por Hispania gracias a los cluniacenses, aunque se conocían ya en Ripoll muy intensamente y sólo levemente en Silos. Es cierto que España no llegó a conocer el gran florecimiento cultural y poético que vivió Europa intensamente durante el siglo XII, pero sí existió un despertar menos intenso, pero sí brillante, comparado con los cuatro siglos precedentes. Tres hechos contribuyeron a ello en forma especial: el Camino de Santiago, por donde deambularon

---

[236] F. RICO, *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2, Buenos Aires, 1969, pág. 33.

[237] Edic. por DREVES, en AHMA, XVI, núm. 416, pág. 230, según el códice de Burgo de Osma, Biblioteca Capit. 2B.

[238] DAG NORBERG, *Introduction à l'étude de la versification latine médiévale,* Estocolmo, 1958, Cif., pág. 171.

DRONKE, *The Medieval Lyric,* Londres, 1968, pág. 39.

peregrinos, juglares, músicos y poetas; en segundo lugar, la invasión cluniacense, como apuntábamos, y en tercer lugar, el hecho de llevar ahora los cristianos claramente la ofensiva frente a los moros, tras la toma de Toledo.

Del anónimo de Osma conservamos tres *himnos* en honor a San Pedro de Bourges, seguramente con motivo de su muerte ocurrida el 1109. En ellos nuestro autor muestra ser un excelente poeta, dotado de un verso brillante, tanto en el himno *Plaudat phalanx angelica,* como en el titulado *Natis iuges excubias*, como en el que comienza *Iam noctis umbra tenuis*[239]. Se perciben acentos de verdadero hálito poético, más meritorio aún por tratar una temática religiosa. Sirve de muestra esta breve pincelada:

Iam noctis umbra tenuis
diei lumem agregat,
tum seruis quam ingenuis
aurora lucis rutilat.

«Ya la tenue sombra de la noche / cede a la luz del día / la aurora resplandece con sus rayos / tanto para los ricos como para los pobres»[240].

Suele acabar sus estrofas el poeta anónimo de Osma con un verso de algún himno célebre; lo que demuestra su conocimiento de la himnodia, así como el dominio de la técnica a base de dímetros yámbicos, del que resultan ocho sílabas en cada verso, presumible origen del romance de las lenguas vernáculas. Impregna además sus himnos de una ambientación, a la vez popular e intimista, que confiere un hondo lirismo a sus estrofas.

El breviario de Osma conserva una *Vida de S. Pedro de Osma* (o de Bourges)[241]. Y, al parecer, los versos de nuestro poeta anónimo de Osma no son sino extractos en verso de la vida del santo[242]. Era frecuente versificar vidas de Santos, como más tarde haría todavía Berceo en lengua vulgar, tradición poética que se remonta a Sedulio, quien puso en hexámetros el Evangelio. Hay quien abriga la sospecha, infundada por lo demás, de que el autor de la *Vita* y el autor de los *himnos* es el mismo[243]: sería como sospechar que Berceo escribió en prosa las vidas de todos los santos a los que canta: San Millán, Santa Oria y Santo Domingo, vidas que circulaban en lengua latina. En el caso de nuestro anónimo poeta, cantor de San Pedro de Osma, el proceso de imitación funcionaría al revés: a su

---

239 U. CHEVALIER, edidit en *Repertorium hymnologicum,* núms. 15010, 29913, 28428. Bruselas, 1921.

240 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Hispanorum Medii Aeui,* núm. 1108, Salamanca, 1959.

241 H. MARTÍNEZ, *La vida del Bienaventurado S. Pedro de Osma, traducida de lengua latina en metro castellano,* 1549.

242 F. RICO, *op. cit.,* pág. 37.

243 F. RICO, *op. cit.,* pág. 38.

muerte se compusieron los himnos, y al escribir la *Vita* se aprovecharon aquellos himnos como material fidedigno. Con razón fecha Díaz como posterior el *Officium liturgicum S. Petri Oxomensis*[244], cuyos datos habrían sido recogidos de la Vita y de los himnos.

VITA RUDESINDI *(siglo XI) y las letras en Galicia*

El monje Esteban de Celanova escribió la vida del Santo fundador del monasterio donde habitaba con el título de *Vita et miracula S. Rudesindi episcopi Dumiensis* (Vida y milagros de San Rosendo obispo Dumiense). Esta *Vida* debió ser escrita con posterioridad a la muerte del santo, acaecida en el 977, por lo que suele colocarse a inicios del siglo XI. Es una obrita de reducidas dimensiones, desprovista de demasiadas pretensiones literarias, en la que el autor no tiene más objetivo que el transmitir al futuro los recuerdos que aún conserva en su mente sobre el Santo o que ha oído contar a quienes le conocieron. Se inserta en la típica tradición monacal de narrar la vida del fundador para enaltecer la genealogía del cenobio, como vimos a propósito de la *Vida de San Millán* o en la *Vida de Santo Domingo;* en este aspecto la hagiografía viene a ser en el fondo algo así como una *Chronica minora,* aunque de temática religiosa. Y por supuesto ello es literatura, aunque no alcance altas cotas de exuberancia estilística; pero a veces topaban con un Berceo que les infundía cálidos vientos poéticos, lo que no aconteció con la *Vita Rudesindi*[245].

Más tarde, pero también en el siglo XI, otro monje de Celanova, llamado Ordoño, hizo un extracto de la obrita de Esteban, amplificándola sensiblemente. Y de ello resultó una segunda obrita ni de excesivo tamaño ni de elevada pretensión literaria, aunque en ella late un gran sentido de la ambientación popular y a la vez un notable apego a los tradicionales cánones del género hagiográfico. La obrita de Ordoño lleva por título *Vita S. Rudesindi episcopi et confessoris*[246].

---

[244] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.,* 1351.
M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...,* núm. 739, Salamanca, 1959.
S. BODELÓN, «Literatura Latina en la Castilla y León del siglo XI», en *Nueva Conciencia,* Mieres, 1985, págs. 131-140.

[245] D. PAPEBOCH, edidit AASS, *Martir,* I, págs. 107-115, Amberes 1668, ex manuscr. de Celanova. Otros manuscritos: Lisboa, Biblioteca Nacional Alcobacense 133/24; Oporto, Biblioteca Pública Manuscrito 365; Alcobaça Manuscrito núm. 113/414. En el manuscrito Alcobacense el título es: *Liber Miraculorum Sancti Rudesindi, cf.* A. A. NASCIMENTO, *Inventario dos Códices Alcobacenses,* t. VI, Lisboa, 1978, pág. 495.

[246] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...,* núm. 833, Salamanca, 1959.
A. HERCULANO, edidit, MPH 1, pág. 34-43, Lisboa, 1856. Códices: Lisboa, Biblioteca Nacional, Alcobacense 133/24 del s. XII; Oporto, Biblioteca Pública núm. 365, del XIII; Alcobaça, 113/414. En el Alcobacense el título es: *Vita uirtutesque Beati Rudesindi, cf.* A. A. NASCIMENTO *Inventario dos Códices Alcobacenses,* t. VI, Lisboa, 1978, pág. 480.

El personaje biografiado es una de las más sugestivas figuras de la Edad Media española, asimilable tan sólo para la mentalidad actual, teniendo en cuenta las especiales características de aquel siglo X que le tocó vivir y del que fue parte muy activa. Rosendo era un vástago de sangre regia, hijo de los condes de Celanova y emparentado con Ordoño II. Ingresó en el monasterio de Caveiro muy joven y a los dieciocho años ya era obispo: Mondoñedo, Dumio, Iria y Compostela fueron los peldaños de su brillante ascensión religioso-política. Él trasladó el bâculo de la sede de Iria para Compostela, siendo su primer gran impulsor, doscientos años antes que Gelmírez. El rey Sancho le nombró virrey de Galicia y en calidad de tal luchó con sus huestes contra los normandos. Al fin de su vida se retiró al monasterio de Celanova por él fundado, imitando así a otro personaje por él admirado y a quien conoció de niño: el obispo Genadio de Astorga, quien se retiró en su vejez al monasterio de Santiago de Peñalba, por él fundado. En ligera síntesis esto nos transmiten Esteban y Ordoño en sendas biografías del hombre que llenó la historia de cincuenta años del siglo X en Galicia.

La labor cultural de Rosendo corre parejas con el quehacer desempeñado por Genadio. Con motivo de la fundación del monasterio de Celanova el 942, Rosendo lega al cenobio unas *Etimologías,* así como unas *Sentencias* isidorianas junto con otros códices. E igualmente al fundarse el monasterio de Sobrado diez años más tarde, Rosendo le dona los *Sinónimos* isidorianos, así como la *Regula*[247]. A través de estas y otras donaciones puede estudiarse el ambiente cultural de Galicia en esta época al igual que podríamos vislumbrar en siglos anteriores. Y así topamos a otro Rosendo, pero hacia mediados del siglo XI que hace una donación al monasterio de Almerezo, en tierras de Bergantiños, consistente en obras de Próspero de Aquitania, de Gregorio Magno, escritos bíblicos, escritos litúrgicos, un *Lexicon* así como unas *Quaestiones* isidorianas; libros copiados por su propia mano, por lo que este Rosendo podría ser el primer copista de nombre conocido tras la invasión musulmana[248]. A fines del IX un tal Beato regala a Arnoya dos obras isidorianas, unas *Diferencias* y unos *Oficios.* Por el 936 varios donantes ofrecen al monasterio de Caveiro, donde se había formado Rosendo pocos años antes y por estas fechas ya obispo, unas *Etimologías* y unas *Sentencias* isidorianas. Mummadona, al fundar el monasterio de Guimarães, hoy en territorio portugués, junto con otros numerosos códices le lega unas *Etimologías,* una *Regula,* y un *De viris Illustribus,* con lo que se demuestra el afianzamiento de la obra isidoriana en el Noroeste peninsular por los siglos IX, X y XI[249]. Similares donacio-

S BODELÓN, «Literatura Latina en Galicia por el año mil», AQUIANA, núm. 703 (1985).

[247] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 177.

[248] J. PÉREZ DE URBEL, *El Monasterio en la Vida española de la Edad Media,* Madrid, 1942, pág. 226.

[249] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.,* pág. 177.

nes se repiten, o muy semejantes, en las fundaciones de otros monasterios como Meira, Oya, Samos, Monforte, Osera o San Esteban de Rivas del Sil, cuyos *scriptoria* se constituyen en focos de expansión cultural en la Galicia medieval, además de los ya citados Celanova, Sobrado, Caveiro y Almerezo. Pero cuando en el siglo XII Compostela se erige en gran foco de atracción de peregrinación y se acentúa el centralismo cluniacense, aparecerá allí una eximia labor e inquietud intelectual que eclipsará a los centros monacales. Y ya en pleno siglo XI Martín, clérigó compostelano, escribe una obrita en verso y prosa, con gran brillo poético, de la que queda un fragmento que se inicia así: «splendor, forma, caro, uirtus...» y que puede datarse por el 1047[250].

En torno a las sedes episcopales de Lugo y Tuy se desarrolló también cierto esplendor poético, lo que demuestra que las escuelas catedralicias no sólo funcionan para la enseñanza religiosa, sino que, con tal motivo, se cultivó en especial el himno. Baste recordar el *Carmen in laudem Mariae uirginis* del año 1071, que comienza así: «O Tu glorifica luce coruscha...», hallado en un manuscrito donado por la reina Geloira a la iglesia de Lugo[251]; tal poema es anónimo, como también lo es la composición *O lux iubar Iverie sol,* que parece ser un acróstico lucense del siglo XI, continuando el tema de la alabanza a España, ya explotado por Isidoro al inicio de su *Chronica;* como en ésta, también se encuentran acentos de emoción y lirismo, aplicados, quizá, al obispo Odoario de la diócesis lucense; pero probablemente, más bien, lo que quiere significar el acróstico sea que Odoario es su autor, evocando así reminiscencias visigóticas del berciano Valerio[252]. Citábamos también la diócesis tudense: de Tuy procede el *Himno a S. Pelayo,* que parece remontar al siglo X, aunque el códice de la Biblioteca Capitular de Tuy donde se encuentra el himno, es del siglo XIII. Otra Bibliografía[253].

CHRONICA MINORA (siglo XI)

El siglo XI produjo una Crónica de cierta extensión e importancia considerable, la *Crónica de Sampiro.* Pero a cambio de tal esca-

---

250 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...* núm. 866, Salamanca, 1959.
S. MARINER, edidit in *Archivo Español de Arqueología,* 28, (1955), pág. 227.

251 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...* núm. 806, Salamanca, 1959.
M. RISCO, edidit in *España Sagrada,* 40, Madrid, 1796, pág. 175, ex codice del Tumbo Viejo de Lugo del siglo XIII (hoy en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, códice 1196).

252 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...*, núm. 840, Salamanca, 1959.
M. RISCO, edidit in *España Sagrada,* 40, Madrid, 1796, pág. 105.

253 *Sancti Rudesindi vita et miracula,* in «Portugaliae Monumenta Historica». Scriptores. I. Academia Real de Ciencias, Lisboa, 1856, págs. 32-43.
J. MATOSO, *Études sur la Vita et Miracula S. Rudesindi,* «Studia Monastica», Montserrat, 3(2), (1961), págs. 325-356.
M. H. PEREIRA, *Vida e Milagros de S. Rosendo,* Texto latino com tradução e notas. Oporto, 1970.

sez, produjo un abultado número de otras crónicas, a las que podríamos denominar «menores», y a las que sus anónimos autores catalogaron con los genéricos nombres de «notitia», «memoria», «chronica», «chronicon» y términos semejantes.

Se trata de breves escritos de temática histórica, generalmente extractos o resúmenes de crónicas anteriores de los últimos siglos; cuando varias de ellas incidían en el mismo tema, fueron generalmente aprovechadas por autores posteriores para «zurcir» nuevas crónicas, lo que explica los múltiples puntos de coincidencia entre la gran diversidad de crónicas, anales e historias. Tocan por lo general el tema de la Hispania visigótica levemente, plantean luego la gran eclosión producida por la invasión árabe, para continuar con variadas y variopintas incursiones acerca de la reacción cristiana desde el Norte.

Citemos en primer lugar el *Chronicon perbreve Compostellanum,* así denominado por el manuscrito 1055 de la Biblioteca de la Universidad Compostelana, en el cual se encuentra lo que pudo ser parte de una crónica más extensa hoy perdida, que habría servido de fuente principal, al menos en parte, de la *Historia Compostelana,* impulsada en el siglo siguiente por Gelmírez. Conviene aquí poner el acento en que ya antes del año mil existía en Galicia una tradición cronística, como cabe deducir del *Chronicon Iriense* y de una *Chronica Compostelana,* anterior al año mil[254]. *El Chronicon perbreve Compostellanum* ha conocido ya dos ediciones, al menos, inserto en obras de más volumen[255]. Fue escrito en el 1055. El *Chronicon Conimbrigense mixtum* es del año 1069; concuerda, en parte, con el *Chronicon lusitano,* así como los *Anales Portugalenses,* pero nuestra crónica del siglo XI posee un texto más exquisito estilísticamente y de más sabrosa catadura, lo que parece mostrar un buen gusto sutil, y alto nivel de su anónimo autor. Posee extensión suficiente como para poder sacar conclusiones[256]. También en el presente caso existía ya tradición en la que inspirarse, pues anteriores al año mil son un *Chronicon Alcobacense* y un *Chronicon Lamecense* (a los que se denomina en su parte común Anales Portugalenses)[257].

La *Notitia de Conimbria capta,* del año 1065, parece aludir a la campaña de Alfonso III, en la que arrasó Conímbriga, que estaba en poder de los enemigos y tras la cual, según la *Crónica Albeldense*[258], repobló Conímbriga, Coímbra, Oporto, Lamego, Viseo y Orense. El texto es sumamente breve, unas dos páginas, y no permite abrigar la esperanza de especiales conclusiones; no obstante, ha conoci-

---

[254] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 213.

[255] A. LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa Iglesia de Santiago,* Santiago, 1899, pág. 225.

M. FEROTIN, *Bibliothèque de l'école des Chartres,* 62, pág. 383 (1901).

[256] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.* pág. 213, nota 19.

[257] P. DAVID, *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VI au XII siècle,* Lisboa, 1947, págs. 291-299.

[258] J. E. CASARIEGO, *Historias asturianas de hace más de mil años,* Oviedo, 1983, pág. 163: «Conimbriam ab inimicis possessam eremauit et gallecis postea populauit».

do varias ediciones[259], en diversas obras. No debemos confundir Coímbra («Eminensis... urbs» de la Albeldense—la Aeminium romana—) con «Conimbria», la Conímbriga romana, quince quilómetros al sur de Coímbra, como acontece en alguna moderna traducción de la Albeldense.

El *Chronicon parvum legionense,* que se encuentra en un códice de San Isidoro de León, alude a hechos de mediados del siglo X y parece una visión sucinta de los *Anales castellanos Primeros* con los que coincide en extensión y contenido; en ambos casos se trata de dos páginas, donde la preocupación por el léxico y buen gusto de la lengua latina no preocupa tanto como la propaganda política, pues tanta abundancia de exiguas crónicas nos dan la sensación de hallarnos ante «los periódicos» de hace novecientos años[260].

La *Chronica gothorum pseudoisidoriana* encierra una evocación laudatoria de la época visigoda española. El único manuscrito existente, el 6113 de la Biblioteca Nacional de París fue escrito por un mozárabe de Toledo en el siglo XIII, basándose en otro del XI, hoy perdido; y por más que el autor intenta disfrazar la lejanía que le separa del siglo VII no consigue su Crónica pasar por la isidoriana, por más que se inspire en aquella. Sus rasgos estilísticos, su léxico selectivo no es el de Isidoro. Una vez más los conocimientos de la lengua latina han sido útiles al quehacer histórico[261].

El *Chronicon Pampilonense* es de los albores del siglo XI, aunque sus primeros elementos pertenecen ya al año 976; e incluso se le van sumando nuevos ingredientes a lo largo del siglo XI, siendo las últimas adiciones del año 1086, aunque el grueso de la obra pertenezca a los albores del siglo. Incopora, incluso, una loa a Pamplona que circulaba ya desde el siglo VIII[262]. Se pasa revista a las genealogías diversas que han pasado por el reino de Navarra, y se piensa que con ello se pretendía fundamentar las ansias expansionistas de Sancho el Mayor de Navarra[263]. Y de nuevo topamos con la idea de la propaganda política en estas crónicas del siglo XI. Se ha transmitido a través del celebrado códice de Roda, junto con otros textos que parecen simple material acumulado para redactar una amplia historia del reino de Navarra[264]. El más importante de esos otros materiales es, con mucho, el *Initium regnum Pampilonam,* manuscrito

---

[259] M. DA ROCHA, *Portugal Renascido,* Lisboa, 1730, págs. 118-119.
E. FLÓREZ, *España Sagrada,* 23, Madrid 1767, págs. 316-317.
P. DAVID, *op. cit.* pág. 311-312.
S. BODELÓN, «Crónicas menores del siglo XI», AQUIANA, núm. 702 (1985).
[260] L. RODRÍGUEZ, edición en *Diploma de Ramiro I,* Madrid, 1804, págs. 248-349.
Y véase de M. C. DÍAS Y DÍAZ, *op. cit.,* pág. 230.
[261] TH. MOMMSEN, MGH., *Chronica Minora,* II, Berlín, 1894, págs. 378-388.
R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cuadernos de Historia de España,* 21-22, (1954), págs. 5-15.
[262] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.* pág. 232, «una verdadera Crónica...»
[263] J. M. LACARRA, «Textos navarros del códice de Roda», en *Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón,* 1, (1945), págs. 218-220.
[264] J. M. LACARRA, *op. cit.* pág. 255.

78 de la Academia de la Historia de Madrid, a donde fue a parar el códice de Roda[265].

Las *Efemérides Riojanas* parecen redactadas en los primeros años del reinado de Sancho el Mayor de Navarra (1000-1035), cuando dicho reino se convirtió en el centro político cristiano más importante. La invasión árabe es narrada de diferente forma a la que se ofrece en las Crónicas de la órbita de la corte regia ovetense. No aparece en estas *Efemérides Riojanas* ni el esfuerzo interesado por mostrar el hilo de la continuidad visigótico-astur, ni se siente atraído por la problemática leonesa del XI[266].

La *Memoria comitum Ripacurciensium,* escrita en el año 1078, es una evocación, a la vez emotiva y emocionada, lúcida y brillante, de los condes de Ribagoza y del Noguera-Pallarés y de los valles del Esera e Isábena, cuya capital histórica fue Roda. Son dos páginas, cuyo autor no debió pretender más que testimoniar la admiración hacia los condes: hay que reconocer que lo consiguió[267].

La *Crónica regum francorum* fue redactada en Cataluña cuatro años antes de iniciarse el siglo XI y ello muestra bien a las claras cuál era el sentir de la Marca Hispánica y su proclividad hacia Europa, histórica y culturalmente. Y ello, a pesar de que el recuerdo de Carlomagno quedaba a doscientos años vista. Contrasta la escasez de narraciones históricas en Cataluña, si comparamos este género literario con el exuberante esplendor poético que allí se vivió localizado en Ripoll. Se trata de una somera lista de reyes francos, con algunas noticias históricas sin gran trascendencia[268].

GUNDISALVO Y LOS TRADUCTORES DE TOLEDO (siglo XII)

Gundisalvo fue arcediano de Segovia y uno de los más ilustres miembros de la Escuela de Traductores de Toledo que había fundado el arzobispo Raimundo, sucesor de Bernardo de Sédirac. La actividad como traductor de Gundisalvo se sitúa entre 1130 y 1170, aproximadamente, teniendo en cuenta que falleció en el 1180 y en el 1126 Raimundo sucede a Bernardo en la sede toledana. Por la ingente labor realizada como traductor, y también por su obra personal, se le ha atribuido a Gundisalvo la condición de verdadero precursor de la nueva escolástica. Pero en su labor le movió más el impulso a verter al latín las obras de los árabes que una vocación estética; así pues, muy escasamente afloran a su obra pasajeras ráfa-

---

265 J. M. LACARRA, *op. cit.* págs. 259-260.

266 M. GÓMEZ MORENO, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción de D. Manual Gómez-Moreno,* Madrid, 1917, págs. 21 y ss.
M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.* págs. 232-233.

267 J. PASQUAL, lo editó en *El antiguo obispado de Pallás en Cataluña,* Tremp, 1785, pág. 70.
R. D'ABADAL, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal,* 3, Madrid, 1952, pág. 475.

268 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.* pág. 233.

gas de brillantez literaria, estilísticamente hablando. Dejando a un lado la cuestión de su latín aliterario, lejos del fulgor de los clásicos, su obra tuvo gran resonancia en la Edad Media e influyó notablemente en los medios cultos medievales. Y así su traducción de la *Física* de Aristóteles fue la utilizada por la escuela de Chartres, su libro *Liber assignanda ratione unde ortae sunt scientiae* fue plagiado por Escoto y el conjunto de sus obras y traducciones usados y polemizados por los grandes y pequeños escolásticos del siglo XIII.

Ciertamente Gundisalvo no estuvo solo en su labor. Díaz cataloga veintidós obras suyas en su *Index*[269]. En colaboración con el judío Salomón tradujo la *Metafísica* de Avicena; con la ayuda de Juan Hispalense tradujo la obra *Fons vitae* de Avicebrón; Gerardo de Cremona colaboró con nuestro autor en la traducción del libro *Sufficientia physicorum;* y en más de una ocasión tuvo los auxilios del experto Juan Avendhaut.

El conjunto de obras por él traducidas influyó sensiblemente en su propia producción; tal acontece en los tratados aristotélicos vertidos al latín a partir de Avicena, el *Liber de anima* o el *Liber de caelo et mundo,* o el *De intellectu* de Alfarabí y el *Liber philosophiae* de Algacel, puestos en latín por Gundisalvo. Pero pueden rastrearse otros autores que influyeron en la personalidad y la obra de nuestro autor, al margen de aquellos, cuyas obras él había traducido al latín. La impronta más notable es quizá la de Boecio, que se muestra nítidamente perceptible en su tratado *De divisione philosophiae;* pero no es el fino estilista el que influye sino el Boecio irrelevante teólogo y arduo filósofo. En el *De processione mundi,* en el *Liber introductorius in artem logicam* pueden percibirse no sólo las influencias de Boecio y los materiales traducidos del árabe, sino además la huella de Cicerón, Quintiliano, Beda el Venerable, Donato e Isidoro, autores también presentes en el *De divisione philosophia,* probablemente su mejor obra[270].

Gundisalvo, cuya principal labor no es la literaria, sino la preparación del umbral filosófico que aportará el florecimiento del siglo siguiente, pertenece todavía al pasado platónico-agustiniano, pero a su vez preludia la gran síntesis que se avecina y de cuyos frutos fue el principal promotor; Gundisalvo acusa una cierta tendencia por lo psicológico y metafísico, álgidos puntos que se alejan precisamente de una estética literaria. La obra de Gundisalvo, en pleno siglo XII, es un gran intento por definir al microcosmos del hombre y situarlo, no sólo filosófica, sino también vitalmente, en el macrocosmos del universo y en el logocosmos del intelecto. Pero para él la estética aún no ha nacido, y la ética se reduce a un marco religioso, la ciencia es un proteico esfuerzo a realizar en el campo físico,

---

[269] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núms. desde el 1013 al 1034, Salamanca, 1959.

[270] F. RICO, *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2 (1969), Buenos Aires, pág. 20.

matemático, en la música e incluso en lo astronómico; y ya percibió Gundisalvo que, en realidad, las ciencias prácticas se reducen a dos, la economía y la política. Por ello se ha afirmado que Gundisalvo produce una síntesis de relativa originalidad[271].

Seguidamente, una relación de las obras, traducidas y originales, de nuestro autor, así como una reseña sobre ediciones de las mismas:

Liber de anima seu sextus naturalium, traducción de Avicena, cuyas obras en el siglo XX han sido publicadas por G. P. Klubertanz[272].

Metaphysica, obra traducida de Avicena, de la que conozco tan sólo la edición «princeps», la véneta de 1508.

Sufficientia physicorum, que en parte ya había sido traducida por Juan Avendhaut, y que no ha visto más edición que la «princeps»; se trata de otra traducción de Avicena.

Liber de caelo et mundo, traducción de Avicena, que no pudo ser finalizada por Gundisalvo. Existe la edición véneta del 1508, junto con la obra completa de Avicena.

Liber de ortu scientiarum, traducción de Alfarabí, que ha sido editada por Baeumker a principios de este siglo[273].

Fontes quaestionum, traducción de Alfarabí, editada por Cruz Hernández[274].

Liber exercitationis ad uiam felicitatis, traducción de Alfarabí, editada por H. Salman, sobre el mito de la conquista de la Felicidad[275].

De intellectu, traducido de Alfarabí y editado por Gilson[276].

De intelectu, traducido por Alkindi y editado por Nagy[277].

Logica, traducido a partir del místico Algacel y editado por Liechtenstein[278].

Liber Philosophiae, traducción de Algacel y editado por Liechtenstein, así como también por Muckle[279].

---

271 J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-latina Medieval,* Barcelona, 1980, pág. 64. S. BODELÓN, «Gundisalvo y la Ciencia del siglo XII», AQUIANA, núm. 708 (1986).

272 G. P. KLUBERTANZ, *Avicenne... opera,* Saint Louis University, 1949. Existe edición hecha en España más recientemente por M. T. D'ALVERNY, *Homenaje a Millás-Vallicrosa,* Barcelona, 1954, págs. 32 y ss.

273 C. L. BAEUMKER, *Alfarabi über den Ursprung der Wissenschaften,* Münster 1916, págs. 17 y ss. Existe en Toledo un manuscrito de esta obra de Gundisalvo en la Biblioteca Capitular, el manuscrito número 47-15.

274 M. CRUZ HERNÁNDEZ, en «Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Age», 19 (1950-51), págs. 316 y ss.

275 H. SALMAN, en «Recherches de Théologie ancienne et médiévale», 18, (1940), págs. 35 y ss.

276 E. GILSON, en «Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Age», 4 (1930), págs. 115 y ss. Existe un manuscrito de esta obra de Alfarabí, traducida al latín por Gundisalvo, en la Biblioteca de El Escorial con el número h-115-116.

277 A. NAGY, *Die philosophischen Abhandlugen des Ya'qub al-Kindi,* Münster, 1897.

278 P. LIECHTENSTEIN, *Logica et philosophia Algazelis Arabis,* Venecia, 1506.

279 P. LIECHTENSTEIN, idem anterior. Existe traducción inglesa: J. T. MUCKLE, *Algazel's Metaphysis, a medieval translation,* Toronto, 1933. Existe de esta obra de Algazel una copia en el códice 47-15 de la Biblioteca Capitular de Toledo.

Fons Vitae, traducido de Avicebrón y editado por Baeumker[280].

Liber de definitionibus; traducción de Isaac que ha sido editado por Muckle; además hizo de él una antología Löwenthal[281].

Hasta aquí las traducciones y seguidamente, las que pueden considerarse obras suyas:

De diuisione philosophiae, con múltiples evocaciones de diversos autores, en especial de Boecio. Ha sido editado por Baur[282].

De immortalitate animae, de influencia aristotélica; nuestro autor conoce a Aristóteles a través de los árabes. Bülow ha editado esta obra[283].

De scientiis, también con gran impronta aristotélica; de esta obra se ha hecho una edición en España a cargo de M. Alonso[284].

De conuenientia et differentia subiectorum, de la que existe una edición realizada por Baur[285].

Liber introductorius in artem logicam, cuya edición ha sido realizada por Nagy[286].

De anima, de influencia aristotélica, lo mismo que la obra anterior; Muckle realizó una edición de ella[287].

De processione mundi, de la que existe una edición realizada en España por Menéndez y Pelayo[288].

De unitate, de notable influencia de nuevo, de Boecio. Edición de ella llevó a cabo Correns[289].

Alexandri de intellectu et intellecto, de la cual Thery ultimó una edición[290].

LIBER SANCTI IACOBI (Codex Calixtinus) (siglo XII)

Durante la época del arzobispo Gelmírez al frente de la sede compostelana (1100/1140), Santiago fue el principal centro cultural de

---

280 CL. BAEUMKER, *Avencebrolis (Ibn Gabirol) Fons uitae,* Münster 1892. De esta obra de Avicebrón existe un ejemplar en el manuscrito 95-21 de la Biblioteca Capitular de Toledo.

281 J. T. MUCKLE, en «Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Age», 11, (1937-38), págs. 328 y ss. Publicó parte A. LÖWENTHAL *Pseudo-Aristoteles über die Seele,* Berlín, 1891, págs. 79 y ss.

282 L. BAUR, *Dominicus Gundisalinus de diuisione philosophiae,* Münster, 1903.

283 G. BÜLOW, *Des Dominicus Gundissalinus Schrift von der Unsterblichkeit der Seele,* Münster, 1897.

284 M. ALONSO, *Domingo Gundisalvo. De scientiis,* Madrid, 1954, págs. 55 y ss.

285 L. BAUR, *Dominicus Gundissalinus de diuisione philosophiae,* Münster, 1903, págs. 124 y ss.

286 A. NAGY, obra citada en nota 277, pág. 41 y ss.

287 J. T. MUCKLE, en «Medieval Studies», 2, págs. 41 y ss.

288 M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles,* I, Madrid, 1880, págs. 691-711. En Toledo existe un ejemplar de esta obra, en el códice 47-15 de la Biblioteca Capitular.

289 P. CORRENS, *Die dem Boethius fälschlich sugeschriebene Abhandlung des Dominicus Gundisalui de unitate,* Münster, 1891. El manuscrito 47-15 de la Biblioteca capitular de Toledo, incluye esta obra.

290 G. THERY, *Autour du décret de 1210, Alexandre d'Aphrodise,* Le Saulchoir, 1926, págs. 74 y ss.

España; a ello contribuyó en gran medida la ruta jacobea, que aportó una notable influencia francesa a través de las peregrinaciones, combinada con la reforma cluniacense que también transplantó a España multitud de monjes de forma permanente[291]. Los juglares de allende el Pirineo trajeron nuevos sabores poéticos e influyeron en la lírica hispana del momento. Existe de la época una rica poesía jacobea como la del *Liber Sancti Iacobi* o *Codex Calixtinus,* extensa recopilación de temática jacobea. En el año 1173 Arnaldo de Mont, monje de Ripoll, copió parte del Códice Calixtino, que es de indudable origen francés. Contiene textos, a veces auténticos, a veces falsificados, para fomentar el culto jacobeo. El libro primero, de contenido litúrgico, ocupa más de la mitad de la colección, en donde lo más importante son los *himnos a Santiago,* que iban acompañados de música. El libro segundo trata de los milagros del Santo y el tres contiene el traslado del cuerpo de Santiago desde Palestina a Iria. El libro cuarto contiene la *Crónica del Pseudo Turpin,* con el supuesto viaje de Carlomagno a Compostela. Y el quinto libro es una guía para peregrinos detallista y sugestiva[292].

El Codex Calixtinus es el producto de una lenta elaboración a lo largo del siglo XII con diversos materiales elaborados de distintos modos[293] y en lugares distintos de Francia. Un clérigo peregrino, de nombre Aymerico Picaud, lo llevó consigo a Santiago hacia mediados del siglo XII. Posee un apéndice añadido más tarde pero sin duda en el XII, con poemas escritos ya en Santiago de Compostela; entre esos poemas topamos el *Milagro de Santiago,* en dísticos elegíacos, el himno *Regi perhennis glorie,* con música de Gautier de Château-Renard, el poema *Ut radius solis iustitie,* cuyo autor es el maestro Panicha[294].

Veamos algunos aspectos concretos y detallados de la poética del Codex Calixtinus.

La clásica invocación a la Musa, que inicia los cantos homéricos y los grandes poemas épicos, la hallamos en el apéndice añadido al Codex. Hela aquí

> «Tu quoque, Callyope, solita es que digna referre,
> tu magni laudes ne taceas Iacobi»...
> (Tú también, Calíope, que sueles cantar ilustres temas,
> no silencies
> tú, alabanzas a Santiago el Mayor).

---

291 CH. HASKINS, *The Renaissance of the Twelth Century,* Oxford, 1972.
S. BODELÓN, «El mito de Santiago en el siglo XII, AQUIANA, núm. 716 (1987).

292 J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina Medieval,* Barcelona, 1980, pág. 72.

293 W. MUIR WHITEHILL, *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus,* Santiago, 1944. Y traducción anotada por: A. MORALEJO-C. TORRES-J. FEO, Santiago, 1951.

294 J. L. MORALEJO, *op. cit.* pág. 73.
M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núms. 1044, 1106.

Es tal invocación a la Musa, por supuesto, una mera fórmula, casi ritual, de cumplir con la tradición literaria, semejante a la invocación a Venus al inicio del poema de Lucrecio. El autor de esta invocación a la Musa no cree en las Musas, como tampoco Lucrecio creía ya en los olímpicos.

Mucho habían cambiado los vientos poéticos en torno al asunto jacobeo desde fines del siglo VIII, cuando se escribe el *himno a Santiago,* con el nombre de Mauregato en el acróstico; pues entonces tal himno nació como producto de una facción política astur contra otra (la facción de Mauregato contra la de Alfonso II) en su lucha, por el poder, como ha mostrado Díaz[295].

Ahora en el siglo XII se escribe un *Benedicamus,* incluido en el *Liber Sancti Iacobi,* y consigue dibujar con un perfeccionismo detallista, pero irreal, la tarea realizada por Santiago en España con un efecto más clarividente y lúcido que el himno mozárabe del siglo VIII. Helo aquí:

«Regi perennis gloriae
sit canticum laetitiae,
qui trimphum uictoriae
Iacobo dedit hodie.
Decorauit Hispaniam
Apostolus prouinciam
illamque gentem impiam
Christi fecit ecclesiam.
Tandem pro Dei filio
sub Herodis imperio
se obtulit martyrio,
benedicamus Domino...[296]».
(Tenga un cántico de alegría el rey de gloria perenne /
que dio hoy a Santiago / el triunfo de la victoria. / Glorificó al Apóstol, la provincia Hispana / y tornó a aquella gente impía / en Iglesia cristiana. / Por fin, se ofreció al martirio / en tiempos de Herodes / por el Hijo de Dios; / bendigamos al Señor...)

El hilo poético es netamente ambrosiano, aprovechado por el anónimo autor gallego, que esconde sus versos en dímetros yámbicos acatalécticos, con tetrastrofos de elegancia formal, con léxico sencillo y clásico, pero con las impregnaciones cristianas propias del tema. La poesía himnódica del XII, ocho siglos después de Ambrosio, se mueve fluctuante dentro de los criterios poéticos por él establecidos. La importancia de Ambrosio respecto al milenio siguiente,

---

[295] J. P. GILSON, *The Mozarabic Psalter,* Londres, 1905, págs. 208-210.
M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «Los Himnos en honor a Santiago» en *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 239.
M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «La Literatura Jacobea anterior al Codex Calixtinus» en *Compostelanum* X (1965).

[296] F. RICO *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2 (1969), pág. 24.

es tan intensa como lo fue la huella de Ennio al decidir escribir en hexámetros y no en saturnios[297].

En ninguna parte está tan bien recogida la leyenda del «Santiago matamoros», como en el apéndice del *Codex Calixtinus*:

«Vióse bajar del cielo por los aires
un prodigioso ejército: armas de oro,
blancos caballos, relucientes ropas,
jinetes custodios de la fe...
... los fieles dignos de ello, vieron
a Santiago el Mayor venir de jefe»[298].

Dado el contenido, se trata, como apuntan todos los críticos, de una de las más claras añadiduras españolas al Códice del *Miraculum* de un encendido hálito poético en especial en los primeros versos, en una rápida sucesión de pinceladas descriptivas, bien apreciables en el texto latino aunque no en la traducción castellana: «de caelo uisa est aere mira acies / cursus equis albis, arma aurea, candida vestis...»

También del siglo XII pero ya al margen del Códice Calixtino, son dos himnos a Santiago, con motivo del supuesto traslado de su cuerpo a España[299]; el poema «ad uesperas» y el poema «ad nocturnum». El primero narra la leyenda del traslado, según una supuesta carta del papa San León, citada en el Codex:

Nauis parata mittitur...
illis a Deo marium
corpus in ea ducitur
per maris longun spatium.
Post diem septem Iriae
portum intrantes gaudio
magno celesti curiae
laudes cantat tripudio.

Una nave equipada es enviada
a ellos por el Dios de los mares,
el cuerpo en ella es conducido
por el largo espacio del mar.
Tras el séptimo día de Iria,
al puerto entrando con gozo
con gran fiesta a la deidad
celeste entonan loas.

---

297 F. J. E. RABY, *A History of Christian Latin Poetry*, Oxford, 1953.

298 G. DREVES, edic. en *Analecta Hymnica Medii Aeui*, Leipzig, 1894, págs. 274-275 y 161-162.

299 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index*... núms. 936 y 1102.

El segundo poema parece más alado y sutil, como empujado por un movimiento rítmico más ligero y armonioso:

«Gaude, felix Hispania,
laetis exultans mentibus
tui ducis solemnia
dignis cantando laudibus.
Hic et ille magnificus
miles potens certamine
primum palma glorificus
Apostolorum agmine.

Alégrate, feliz España,
cantando con almas gozosas,
la fiesta de tu patrón,
entonando sublimes cantos.
Está aquí el magnífico
soldado valiente en la lucha
glorioso el primero por la palma
del martirio entre los Apóstoles»[300].

GELMÍREZ Y EL REGISTRUM O HISTORIA COMPOSTELANA

Diego Gelmírez cubre copiosamente la historia del primer medio siglo de la Galicia del XII, desde su sede compostelana que gobernó durante cuarenta años (1100-1140). Fue un hombre ambicioso y reunió en sus manos grandes cotas de poder, llegando a convertir a Compostela en una segunda Roma; consiguió el arzobispado para Santiago, el Cardenalato, el Primado de España frente a Toledo, así como el poder extraordinario de nombrar a ocho cardenales entre sus canónigos; extendió los dominios de su sede hasta El Bierzo, a donde acude a la inauguración de iglesias y conmemoraciones[301].

Es cierto que no estuvo solo. Enviaba a sus clérigos a Francia a completar su formación, y muy especialmente a Cluny; se rodeó de franceses y potenció a los cluniacenses; Alfonso VI, compañero de Gelmírez, durante la etapa de los estudios juveniles, seguía la misma política de prestigiar a Cluny. Y así tanto Alfonso VI, como Cluny cubrían y encumbraban a Gelmírez, formando una poderosa tríada omnipresente[302].

Gelmírez fue un gallego activo, ingenioso e inteligente, que ya ejercía de «gallego» hace ocho siglos y medio: amigo de Roma, con-

---

[300] Manuscritos: En Toledo (Biblioteca Capitular, 33-6); El Escorial (p. II.1).
J. VIELLIARD, *Guide du pélerin,* Mâcon 1938: es en realidad, una edición y traducción francesa del libro V del Codex Calixtinus, basado en la experiencia vivida por un peregrino de la zona de Poitiers, que hizo el camino de Santiago.

[301] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 912, Salamanca, 1959.

[302] P. A. GORDON, *Diego Gelmírez, First Archbishop of Compostela,* Washington 1949.

trolada por sus amigos los cluniacenses franceses (Urbano II, Calixto II), amigo de infancia y juventud de Alfonso VI, seguía su misma política profrancesa, pero alimentando el nacionalismo incipiente frente al reino de León: eso le daría prestigio y fuerza ante el pueblo; amigo y enemigo de Urraca, luchaba ya a favor de ella ya en su contra, según le convenía. Tuvo también al pueblo a favor y en contra, según soplasen los vientos: en cierta ocasión salvó el pellejo, correteando por los tejados, y otra vez, disfrazándose de pordiosero. Vivió tales aventuras que deseó escribir sus memorias, mas, dado que carecía de tiempo, encargó el asunto a sus secretarios franceses y alguno gallego. Así surgió el *Registrum* o anotación de los hechos memorables que acontecieron durante los cuarenta años de su arzobispado compostelano, al que hoy se prefiere denominar *Historia Compostelana*[303].

La *Historia Compostelana,* se divide en tres libros; el primero narra los orígenes de la sede de Compostela y sus primeros tiempos; en el segundo se expone la ascensión a sede metropolitana a iniciativa de Gelmírez y con el beneplácito de Roma y los hechos acaecidos a Gelmírez y a su sede hasta el año 1128; en el último libro los sucesos entre el 1128 y el año 1139, anterior al óbito de Gelmírez[304].

Trátase de una obra de varios autores, a las órdenes del arzobispo, por lo que éste, como cabe suponer, sale airoso de circunstancias adversas y a veces ímprobas. Dos de los autores son franceses, Hugo (más tarde obispo de Oporto), y Gerardo de Beauvais, excelente humanista de raigambres clásicas; y otros dos son gallegos, Nuño Alfonso y Pedro Gundesíndez; tal vez fuese esa la costumbre de escribir crónicas: recurrir a varios escritores a la vez; así se explicarían perfectamente ciertos aspectos de no pocas crónicas, que ofrecen varios estilos diferentes, sintaxis contrapuestas o variopintas léxicos en sus diversas partes. Mas lo que en otras crónicas es pura hipótesis, en la *Historia Compostelana* es hecho constatable: se elaboró a lo largo de los veinte últimos años de la vida de Gelmírez y los varios autores trabajaron sucesivamente o bien coincidiendo a veces en la cronología.

Estilísticamente es esta obra la mejor producción de la Literatura Latina del siglo XII español, y además, la segunda mejor obra de todas las producidas en España en ese siglo, tras el Poema del Cid[305] (téngase en cuenta que en este siglo se produce Literatura en lengua árabe, en lengua hebrea, en lengua latina y en lengua castellana, aun-

---

[303] CH. BISKO, artic. en *Studia Monastica,* VII (1965), págs. 305-356.
Edic. por E. FLÓREZ, *España Sagrada,* t. XX, Madrid, 1765.
Traduc. por M. SUÁREZ y J. CAMPELO, Santiago, 1950.
Traduc. por F. E. de TEJADA, *El Reino de Galicia,* 5, Vigo, 1966, págs. 58 y ss.

[304] J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina Medieval,* Barcelona, 1980, pág. 66.

[305] J. L. MORALEJO, *op. cit.* anterior, pág. 65; y cita la opinión de C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, en *Españoles ante la Historia.*

que en esta última de forma aún incipiente, además de en lengua gallega para la lírica).

Esta Historia parece romper los esquemas que hasta ahora poseía el género medieval de la crónica, que discurrían entre un árido estilo y una seca inspiración, herencia del modo de narrar de Isidoro, atento al mensaje y no al ropaje. Ahora surge un vuelco en la concepción, sin duda debido a la influencia francesa (francés es, en efecto, el mejor de los narradores de esta obra); y bastante francés debía ser el ambiente cultural compostelano por todo cuanto llevamos dicho, en aquella armónica mixtura de peregrinos francos, monjes cistercienses de origen francés, o gallegos de formación francesa, bien en Cluny o en cualquier bello rincón de la dulce Francia. Con esta obra la crónica de estirpe isidoriana ha muerto, y desde entonces se aspira a la elegancia, a una forma nítida, pulcra y a la vez clara de decir; impera por doquier una impregnación sutil cada vez más intensa, a medida que avanza el siglo XII, a través de todas las lenguas que recorren el camino de Santiago, desde juglarías provenzales, a cantigas gallegas, pasando por clerecías castellanas o himnos goliárdicos latinos. Y este hecho no podía menos que calar, como invisible e incontinente lluvia, en escritos no poéticos.

Los autores han vivido los hechos, conocen y estiman el motor de los mismos y participan con pasión de la historia que narran: ello la impregna de dramatismo y acción, plasmadas en énfasis e hipérboles, símiles y gradaciones múltiples, hasta confundirse en los límites de lo novelesco. Asoman, a veces, de la mano de Gerardo de Beauvais, típicas pinceladas salustianas, como sabios discursos, o retratos moralizantes sin que falten las hendíadis o las litotes. Y todo en un apacible discurrir armonioso, como un sosegado río de Galicia próximo al mar, el mar de los clásicos, que aquí se siente próximo y latente. Gerardo en efecto, recurre a la alusión mitológica, a algún verso de Horacio o Juvenal, y Salustio fluye de su pluma sin quererlo. Todo ello sin renunciar al detalle, y a veces a la minuciosidad detallista, como cuando se describe la revuelta popular en el Santiago de 1136 con ágiles pinceladas de inusitado y fulgurante brío:

> «Entonces los sublevados se dirigen a la entrada del palacio con hachas y hoces, espadas y toda clase de armas, empujan y aporrean la puerta tan violentamente que les brotaban ríos de sudor; pero no consiguen forzarla y braman y rechinan los dientes contra el venerable obispo, lo mismo que leones hambrientos, desde hace tiempo encerrados en sus jaulas y sujetos con cadenas de hierro, y al ver a otros animales braman por llenar sus bocas con sus carnes...»[306].

En esta narración hay imaginación, color, calor y vida. Algo totalmente nuevo estaba ya naciendo en el siglo XII; tan cerca y tan lejos que parece lo mismo.

---

[306] F. RICO *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2, Buenos Aires (1969), pág. 57.

Mosé Sefardí, judío de Huesca, había nacido por el año 1060 y a principios del XII se convirtió al Cristianismo; era entonces, a la sazón, médico del rey de Aragón Alfonso I el Batallador, de quien recibió el nombre cristiano tras el bautismo y quien expandió el reino con la conquista de Zaragoza y el valle del Ebro en su parte central, culminando un brillante reinado (1104-1139).

Hacia 1111 viajó a Inglaterra, en donde llegó a ser médico del rey Enrique I, hijo de Guillermo el Conquistador. Enrique I sube al trono usurpando los derechos de su hermano Roberto II, que estaba en una cruzada, y tras invadir Inglaterra a su retorno, fue derrotado por Enrique; para acallar la situación interna, emprende la aventura exterior de la conquista de Normandía, proclamándose en 1106 duque de Normandía. Cuando Pedro Alfonso llega a Inglaterra, estos hechos han pasado ya y el rey está en la cima del éxito, lo cual permite a Pedro Alfonso cierto bienestar, e incluso, la fama. Hacia 1115 escribe su tratado *Astronomia cum epistola praeuia ad philosophos,* a base de las notas que sobre el tema había llevado de España, tomadas de libros árabes: Pedro Alfonso había acompañado al rey Alfonso el Batallador en su expedición por el sur de España para captar mozárabes con los que poder repoblar el recién conquistado valle del Ebro. La *Astronomía* de Pedro Alfonso, como hoy es conocido su libro, contribuyó notablemente al despertar de esa ciencia en la Baja Edad Media inglesa, y en Inglaterra se conservan los dos únicos manuscritos existentes de esta obra[307]. Puede rastrearse en esta obra la influencia del *Liber Thesbith ben-Corath de imaginibus astronomicis,* que relaciona la astronomía con la geometría y la filosofía y del cual existe una treintena de manuscritos esparcidos por las Bibliotecas de la vieja Europa (en España hay un ejemplar)[308]. Dado que existen dos manuscritos de esta obra en Londres y cuatro en Oxford sería lógico admitir que Pedro Alfonso en su viaje a Inglaterra se llevó un ejemplar de esta obra, adquirida en la expedición con Alfonso el Batallador al sur español, de donde se copiarán los ejemplares hoy existentes en aquella isla[309]. Y probablemente se llevase también algún ejemplar del *Libro de los eclipses,* versión tolemaica realizada por los árabes del *Liber quatripartiti Ptholemei*[310],

---

[307] Uno en Oxford núm. 263, Corpus Christi College; otro en Londres, British Museum, colec. Arundel; ambos del XII, fecha en que allí vivió Pedro Alfonso.

J. MILLÁS VALLICROSA, edición en *Sefarad,* 3, págs. 97 y ss (1943).'

[308] En Burgo de Osma, núm. 131, Biblioteca Capitular. Véase L. THORNDIKE, artic. en *Mèlanges Auguste Pelzer,* Lovaina (1947), págs. 229-238.

[309] *Liber Thesbith ben-Corath de imaginibus astronomicis,* edic. Frankfurt, 1559.

Existen dos manuscritos en Londres y cuatro en Oxford, df. M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...,* núm. 976.

[310] H. SALIUS, *Liber quadripartii Ptholomei,* Venecia, 1943. Manuscrito Español, Madrid, Biblioteca Nacional, núm. 10012.

Manuscritos ingleses: uno en Londres, uno en Cambridge y tres en Oxford.

del que existen unos veinticinco manuscritos en Europa (uno en España y cinco en Inglaterra). Lo que sí resulta evidente es que los conocimientos astronómicos de Pedro Alfonso no pasan por Toledo, ya que la Escuela de Traductores comienza a funcionar después de su marcha a la Gran Bretaña.

Escribió también un opúsculo titulado *Diálogo contra los judíos,* hilvanando así con la vieja tradición antijudía, que se iría acrecentando lentamente a medida que se acercaba el final de la Edad Media; es posible que su viaje a Inglaterra obedeciese a las presiones de sus ex-compañeros de religión hebrea, que no pudieron asimilar el improperio áspero de un libro tan obcecado como éste[311].

Pero su obra más importante es, sin duda, la que se denomina *Disciplina Clericalis* escrita en España, donde logró gran difusión; también en Europa conoció el éxito ya que fue traducida a casi todas las lenguas cultas europeas, en el transcurso de los doscientos cincuenta años siguientes. Ya en pleno siglo XII circulaba una traducción francesa en verso de la *Disciplina Clericalis,* confundiéndose con las *fabliaux* francesas de la época de tendencia orientalizante. La obra del español Pedro Alfonso se convierte en el modelo del género para toda la literatura europea, a deducir por el número de manuscritos (unos cincuenta), el número de citas y derivaciones que de él hacen otros autores, como Jacques de Vitry y como Thomas de Cantimpré, por ejemplo; e igualmente el número de traducciones y adaptaciones es múltiple y variado en lengua vulgar. Se trata de cuentos orientalizantes a modo de fábulas, que Pedro Alfonso ha bebido de fuentes árabes, y que conocía por su conocimiento de las literaturas hebrea y árabe[312].

Esos cuentos están insertos en la trama del relato: un anciano presintiendo su fin próximo hace a sus hijos variopintas recomendaciones, que sirven de pretexto para otros tantos apólogos. Su latín es fácil y próximo a la lengua vulgar, lo cual contribuye a su fácil comprensión, amén de sus méritos personales. Los personajes están caracterizados con intensidad y nitidez: el campesino, el rey, el anciano, el filósofo; el estilo es diáfano y discurre sin sobresaltos, apaciblemente, en búsqueda de situaciones, a veces picantes, a veces embarazosas, en una sabia disposición de elementos que atrae en seguida al lector. Lo novedoso de las situaciones de estos cuentos con moraleja oriental culminó con el éxito total en Europa de este género, que hay que reconocer nacido en España a inicios del siglo XII de la mano de la *Disciplina Clericalis* del aragonés Pedro Alfonso[313]. Tal

---

[311] A. GALLAND, edic. en *Maxima Bibliotheca ueterum Patrum,* 21, Lyon, 1677, págs. 172-221.

[312] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index...* núm. 892.

J. L. MORALEJO, *Literat. Hispano-Latina Medieval,* Barcelona, 1980, pág. 69.

A. HILKA-W. SÖDERJEIM, *Petri Alfonsi Discipline Clericalis,* Heildelberg, 1911.

Existe en España un manuscrito de esta obra en Tarragona, Biblioteca Pública, núm. 55.

[313] M. HÉLIN, *Littérature Latine au Moyen Age,* París, 1972, pág. 112.

éxito continuaría en Castilla en la literatura de los *exempla,* con finalidad moralizante; en autores concretos perdura la huella del *Disciplina Clericalis:* Boccaccio, Juan Manuel, Arcipreste de Hita, Chaucer, Cervantes, Quevedo, además de los cultivadores de *fabliaux* en Francia, como Juan de Seille, autor de *De rege et septem sapientibus,* obra más conocida con el nombre de *Dolopathos* (por el nombre del personaje principal)[314].

Pese a la impronta de la influencia oriental, surgen levemente en la *Disciplina Clericalis* ligeras reminiscencias clásicas, como Sócrates en el tonel de Diógenes, o las figuras de Platón y Aristóteles, muy conocidas en los textos árabes que Pedro Alfonso manejó, y en no menor grado la figura de Alejandro Magno, personaje popular en los pueblos árabes, debido a sus conquistas de territorios, ocupados por los árabes tras la Hégira. Pero estas reminiscencias clásicas le llegan, no directamente, sino a través de los árabes. La importancia de Pedro Alfonso está pues, en haber transplantado a la lengua latina un cúmulo de cuentos y apólogos orientales, dentro de un tramado y una acción casi novelescas en forma de relato. Dado que él mismo indica sus fuentes: «partim ex prouerbiis philosophorum et suis castigationibus, partim ex prouerbiis Arabicis et fabulis et uersibus»[315], no cabe realizar otras divagaciones. El material acumulado en el *Disciplina Clericalis* es el fruto de las lecturas de este médico de talento inquieto y de ingenio sutil, a caballo entre los siglos XI y XII.

El hombre Pedro Alfonso se nos presenta como una gran figura. En Inglaterra creó escuela científica, basada en sus cualidades de observación y experiencia, propias del médico y el astrónomo que era; a esas cualidades «observación y experiencia» debe mucho el pueblo inglés, por su apetencia al cientificismo ya en el eclipse de la Edad Media, ya con el empirismo que allí surgió en los albores de la Europa Moderna. Discípulos de Pedro Alfonso fueron en Inglaterra Walcher de Malvern, autor de un tratado *De Dragone,* donde describe un método para calcular la posición del sol y de la luna para poder así prever los eclipses. Y también fue discípulo suyo Adelardo de Bath, autor de un diálogo al estilo de Boecio titulado *De eodem et diuerso,* donde postula la superioridad de las artes liberales sobre las pasiones terrenas (dinero, poder, placer) y en el que se mofa de los aprendices a políticos, que dicen que nos gobiernan. Este discípulo de Pedro Alfonso escribió también *Quaestiones Naturales,* donde revela amplia cultura clásica, e incluso tradujo del árabe los *Elementa* de Euclides; Adelardo de Bath acabaría siendo profesor en Laon, después de haber pasado por la escuela de Tours[316].

---

[314] M. HÉLIN, idem anterior, pág. 113.

S. BODELÓN, «Un maestro español en la Inglaterra del siglo XII», AQUIANA, núm. 711 (1987).

[315] F. RICO *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2, Buenos Aires (1969), págs. 16-17.

[316] L. ALFONSI, *La Letteratura Latina Medievale,* Pavía, 1972, pág. 149.

Pedro Alfonso ironiza en aquellos primeros decenios del siglo XII, en los que triunfa la expansión de Cluny, sobre «los Peripatéticos de nuestra Santa Madre Iglesia y cuantos se han nutrido de la filosofía y ejercitado en Francia en el estudio», insinuando que olvidan la observación y la experiencia: en eso se basaba en España la ciencia árabe: él la había bebido para enseñar a Europa.

Su ansia de aprender tenía sólo parangón con el entusiasmo en el enseñar: «¡No hagamos como aquella cabra que entró a una viña a aplacar el hambre, pero en vez de aprovecharse de los frutos maduros, sólo se llenó de hojas verdes! El estudio de la astronomía no debe espantar, porque no es difícil y no es contrario a la religión como algunos pretenden»[317]. He aquí uno de los más hermosos elogios en honor a una ciencia, de cuantos hayan sido escritos por autores hispanos. «Lo que ocurre es que resulta arduo vencer el amor propio para hacerse aprendices de una ciencia nueva, cuando ya somos maestros reconocidos en otra», concluye Pedro Alfonso.

SAN MARTÍN DE LEÓN (siglo XIII)

En León, y como consecuencia del traslado de los restos de Isidoro a dicha ciudad, se renuevan con entusiasmo los estudios isidorianos en torno al Monasterio de San Isidoro fundado por Alfonso VII. La gran figura impulsora de los estudios isidorianos del momento es San Martín de León, que escribe durante los dos últimos decenios del siglo XII, en San Isidoro de León, donde aún se conservan los manuscritos de sus obras. Por esta época se llevó a cabo la llamada *Abreviato Braulii,* ampliación de la *Renovatio*[318].

La biografía de San Martín de León la conocemos, por Lucas de Tuy, compañero suyo en el claustro del monasterio de San Isidoro de León; Lucas de Tuy inserta una breve vida de Martín al final de su *Liber Miraculorum Sancti Isidori Hispalensis*[319]. Lucas de Tuy escribe con admiración de su compañero, así como con el lujo de detalles y el colorido propios de quien fue parte activa, de algún modo, de los mismos. Se educó Martín y pasó su primera juventud en San Marcelo, monasterio de la ciudad de León, donde seguramente nació de noble estirpe. Nos habla extensamente su biógrafo de sus viajes en peregrinación: San Salvador de Oviedo, a Compostela, a Roma, y de aquí a Jerusalén, donde se detuvo dos años. Al regreso estancias breves en Antioquía, Constantinopla, París, Canterbury, Tolosa, Bèziers. Hacia 1180 regresa de nuevo a León, la ciudad que le había visto nacer unos cuarenta y tantos años antes —no es posible precisar la fecha con exactitud—[320].

---

317 L. ALFONSI, *op. cit.*, pág. 149.

318 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, pág. 187.

319 MIGNE, PL. 208, 9-24, cap. 52-75.

320 J. ROBLES, *Vida de S. Martín en el Libro de los Milagros de S. Isidoro de Lucas de Tuy,* Salamanca, 1525.

Los veinticinco últimos años de su vida transcurren de nuevo en León, primero en San Marcelo como en los días de su infancia y primera juventud, en San Isidoro después. Allí escribió su obra y disfrutó de la protección y admiración de Alfonso IX de León y de la reina Doña Berenguela, que protegen e impulsan su obra literaria escrita, al parecer, ya en medio de las penurias de la senectud, hasta que su vida se extingue por el 1203.

La *editio princeps* no se realizó hasta muy tarde, y ello gracias al empeño del leonés Lorenzana, a la sazón arzobispo de Toledo, quien publicó las *Obras* de Martín de León hace justamente dos siglos[321], en cuatro tomos. La obra de Martín encajaría muy bien en el título de *Sermones,* ya que es a este género al que recurre en especial manera, con más de cincuenta títulos; siguen luego algunas *Explanationes* o comentarios exegéticos. Bajo el nombre de *Sermones* se esconden en múltiples ocasiones breves tratados antijudíos, muy al uso de la época —también en el siglo XII escribió un *Tratado contra los judíos* el judío Pedro Alfonso, tras su conversión al cristianismo—. Díaz piensa que Martín adopta este género para mejor ocultar su carácter antijudío[322]. No creo que Martín intentase ocultar nada: sencillamente había muchos judíos en el León del siglo XII, como era lo habitual en la Hispania medieval, y ciertos sectores del clero veían en ellos un peligro, y por ende se les atacaba y a veces no sólo con tratados escriturísticos.

Sus escritos son un repertorio de citas, a modo de compilación de sentencias, muy del gusto de la época; en su estancia en Italia, Francia, Constantinopla, Canterbury, tendría ocasión de ver varias compilaciones que circulaban por toda Europa al amparo de la universalidad de la lengua latina. Cada uno de sus *Sermones* es un difuso mosaico de frases abigarradas citadas directamente, normalmente sin indicar la fuente, aunque a veces indica el autor de dónde bebe. Por orden de preferencia entre sus autores favoritos están: en primer lugar, Isidoro, de modo que se ha podido decir que «Martín de León es la culminación de la devoción isidoriana y llena toda su acción de la doctrina y el recuerdo del Hispalense»[323]. Martín conoce con detalle la obra de Isidoro con excepción de la *Régula,* el *Liber Numerorum* y el *De Haeresibus,* aunque verdaderamente los que más influyeron en él y los que más copia son el *Aduersus Iudaeos,* y las *Sententiae,* como estima Viñayo en su importante libro sobre Martín[324].

Tras Isidoro, en segundo lugar, sigue en importancia la influencia de Pedro Lombardo, obispo de París, de origen italiano, muerto en 1164, quince años antes de empezar a escribir Martín; en París

---

321 F. A. LORENZANA *Obras de San Martín de León,* Segovia, 1786.

322 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *op. cit.* 195 y 196.

323 Ibidem anterior.

324 A. VIÑAYO, *S. Martín de León y su Apología Antijudía,* Madrid 1948, pág. 202 y ss.

conoció Martín discípulos de Pedro Lombardo; y probablemente, sus *Sentencias*; recordaremos que Pedro Lombardo era denominado «magister sententiarum» y que el pueblo le llamaba el «obispo Abelardo», por su mal disimulada admiración hacia Abelardo, el célebre amante de Eloísa, cuya pasión encandiló a la juventud de París de hace ochocientos años. Su obra *Libri quattuor Sententiarum* estaba muy de moda en la segunda parte del siglo XII, por estas circunstancias que ornaban su personalidad. Y Martín lo cita y explota con inaudita profusión.

En tercer lugar, hay que rastrear a la hora de influencias, la huella de Gregorio Magno y sus *Moralia,* obra de gran tradición en influencia en la Patrística hispana, ya desde los tiempos visigóticos: baste recordar que Tajón realizó un viaje a Roma desde Zaragoza en el siglo VII, solamente para buscar y traer manuscritos de Gregorio por quien sentía eufórica admiración; admiración que continuaba quinientos años más tarde entre escritores sacros hispanos.

En cuarto lugar sigue en influencias la impronta del monje Graciano, maestro en Bolonia, donde funda el Derecho canónico y escribe por el 1142 un opúsculo con el título de *Decretum,* maravillosa síntesis de las más diversas tradiciones culturales; probablemente Martín conoció a Graciano a su regreso de Jerusalén y Constantinopla, al cruzar Italia hacia París y Canterbury, dado su interés por la cuestión teológica; al menos, oyó hablar de él y leyó su obra; pero conocido el interés de Martín por conocer los lugares santos, y a la vez, los centros culturales, no podría dejar de lado la Universidad de Bolonia, como más tarde la de París[325].

Sigue en quinto lugar en la obra de Martín de León el vestigio de Fulgencio de Ruspe, polifacético escritor del siglo V, obispo en Ruspe, ciudad del norte de Africa; Martín conoce, imita y transcribe de él su *De Fide ad Petrum* sin que parezca conocer ninguna de sus otras muchas obras, algunas de temática profana sumamente interesante[326].

Se debe citar también a Beda el Venerable entre los escritores que influyeron notablemente en Martín de León ya que a él parece deberle su gusto por la prosa musical y por las cadencias rítmicas; en su viaje a Inglaterra debió conocer en Canterbury el *De metrica arte,* así como el *De schematibus et tropis* y quizá otras obras del maestro anglosajón, a quien a veces Martín cita por su nombre. A esta huella anglosajona por lo musical, por el ritmo y por el cursus, habría que añadir, por supuesto, la influencia goliárdica que Martín habría visto por los caminos, castillos y palacios de Europa, amén de los trovadores y peregrinos que transitaban por León de camino hacia Compostela. En menor medida influyeron también en su obra Agustín, Cipriano y Beato de Liébana, del que abundan copias en el siglo XII.

---

[325] L. ALFONSI, *La Letteratura Latina Medievale,* Florencia, 1972, pág. 140.
[326] Ibidem anterior, pág. 22-23.

El latín de Martín de León es elegante, con frases pulidas y a veces brillantes, discurriendo a lo largo de una prosa muy mesurada en las secuencias musicales, con adecuadas combinaciones del cursus planus, del *corpus tardus,* del *velox* y del *trispondaicus,* como sabiamente ha estudiado Viñayo[327]. Ello demuestra que estamos ante un escritor de gran altura literaria, además de una personalidad de gran nivel cultural; rehuye tanto el léxico vulgar, como la sintaxis escabrosa y su búsqueda por las formas perfectas le coloca entre lo más selecto de los estilos latinos de la prosa de la Edad Media española. Lástima que su temática se haya quedado exclusivamente en una órbita religiosa, a mitad de camino entre la teología canonística y la filosofía escolástica, rozando a veces la exégesis. Y si es cierto que cita a algún clásico, como Virgilio, no parece haberle leído, sino que lo toma directamente de citas de Isidoro. Pese a ello, el latín que usa resplandece por su brillo poético y por su color cadencioso, con el cultivo incluso de asonancias, aliteraciones, hendíadis y braquilogias, de las que no está ajena la huella francesa. San Bernardo por ejemplo, se recrea en el paralelismo y la asonancia[328].

CHRONICA ADEFONSI IMPERATORIS Y «POEMA DE ALMERÍA» (siglo XII)

En 1147 tuvo lugar la expedición a Almería por parte de las huestes de Alfonso VII el Emperador. Poco después debió de ser escrita la *Chronica,* que narra su reinado (1126-1157), deteniéndose justamente en el año 1147; cuando su autor nos ha prometido contarnos el ataque a la ciudad, de pronto se interrumpe la narración y se inicia un hermoso poema en hexámetros, de gran aliento poético, impregnado de figuras estilísticas perfectamente calculadas. El cambio de prosa a verso parece deberse a que el autor quiere evitar la monotonía y aburrimiento del lector: «ad renouandum uariatione carminis taedium»[329].

El autor de la *Crónica* parece ser un clérigo que escribe sin especial relieve literario, en un latín ni lúcido, ni excesivamente cuidado, y ni su sintaxis, ni su léxico revelan desmesurados talentos de escritor y ni siquiera medianos. Por otra parte lo reducido del período cronológico que describe, unos treinta años, habrían convertido esta *Crónica* en un relato para el olvido, si no fuera por el hecho específico de contener el llamado *Poema de Almería.* Se cree que el autor de la Crónica es el obispo de Astorga Arnaldo; pero,

---

327 A. VIÑAYO, *op. cit.* pág. 198.

328 M. HÉLIN, *La Littérature Latine au Moyen Age,* París, 1972, pág. 103.

329 L. SÁNCHEZ BELDA, *Chronica Adefonsi Imperatoris,* Madrid, 1950, págs. 3-163.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «Chronica Adefonsi Imperatoris», en *Archivos leoneses,* 5, (1950).

puesto que Arnaldo es nombre catalán, no falta quien lo identifique con Arnaldo de Ripoll, de quien se conoce una carta fechada en 1173[330]. Sea como fuere, lo que es, a todas luces, evidente es que en el *Poema de Almería,* tenemos la mejor obra poética de la épica latina medieval española. Sus casi cuatrocientos versos ocupan la parte última de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* y lo conservamos sin finalizar: el último hexámetro consta sólo de tres palabras y desconocemos cuál sería la extensión original. Se trata de un catálogo de las huestes cristianas a semejanza de los «catálogos» de la épica clásica, poco antes de pasar a describir un combate; se intuye en ello por supuesto, la dependencia por parte del autor, de la épica clásica; además pueden vislumbrarse claras influencias virgilianas, en especial en el léxico y ciertas construcciones, como luego veremos[331].

Se ha hablado de la existencia, más que probable, de una épica latina hispana en la Edad Media, de la cual el *Poema de Almería* sería como la única barquilla salvada de un naufragio, junto con el *Carmen Campidoctoris.* Esta semilla latina habría sido suficiente para que germinase la idea en la épica naciente de la lengua romance, así como en las crónicas latinas, que por ser más numerosas, nos habrían llegado en mucho mayor número que los escuálidos vestigios de la épica latina[332].

El estilo dista mucho de cuantos se escribieron por aquellos tiempos e incluso en los anteriores. Sin ser unos hexámetros perfectos, y a pesar de cultivar una sintaxis simplista, casi paratáctica, reduciendo la subordinación a un uso prolífico del participio, así como alguna oración casual y otras de relativo, su estilo es brillante. El autor poseía amplia formación retórico-literaria; usa, abusa y disfruta ampliamente de la aliteración y de la anáfora y en menor grado del paralelismo y de la onomatopeya; siente gusto por el arcaísmo poetizante, por la hendíadis y la litote. Se desliza por el mundo poético de símiles, hipérboles y gradaciones, cultiva el oxímoron y la braquilogia y no descuida el epíteto de halo poético y colorista ni las pinceladas descriptivas efectistas.

He aquí algunos ejemplos que me apresuro a verter al romance, conservando, en lo posible, los valores estéticos latinos:

> «Rey piadoso, rey *fuerte,* a quien la *suerte* sigue más allá de la *muerte*/ danos la *paz* y una lengua *locuaz* / para cantar de modo *rutilante* tu gesta *brillante* / y las guerras y la *hazaña* de varones de *fama*/» (V. 1-4).

---

330 A. HAMEL, «Arnaldi Riuipullensis epistolam ad Raimundum abbatem», en *Homenatge a Antoni Rubió i Lluch,* Barcelona, 1936, págs. 147-148.

331 J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano Latina Medieval,* Barcelona, 1980, página 75.

332 H. SALVADOR MARTÍNEZ, *El «Poema de Almería» y la épica románica,* Madrid, 1975, págs. 22 y ss.

En estos versos iniciales del poema el tema clásico de invocación a la Musa está sustituido por una invocación al Rey («rex pie, rex fortis»): nótese la anáfora, obsérvese el epíteto «pie» que se repite insistentemente a lo largo del Poema: pia dona / pia María / pius ardor / pie rex/. He conservado en castellano la rima interna, que es en el texto latino nota característica a lo largo de todo el Poema. Nótese la hipérbole «más allá de la muerte». Obsérvese la influencia del latín litúrgico de la himnodia medieval: «danos la paz / da nobis pacem». El gusto por ciertos epítetos de arcaico sabor poético es otra constante a lo largo del Poema: «inclyta», que no ha sido recogido en mi versión: «inclyta bella / inclytus comes / inclyta corona / inclytus ensis» /. Tanto en el caso de «inclyta» como de «pius» se trata de una evocación virgiliana, más explícita aún, en otros formulismos poéticos como los siguientes: «agmine facto» (v. 354), «est via longa» (v. 365) («longa via est» en Virgilio), «sic fantur» (v. 340) («sic fatur» Virgilio) «mille rates» (v. 251), evocación de las mil naves de los griegos ante Troya, «fulua iuentus» el mito de la juventud dorada.

Permítaseme citar algún verso en latín, pues no tendría idéntico fulgor en castellano:

Hic pulcris pulcros armis armauit ephebos (v. 262).
(Entonces equipó a los hermosos efebos con hermosas armas).
Plus gaudent bello quam gaudet amicus amico (v. 265)
(Se alegran más con la guerra que el amigo con el amigo).
Auro pro paruo gladiis moriemur in aruo
et plaudent aliis uxores nempe maritis
et nati flebunt, alii cum tecta tenebunt
et carnes nostras uolucres celi lacerabunt (v. 370-373).
(Por poco oro moriremos en el campo a puñaladas
y nuestras esposas servirán a otros maridos,
y los hijos llorarán, cuando otros ocupen nuestras moradas,
y los pájaros del cielo lacerarán nuestras carnes).

Nótese la anástrofe inicial, la simetría estudiada de dos palabras de casi idéntica grafía en los extremos del verso 370, la polisíndeton que hilvana entre sí los tres últimos versos, lo selecto del léxico al elegir «uolucres / nati / aruo», frente a un léxico más descuidado que habrían sido, dejando a un lado la métrica: passer/filius /ager. Obsérvese la aliteración en «tecta tenebunt» del v. 372, o en «uolucres celi lacerabunt» del v. 373. Y reséñese la anáfora: «aliis... alii» del segundo y tercer versos. Por otro lado el colorido descriptivo ofrecido nos evoca con creces lo emotivo de la situación descrita, ante el recuerdo de la esposa y los hijos por un lado y lo inexorable de la proximidad de una muerte oscura por otra parte.

El autor es un maestro en el manejo del símil. «Illorum castra fulgent celi uelut astra» (v. 140) (Sus campamentos refulgen como astros del cielo). «Illorum lingua resonat quasi tympanotriba» (v. 149). (Su lengua resuena como un tambor que resuena). «Inter con-

sortes micat hic quasi stella cohortes» (v. 273) (Entre sus compañeros éste resplandece como un astro).

Hay versos lapidarios, sumamente descriptivos, con carga poética concentrada como un chorro de luz:

«Aluare, te plorant, iuuenes lacrimisque decorant» (Álvaro, te lloran los jóvenes y con sus lágrimas te hermosean) (v. 241).

«Regibus haud dispar, sed et haste turbini compar» (v. 294).

(Era semejante a los reyes, pero similar a la pirueta de una jabalina), nótese la lítote inicial.

«Armis pollebat, menten sapientis habebat» (v. 324).

(Valía mucho en las armas, poseía la mente de un sabio).

«Gens fera, gens fortis, metuens non pocula mortis» (v. 175).

(Eran gente valiente, gente bravía, sin temer los tragos de la muerte.) Nótese la onomatopeya y la aliteración[333]. Pero sólo pretendo algún botón de muestra del alto nivel alcanzado en la lengua latina en España, aunque las muestras no abunden tanto como en Europa en esta época.

Llama la atención la gran abundancia de monosílabos que el autor emplea; a veces se acumulan a cuatro por hexámetro, como en el pasaje de nueve versos entre el 55 y el 63; si los clásicos rehuyen más bien los monosílabos, aquí se pretende con ellos un resultado efectista: las trompetas han resonado por todas las cumbres convocando a la guerra, y siguen unos versos de gran rapidez de imperioso movimiento, como si de prisa se aprestasen a la guerra por doquier. Ediciones y otra Bibliografía[334].

GESTA RODERICI (siglo XIII)

Las Crónicas anteriores al siglo XII se limitan a narrar hechos en torno a las figuras de los reyes. En el siglo XII surge una gran novedad, reflejo del espíritu de una nueva época, donde el individuo comienza a jugar un importante papel. Tal es el caso de la *Gesta Roderici,* una historia del Cid en prosa latina, treinta años anterior al Poema castellano. Existió también en versos latinos un *Carmen Campidoctoris,* de 126 versos, faltando unas once estrofas raspadas

---

333 J. GIL, *Carmen de expugnatione Almariae urbis,* edic. en HABIS, 1974, págs. 45-64.

334 P. SANDOVAL, *Historia de los Reyes de Castilla y León,* Pamplona, 1634 (incluye edición), págs. 189 y ss.

BERGANZA, *Antigüedades de España,* t. II, Madrid 1721 (incluye edición), págs. 590 y ss.

E. FLÓREZ, *España Sagrada,* t. XXI, Madrid 1764 (incluye edición), págs. 320 y ss.

A. HUICI, *Las Crónicas Latinas de la Reconquista,* t. II, Valencia 1913 (edición), págs. 171 y ss.

C. RODRÍGUEZ NICETO, *Chronica Adefonsi Imperatoris,* en «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», XIII, (1931), págs. 140-175.

F. RICO, *Las letras latinas en el siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2, Buenos Aires (1969), págs. 68 y ss.

en el manuscrito, es decir unos 44 versos; tal *Carmen Campidoctoris* es unos veinte años anterior a la *Gesta Roderici* y por lo tanto medio siglo anterior al Poema castellano. Ambos escritos cidianos latinos han sido editados por Menéndez Pidal[335].

La *Gesta Roderici* parece escrita entre la muerte del Cid, ocurrida en 1099 y el 1110, fecha de la caída de Zaragoza en poder de los almorávides, pues el autor que siempre nos informa de todo lo que ocurre con el reino de los Beni Hud de Zaragoza, nada nos dice del fin de la dinastía Beni Hud en Zaragoza; es más, incluso nos narra la Gesta que, gracias al esfuerzo del Cid, Lérida y Zaragoza, no han caído en poder de los almorávides[336].

El autor conoce muy bien el reino moro de Zaragoza, el de Lérida, así como Valencia y el condado de Barcelona, mientras desconoce totalmente Castilla, datos que también concurren en el autor del *Carmen Campidoctoris.* De ello se deduce, como opina Menéndez Pidal, que la autoría tanto de una obra como de la otra, hay que buscarla en escritores al este de Zaragoza. Díaz sospecha que el autor era quizá un clérigo zaragozano para la *Gesta Roderici*[337]. Mejor sería un autor catalán, vinculado de algún modo a Ripoll, gran foco cultural del momento, con una nutrida prosa latina y una poesía no sólo floreciente, sino incluso esplendorosa, en lengua latina, como nos muestra Nicolau d'Olwer en brillante trabajo[338]. Difícil precisar el autor del *Carmen Campidoctoris,* si fue escrito en Ripoll, como creo, o por alguien vinculado a Ripoll, dado que de los más de ochenta textos latinos, con más de dos mil versos citados por Nicolau D'Olwer, la mayoría son anónimos —el «ora et labora» no fomentaba el individualismo, sino más bien el anonimato—. Difícil también, por idénticas razones, sería el precisar el autor catalán, vinculado a Ripoll, de la *Gesta Roderici.* Se inicia la ruptura del anonimato y un incipiente triunfo del individualismo, por el hecho de cantar a un héroe, no ya a un rey: y este hecho que ocurre en Cataluña, sucede también en Galicia con la *Historia compostelana,* cuyo héroe, y a la vez promotor, es el arzobispo Gelmírez[339].

Aunque sean catalanes, vinculadas a Ripoll, las dos creaciones latinas conocidas sobre el Cid, no parece haber entre ellas mutuas influencias, pues, aunque están de acuerdo en lo fundamental, difieren en los detalles, discrepan en el lenguaje y disienten en la concepción del conjunto de la obra como creación artística. La *Gesta Roderici* es, sencillamente, de pobre estilo, sin descender nunca a los

---

335 . R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid,* t. II, Madrid, 1969, págs. 921-971 y 882-886.

336 Idem anterior pág. 919.

337 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 883, Salamanca, 1959.

338 L. NICOLAU D'OLWER, L'Escola poética de Ripoll en els segles X-XIII, *Anuari de l'institut d'estudis catalans,* MCMXV-XIX, págs. 3-84.

339 P. A. GORDON, *Diego Gelmírez first archbishop of Compostela,* Washington, 1949.

detalles de la realidad concreta y sin capacidad para la idealización, apegada a los vulgarismos y sin concesiones hacia una figura retórica o a una connotación expresiva. Algo totalmente ajeno al latín del *Carmen Campidoctoris,* de donde se concluye la necesidad de autores diferentes, dejando a un lado los veinticinco o treinta años que les separan, que no constituiría una cronología insalvable.

Tiene en común con la *Historia compostelana* nuestra *Gesta Roderici* el hecho de que sus autores han conocido y tratado personalmente a los héroes, así como el hecho de que en ambos casos se trata de relatos mucho más extensos que las crónicas de los siglos anteriores; y, en ambos casos, se recurre a documentos de la época y no ya a una amalgama zurcida de varias crónicas anteriores; y también la *Historia compostelana* lleva, cómo la *Gesta Roderici,* una introducción similar sobre la genealogía del personaje central. Esta coincidencia puede deberse muy bien a la influencia francesa que se deja sentir tanto en Ripoll como en Compostela: en Ripoll como continuación lógica desde los tiempos de la Marca Hispánica, que nunca cortó sus vínculos con Francia, amén de la proximidad geográfica; en Compostela, porque Gelmírez gustó de rodearse de franceses y enviaba a Cluny, y a otros puntos de Francia, a sus clérigos jóvenes para completar su formación, e incluso uno de los redactores, sin duda el más culto, era el francés Gerardo de Beauvais. Es la única forma posible para explicar tantas coincidencias entre los dos extremos del norte de la Península.

En la *Gesta Roderici* se narran hechos históricos fuera de toda duda, como ha demostrado Menéndez Pidal contra el parecer de Dozy quien postulaba que esta obra contenía «tradiciones confusas y hasta falsas»[340]. Mas no es éste el lugar para entrar en tal disputa, que por lo demás, parece resuelta. La obra surgió de tres fragmentos de épocas distintas, en las que el autor había conocido al Cid: en Zaragoza (1082-1084), en Zaragoza (1089-1092), y en Valencia (1097-1098); entre 1105 y 1110 él habría unido esos tres fragmentos y rellenado las lagunas intermedias, resultando la *Gesta Roderici.* Esta explicación de Menéndez Pidal parece la interpretación óptima de lo acontecido[341]; sólo añadiríamos que tal hecho ocurrió en Ripoll.

Respecto al contenido la *Gesta Roderici* desarrolla los siguientes puntos de la vida del héroe a lo largo de cincuenta páginas en la edición de Menéndez Pidal. Una introducción, con exordio, genealogía, educación y primeras hazañas, boda con Jimena. Sigue el primer fragmento con la embajada del Cid a Sevilla, la prisión de García Ordóñez, el regreso del Cid a Castilla y el destierro a Zaragoza, invasión del reino de Lérida por el Cid, el socorro de Almenar, la prisión de Berenguer de Barcelona, y la traición de Rueda del Ebro. A continuación el Cid regresa a Castilla, reconciliación del Cid, ex-

[340] R. MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.* pág. 911.
[341] Idem anterior, pág. 917.

pedición del Cid contra Morella, derrota de Sancho Ramírez. Comienza el fragmento más largo e importante con la expedición y toma de Albarracín, la conquista de Valencia, la sumisión de Murviedro y el sitio de Aledo, la cólera del rey de Castilla y la prisión de Jimena; siguen los cuatro juramentos del Cid, la coalición de Berenguer contra el Cid, la carta del conde catalán al héroe castellano y la respuesta de éste, la prisión de Berenguer tras su derrota, el Cid contra el rey moro de Zaragoza y posterior pacto con él, alianza del Cid con el rey de Aragón, asedio y capitulación de Valencia y batalla de Cuarte. El último fragmento de la *Gesta Roderici* narra la batalla de Bairén, la conquista de Almenara, el sitio de Murviedro y su ocupación, muerte del Cid en Valencia, traslado y sepultura en Cardeña.

CRÓNICA SEMINENSE LLAMADA SILENSE (siglo XII)

Parece escrita entre 1115 y 1120 en un lugar sobre el que los críticos no acaban de ponerse de acuerdo; el nombre de «silense» se ha atribuido en una dificilísima interpretación de la palabra «seminis», que Díaz postula que debe leerse más bien «San Ioanis»[342], refiriéndose al monasterio de San Juan de León; también Menéndez Pidal, postula León, pero aludiendo al Monasterio de San Isidoro. Más extraña parece la atribución a San Juan de Corias, como opina Ubieto, quien pretende endosar la llamada Crónica Silense nada menos que a Pelayo de Oviedo; ello sería una contradicción evidente, pues Pelayo inserta la Crónica de Sampiro en su *Corpus Pelagianum* y la llamada *Crónica Silense* también inserta la *Crónica de Sampiro;* pero son estilos diferentes y contrapuestos e incluso interpretaciones a veces opuestas de los hechos, sencillamente porque Pelayo tergiversa la Historia, silencia lo que no le interesa y cambia lo que le conviene con pretensiones falsarias. Sería irónico pretender que Pelayo hubiese escrito la llamada *Silense,* con lo que habría escrito dos versiones muy contrapuestas de una misma crónica, la de Sampiro[343].

El autor quería escribir una historia desde los inicios del mundo hasta el fin del reinado de Alfonso VI el conquistador de Toledo, pero la narración queda interrumpida en el 1065. Posee un espíritu polémico, antifranco, irritado sin duda por las prebendas de que disfrutan los protegidos de Cluny[344], por lo cual se supone que el autor debía ser un clérigo, que escribía desde algún monasterio leonés, no necesariamente de la capital del reino, pero sí ubicado en el camino

---

[342] M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Hispanorum,* núm. 888, Salamanca, 1959.

[343] J. PÉREZ DE URBEL, *Sampiro y la Monarquía leonesa en el siglo X,* Madrid, 1952, págs. 275 y ss.

[344] J. L. MORALEJO, *Literatura Hispano-Latina,* Barcelona, 1980, pág. 65.

de Santiago, de donde su espíritu antifranco (difícil sería de explicar el carácter leonesista y antifranco de la Crónica en San Juan de Corias, junto a Cangas de Narcea, por donde muy pocos francos debían pasar, e incluso en Silos; pero muy fácil sería explicar tal postura del erudito autor, si éste habitase en Sahagún). Por todo lo anterior Menéndez Pidal así como Rico, prefieren llamar a esta Crónica, *Crónica Seminense,* por el término que dio origen a toda discusión: *seminis*[345]. De un análisis interno se deduce que nada en esta Crónica evoca a Silos, que no existen resquicios de castellanismo en ella, y que rezuma por doquier leonesismo; parece claro que no se escribió en Castilla, sino en el reino de León y sería igualmente aventurado sostener que se escribió en la regia ciudad de León; la hipótesis asturiana de Ubieto parece ser aún más descabellada que Silos, pues, ¿por qué iba Pelayo a escribir dos versiones opuestas de la misma *Crónica de Sampiro,* incorporada como es sabido, en la llamada Silense o Seminense?

El monje autor de la Seminense es un letrado muy erudito; su *Crónica* resulta ser una de las más doctas y elaboradas de cuantas hasta la fecha se habían escrito dentro de ese género; no es un perfecto latín clásico, pero sí un digno émulo de Salustio, cuyas connotaciones estílistas salpican primorosamente con fresca soltura a lo largo y ancho de la *Crónica Seminense;* en el léxico, en las construcciones sintácticas, en el sabor de los juegos estilísticos el recuerdo de Salustio está presente, e incluso en múltiples secuencias hilvanadas a base de antítesis, paralelismos, lítotes y hendíadis premeditadas con sumo detalle. Algún ejemplo ilustrará mejor la presente circunstancia.

«Scriptores defuere et Yspanorum gesta silentio preteriere» (pág. 1, Santos Coco).

(Los escritores escasearon y las hazañas de los Hispanos pasaron en silencio).

Se trata de un trasunto del capítulo VIII de la *Conjuración de Catilina,* donde se sostiene que la hazañas de los Atenienses son celebradas como muy importantes porque han tenido escritores notables; incluso, como Salustio, utiliza arcaísmos: «defuere... preteriere»[346].

Evocación salustiana es también el siguiente pasaje: «...illi... inter cetera animalia... uultus ad inhiandum celestibus generose dederat... curui pronique...» (2-3 Santos Coco).

«... Entre los demás animales les había dado generosamente un rostro para contemplar el cielo, mas ellos encorvados y vueltos hacia el suelo...». Trátase de un no descuidado reflejo literario de las

---

[345] F. Rico, *Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla,* ÁBACO 2 (1969), pág. 77.

[346] M. C. Díaz y Díaz, *Salustio, la Conjuración de Catilina,* cap. VIII, Madrid, 1966, pág. 13 «sed quia prouenere ibi scriptorum magna ingenia, per terrarum orbem Atheniensium facta pro maxumis celebrantur».

líneas iniciales de la *Conjuración de Catilina*: «Conviene que todos los hombres, que desean sobresalir sobre el resto de los animales, se esfuercen con gran trabajo, para no pasar la vida en silencio...»[347]. Como en Salustio cabe señalar la hendíadis: «curui pronique», en el autor de la Seminense «prona atque... oboedientia» en Salustio.

También el prólogo de la Seminense posee el tinte desvaído y el sabor filosófico y reflexivo de la introducción salustiana, donde parece que no escribe él la Historia, sino que más bien ésta está siendo juzgada por el ojo certero de un cazador furtivo. Como en Salustio abundan la digresión, la nota pintoresca y hasta el requiebro irónico, sin renunciar por ello al a veces, lúcido disfrute de efectismos estilísticos: «tanta audacia tantaque laetitia, dispersio quanta quantaque in illo tanto tamque nobili exercitu», en una concatenación de resortes y elementos difíciles de trasvasar en una traducción, por lo que renuncio al intento (me refiero a lo estilístico, no a lo semántico).

El autor de la Seminense estaba, además, imbuido en otra fuente clásica, especialmente en Ovidio y en Virgilio, que asoman a su pluma sin reticencias en múltiples y repetidas circunstancias; las *Metamorfosis* le ofrecen a veces el fúlgido regocijo de una remembranza mitológica o las *Geórgicas* o la *Eneida* alguna sutil pincelada olímpica o bien épica. Por ello estamos, no sólo ante el historiador erudito, sino incluso ante un hábil narrador, pletórico de recursos, que escudriña en las fuentes, dosifica en los documentos, e incluso halaga su imaginación no ya copiando sino recreando las circunstancias y los personajes. El autor de la seminense es «capaz de referir con gusto una anécdota o un milagro, definir una situación con pocas pinceladas e ilustrarla con un discurso oportuno»[348].

Advertimos la consciente voluntad de perfección del estilo y el deseo de recalar en aquel concepto de la Historia, que el autor había sabido deducir tras las lecturas de Salustio, Tito Livio o Suetonio. Aquí la Historia no sólo es descripción, sino reflexión, sobre los aconteceres. Aunque será lógico topar paralelamente, junto con esa reflexión, el providencialismo que caracteriza a todo escritor cristiano medieval[349].

CORPUS PELAGIANUM (siglo XII)

El *Corpus Pelagianum* es una magna colección de textos recopilados por Pelayo, obispo de Oviedo, entre el 1101 y 1128; utilizó para ello todas las fuentes contenidas en el Archivo diocesano de Oviedo, así como materiales diversos que pudieron llegar a caer en sus manos; en su Archivo figuraba una colección de Crónicas recopiladas en el reinado de Alfonso III a impulsos del propio rey; quizá Pelayo quisiese continuar esa labor de recopilación.

---

347 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, idem anterior, pág. 7.
348 F. RICO, *op. cit.* pág. 81.
349 J. PÉREZ DE URBEL, *op. cit.* pág. 242.

El *Corpus Pelagianum* no es una obra compacta, sino que ha sufrido una lenta elaboración y transformación; pero en todo él se nota la mano interesada de Pelayo, buscando intereses para su iglesia de San Salvador de Oviedo, lo que a veces le induce a urdir falsas leyendas, e incluso a mutilar y trastocar documentos; tal conducta intempestiva le ha merecido el nombre de «Pelayo el fabulador».

El proceso seguido en la elaboración del *Corpus pelagianum* parece haber sido el siguiente: primero Pelayo elabora falsos documentos, a imitación de los innumerables que su Archivo contenía. Recopila luego todos los documentos existentes en su Archivo y entre ellos inserta los falsos documentos por él fabricados, con lo que se «aseguraba» la gloria de su sede; surge así el llamado *Liber Testamentorum*[350]. Seguidamente, viene el llamado *Primer Corpus Pelagianum*, con gran aportación de material de época visigoda, el *Liber Ithatius*, el *Priuilegium*, las Cartas del Papa Juan, la Bula de Urbano II, así como la leyenda del Arca Santa[351]. En el *Segundo Corpus Pelagianum* aparece la llamada Crónica Sebastianis, que parece una refundición de los materiales anteriores, pero atribuidos falsamente al obispo Sebastián, que nunca escribió tal Crónica. Por fin el *Tercer Corpus Pelagianum* se debe al hecho de que cayó en manos de Pelayo la *Chronica* de Sampiro, escrita unos años antes: el ovetense quiso aprovecharla para infiltrar noticias «interesadas» y trastocar los elogios que Sampiro dedica a Vermudo II por improperios e insultos. Los diferentes manuscritos transmiten ora una versión, ora otra, o bien la última de ellas[352]. Fuere como fuese, por el 1118 tal Corpus posee la forma en la que actualmente se encuentra.

Pero Pelayo renuncia a la sede episcopal por el año 1129 y todavía vive hasta el 1153. Es más que probable que el *Tercer Corpus Pelagianum* fuese redactado con posterioridad a su renuncia a la sede episcopal. La verdad es que el conjunto de esta obra ha significado una especie de rompecabezas difícil de digerir para cuantos investigadores se han acercado a él: datos contradictorios, noticias falsas, anacronismos sin cuento; si además añadimos que hoy solamente tenemos copias de los manuscritos originales y no las auténticas fuentes, se podrá comprender fácilmente lo laberíntico de la situación en torno a Pelayo, obispo de Oviedo, falsificador de docu-

---

350 L. BARRAU-DIHIGO, «Étude sur les actes des Rois asturiensis», *Revue Hispanique*, 46 (1919), pág. 44.

S. GARCÍA LARRAGUETA, *Colección de Documentos de la Catedral de Oviedo*, Oviedo, 1962.

J. FERNÁNDEZ CONDE, *El Libro de los Testamentos*, Roma, 1971.

— *La Iglesia de Asturias en la Alta Edad Media*, Oviedo, 1972, pág. 9.

351 M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Index Scriptorum Latinorum Medii Aeui Latinorum*, núm. 900-901-902 Salamanca, 1959.

352 E. FLÓREZ, *España Sagrada*, Madrid, 1749, págs. 200 y ss.

J. SÁEZ DE AGUIRRE, CMCOH, 3, Madrid, 1789, págs. 191 y ss.

TH. MOMMSEN, MGH, *Chronica Minora*, 2, Berlín, 1846, págs. 305 y ss.

B. SÁNCHEZ ALONSO, *Crónica del obispo Don Pelayo*, Madrid, 1924, págs. 57 y ss.

S. BODELÓN, «El *Corpus Pelagianum* del siglo XII», AQUIANA, núm. 706 (1986).

mentos, recopilador de crónicas y autor de una que lleva su nombre. Quizá en torno a esta figura convenga poner de relieve algunos puntos sobre los que se ha puesto gran énfasis.

En primer lugar a Pelayo no le importa lo más mínimo la historia: lo que sí le importa es aprovecharse de los datos históricos para engrandecer su sede y su iglesia de San Salvador de Oviedo; y a ello obedece su afán recopilador: encontrar datos que justifiquen sus aspiraciones y cuando no los encuentra, los inventa filtrándolos entre los verdaderos documentos. Por ello resulta en su obra, propia o recopilada, harto difícil distinguir lo auténtico de lo que ha sido fabulación pelagiana.

En segundo lugar hay que afirmar que Pelayo no andaba muy sobrado de conocimientos históricos, lo cual unido a su ingenuidad, que a veces se convierte en verdadera incuria intelectual, le lleva a sostener aberrantes disparates, como por ejemplo que la *Crónica de Isidoro* llega hasta el reinado de Wamba (es decir, cuarenta años después de la muerte de Isidoro), o que San Julián escribió sobre el reinado astur de Pelayo, amén de otras falsas noticias y circunstancias que sería prolijo enumerar.

En tercer lugar, hay suficientes razones para atribuir al obispo Pelayo una cierta mala conciencia y mala fe histórica, como es el caso de la invención de un escritor llamado Isidoro Pacense para avalar sus asertos sobre la historia hebraica, o la invención de un Ithatius (aunque en este caso, quizá, lo que Pelayo quiso fue atribuir a Idacio de Chaves los contenidos que él relata). Pero el más claro caso de mala fe pelagiana es la manipulación que llevó a cabo de la *Crónica de Sampiro*: Sampiro siente simpatía por la figura de Vermudo II que además era su amigo; pero a Pelayo le resulta odioso el personaje, por haber rechazado a doña Velasquita, haberse casado con doña Elvira de Castilla entre otras razones: Pelayo dice que Sampiro sólo escribió hasta el momento de la subida al trono de Vermudo II, y a continuación nos ofrece él su malévola versión sobre el «Gotoso»; no sospechaba Pelayo que, en otro lugar, poco más tarde, otro escritor nos transmitiría también esa misma Crónica, hoy conocida como Silense impropiamente, y más correctamente como Seminense[353].

Otro cúmulo de noticias parecen muy sospechosas, dado que Pelayo es la única fuente y ya hemos visto su gusto por inventar fábulas: la noticia de la fundación por los vándalos de la sede de Lucus Asturum, la *Crónica Regum Vulse Gothorum,* así como la *Crónica de Juliano Pomerio,* que se contienen en el *Liber Ithatius,* la leyenda del traslado de los restos de Santa Eulalia. Y respecto a textos de gran valor literario y que Pelayo nos transmite debemos destacar: *Cartas* de Venancio Fortunato, *Versos* de Coripo, un fragmento de la *Historia de Alejandro,* tema de gran tradición en la Edad Me-

[353] J. PÉREZ DE URBEL, edición de ambas en *Sampiro y la monarquía leonesa del siglo X,* Madrid, 1952, págs. 275-347.

dia europea, parte de las obras del rey Sisebuto, así como de Isidoro y Julián[354]. Recordemos que algunas leyendas por él tratadas estaban ya circulando no sólo por España, sino también por la Europa medieval: baste citar el tan discutido asunto del *Arca Santa de Oviedo,* ya publicado por D. de Bruyne a partir del manuscrito de Valenciennes del siglo XI y por Ch. Kohler según un manuscrito del XII de Cambrai[355].

Existen múltiples noticias sobre cómo se encontraba todo ese conjunto de obras que hemos denominado *Corpus pelagianum* a fines del siglo XVI, transmitidas por Morales en el célebre viaje que realizó a las regiones del Norte peninsular el bibliotecario y cronista de Felipe II[356]. De las tres colecciones del *Corpus Pelagianum,* Ambrosio de Morales pudo ver en el Archivo catedralicio de Oviedo hasta diez compilaciones diversas, varias de ellas hoy perdidas, y las demás casi todas fuera ya del Archivo astur en la actualidad.

Respecto al estilo, Pelayo no era un hombre cuidadoso e incluso podría sostenerse que sabía menos latín del que era menester para su oficio. Y así, al transcribir la *Crónica de Sampiro,* donde la *Crónica Seminense* escribe *succesit in regum,* Pelayo escribe *in regno*; o cuando la Seminense escribe «urbes desertas ab antiquitus populare iussit» Pelayo pone: «urbes desertas ab antiquibus populari rex iussit»; o cuando para traducir le cegó (aludiendo a la conocida práctica medieval), la *Crónica Seminense,* constata «orbauit» que significa «cegar» y Pelayo puntualiza: «orbauit oculis», dando a entender que desconoce lo que significa exactamente «orbauit»; o cuando para expresar una cantidad aproximadamente escribe el obispo ovetense «a duodecim milia» en vez de «ad duodecim milia», como consta en el mismo pasaje de la *Seminense;* o cuando para expresar dirección («a León») en vez de «Legionem» escribe el dativo «Legioni», e igualmente escribe «fuga reuersi sunt», en lugar de «in fugam reuersi sunt». Y así indefinidamente. Por supuesto, no todo el mundo comparte esta tesis e incluso hay quien considera a Pelayo un escritor de estilo brillante, por ejemplo, el artículo de Fernández Vallina citado en la reseña donde sostiene que «el lugar común según el cual la redacción pelagiana de la *Crónica de Sampiro* adolece de buena latinidad» debe ser revisado[357]. Mas sí resulta evidente que Pelayo está

---

[354] G. MARTÍNEZ MARCOS, *Regesta de Don Pelayo, obispo de Oviedo,* BIDEA, LII, (1972), págs. 211 y ss.

J. FERNÁNDEZ CONDE, *La obra del obispo Pelayo,* BIDEA, LXXIIII, (1976), págs. 249 y ss.

[355] D. DE BRUYNE, «Les plus ancien catalogue des reliques d'Oviedo», *Analecta Bollandiana,* 45, (1927), págs. 93-95.

CH. KOHLER, «Translation de reliquis de Jerusalem à Oviedo», *Revue de l'Orient latin,* 5, (1897), págs. 6-21.

[356] A. de MORALES, *Viaje Santo... a los Reynos de León... y Principado de Asturias,* Madrid, 1765, (reimpreso en Oviedo en 1977), págs. 93-98.

[357] E. FERNÁNDEZ VALLINA, «Sampiro y el llamado Silense», *Helmántica,* XXIX, (1978), pág. 56.

J. PRELOG, (reciente edición), *Die Chronik Alfons III der vie Redaktionem,* Redactio C a Pelagio episcopo Ovetensi conscripta, Frankfurt 1980.

lejos del calor poético, distante de la efervescencia imaginativa que bulle en la *Historia Compostelana* o de la capacidad de narración colorista que presenta la *Seminense,* así como del cuidado cursus rítmico que impulsa las frases de Martín de León, todos ellos de su mismo siglo. Desgraciadamente Pelayo de Oviedo no contó con ningún Gerard De Beauvais, como sí pudo contar Gelmírez en Compostela; y así en el ovetense no existen ni destellos clásicos, ni ráfagas efectistas tamizadas de mil detalles estilísticos. Claro que lo suyo no era precisamente la prosa artística, sino más bien el querer despistar a la historia de sus rectos y límpidos cauces; pero Oviedo no era Compostela, por más que Compostela hubiera surgido gracias a Oviedo.

CRÓNICA NAJERENSE Y POEMA DE SANCHO II (siglo XII)

Lleva su título esta crónica por el nombre del monasterio donde se escribió, el monasterio de Santa María de Nájera, cluniacense desde 1079: desde entonces corrían vientos castellanistas en dicho monasterio, pues Alfonso VI de Castilla no en vano había sido protector e impulsor de la Orden cluniacense en sus dominios. Y ello explica, hasta cierto punto, el castellanismo de la Crónica Najerense escrita hacia 1160, certificado de nacimiento de las crónicas en Castilla, aunque este nacimiento es aún en la madre lengua latina. Se trata de una crónica universal desde el origen del mundo hasta los tiempos de Alfonso VI de Castilla, mas sólo es universal en el campo de la Antigüedad, es visigótica en lo nacional y desde la invasión árabe va tendiendo hacia el castellanismo. No es casual que la historiografía castellana nazca en la zona denominada riojana; también allí surgió hace cosa de mil años la lengua castellana y se sintetizó allí el milagro poético de Berceo[358]. Cirot, en cambio, cree que se trata de una crónica leonesa erróneamente e incluso llega hasta ponerle el título de «Crónica Leonesa», opinión que hoy está totalmente desechada. Ciertamente el cronista de la Najerense tenía a mano un ejemplar de la Crónica *Seminense* (pseudo-Silense) de raigambre leonesista, así como parte de la obra de Pelayo de Oviedo; pero la *Seminense* es antifrancesa y anticluniacense por lo que es recibida con reservas por el monasterio najerense: realmente la *Crónica Najerense* reelabora su propia historia con todo el cúmulo de datos de anteriores crónicas, ofreciendo unos tintes castellanistas y favorables a Cluny[359].

---

[358] B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española,* I, Madrid, pág. 121.

[359] G. CIROT, «La chronique léonaise et la chronique de Silos», BH, XVI, (1914), págs. 15-34. Y XIII (1911), págs. 381-432 y XI, (1909), págs. 267-282.

J. PÉREZ DE URBEL, *La crónica de Sampiro y la monarquía leonesa del siglo X,* Madrid, 1952, págs. 266 y ss.

A. UBIETO ARTETA, *Textos medievales,* Valencia 1966.

J. PRELOG, *Chronik Alfons III der vier Redaktionem,* Redactio C Chronicae Naierensi inserta, Frankfurt, 1980.

El favor de Cluny se mezcla incluso en la historia castellana, pues gracias a San Hugo, abad de Cluny, el rey Sancho, por cuyas oraciones San Pedro se aparece en sueños a Alfonso de León, consigue ser liberado. Pero el autor de la crónica en este punto parece ser imitador del *Epitome uitae Sancti Hugonis,* con el fin de estrechar aún más los lazos de conexión existentes entre Cluny y Castilla[360].

Se refleja ampliamente el antagonismo existente en ciertos momentos del siglo XII entre Castilla y León a lo largo de la Crónica, pero siempre se trata de dejar mejor parados a los castellanos. Y así aparece la figura de un Cid mesurado y modesto, pero a la vez valeroso, cuya sola espada puede más que la de veinte o cuarenta adversarios, sin por ello mermar su humildad, sino más bien, realzando la belleza del héroe. Para la figura del Cid el cronista recoge tanto el poema castellano que ya comenzaba a circular, como el poema latino *Carmen Campidoctoris* o las prosas de la *Gesta Roderici;* por su parte también el «poema de Almería», una década antes ensalzaba la figura del Cid en la *Chronica Adefonsi Imperatoris.* El antagonismo castellano-leonés se resalta en la suerte de los reyes: Alfonso de León, hecho prisionero por el Cid, es puesto inmediatamente en libertad, pero Sancho es retenido por los leoneses. Sancho transmite la superioridad de los leoneses en número, pero «nosotros somos mejores y más valientes».

Para cantar la figura de Sancho II de Castilla, el cronista o los cronistas najerenses utilizaron, además de las crónicas anteriores, poemas épicos orales que se cantaban por las plazas y campos de Castilla, uno en lengua latina y otro en lengua castellana recién nacida, hoy lastimosamente perdidos. Pero Entwistle ha hecho una reconstrucción del poema en hexámetros leoninos, es decir, rimados por la cesura, y siguiendo normas rítmicas de la secuencia y el tropo, en vez de las antiguas normas de la cantidad métrica, a la vez que sitúa el poema cronológicamente en el año 1.115; en castellano existe una versión poética, debida al insigne Menéndez Pidal, del *Poema de Sancho II,* incluido en su libro *La España del Cid*[361].

Tan sólo quisiera citar un leve pasaje de este poema latino perdido y reconstruido en el siglo XX, con tanta laboriosidad como paciencia y vertido luego al castellano por la experta pluma de Menéndez Pidal: se refiere a la pugna entre el Cid y unos soldados leoneses, que acaban de hacer prisionero en combate al rey Sancho II de Castilla:

«¿Acaso te figuras que tú solo
podrás arrebatárnoslo a la fuerza?»

---

[360] F. RICO, «Las letras latinas del siglo XII en Galicia, León, y Castilla», en ÁBACO 2, (1969), Buenos Aires, pág. 82.

[361] W. J. ENTWISTLE, «On the *Carmen de morte Sanctii regis»,* B H XXX, (1928), págs. 205-219.

H. SALVADOR MARTÍNEZ, *Poema de Almería» y épica románica,* Madrid, 1975.

S. BODELÓN, «Crónica Najerense y poema de Sancho II», AQUIANA, núm. 713 (1987).

«Si me dais una lanza —les replica
Rodrigo— y Dios ayuda no me niega,
ahora mismo veréis qué me figuro».
En el campo, así, la hincan y se alejan.
Tómala el Cid, da espuelas al caballo,
acomete y derriba a uno en la yerba,
carga una y otra vez, rescata a Sancho
y arma y cabalgadura le presenta.
Y combatían ambos con tal brío,
que sólo escapó uno y a maltrechas.

Apunta Rico la sugerencia de que quizá fuese Oña el lugar donde se compuso el *Carmen de morte Sanctii regis,* pues allí fue enterrado el rey Sancho y en su tumba se grabó este heroico epitafio en hexámetros latinos rítmicos y leoninos, que no me resigno a pasar sin transcribir en su esplendor originario:

Sanctius, forma Paris et ferox Hector in armis,
clauditur hac tumba, iam factus puluis et umbra.
Femina mente dira, soror, hunc uita expoliauit,
iure quidem dempto, non fleuit fratre perempto.

(Sancho, en belleza Paris, fiero Héctor en la lucha,
ya vuelto polvo y sombra, yace bajo esta tumba.
Una hermana cruel le arrebató la vida,
sin siquiera llorarlo, contra toda justicia).

La traducción es de Menéndez Pidal, y el anónimo original pudo muy bien servir de punto inicial de inspiración para un más extenso poema sobre este rey heroizado, tras su muerte: heroización que se transfiere hacia la figura del aguerrido soldado Rodrigo el Campeador.

Pero no fue éste únicamente el poema latino que sirvió de arranque y sustento para ciertos pasajes de la *Crónica Najerense.* Otros poemas, hoy totalmente perdidos por su carácter oral, cantados por los campos y plazas de Castilla, fueron incorporados desmenuzadamente en la Crónica sin que sea posible recomponer, hoy, los fragmentos de tan lúcidos espejos poéticos populares del naciente castellano o del latín medieval. En ellos radicaba el soporte del castellanismo de la *Crónica Najerense,* que supo recoger el sentir popular, rechazando cuanto era ajeno a este sentimiento en otras fuentes, que hasta Nájera habían ido llegando por la vía escrita[362].

---

[362] H. S. MARTÍNEZ, «Tres leyendas heroicas de la *Najerense* y sus relaciones con la épica castellana», en *Anuario de Las Letras,* IX, (1971), págs. 115-177.
C. CREIG, *El Cantar de Sancho II y el cerco de Zaragoza,* Madrid, 1947.
R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid,* Madrid, 1969, págs. 186-187.

IV. APENDICE DE BIBLIOGRAFÍA VISIGÓTICA

Eutropio de Valencia

MIGE, J. P.: «Cartas de Eutropio». En PL 30, 45-50.
MADOZ, J.: «Herencia literaria del presbítero Eutropio», EE 16(1942) 27-54.
— «Vestigios de Tertuliano en la doctrina de la virginidad de María en la carta ad amicum aegrotum». EE 18(1944), 187-200.
MORAL, T.; «Eutrope». D HG XVI (1967), 79-82.
DIAZ Y DIAZ, M. C.: «La vida eremítica en el reino visigodo», en *España eremítica,* Pamplona 1970.
LINAGE CONDE, A.: *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica,* León, 1973.
LINAGE CONDE, A.: *Eutropio de Valencia y el monacato,* Valencia, 1981.

Liciniano de Cartagena

VEGA, A.C.: *Epístola de Liciniano de Cartagena a Gregorio Papa,* El Escorial, 1935.
MADOZ, J.: *Liciniano de Cartagena y sus cartas,* Madrid, 1948.
NELSON, C.A.: *Regionalism in Visigothic Spain,* Kansas, 1970.
SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: «El Aula Regia y las asambleas políticas de los godos» en *Estudios visigodos.* Roma, 1971.
THOMPSON, E. A.: *Los godos en España,* Madrid, 1971.
BECKER, G.: *Catalogi bibliothecarum antiqui,* Hildesheim, 1973.
GARCÍA MORENO, L.: *Prosopografía del reino visigodo de Toledo,* Salamanca, 1974.
ORLANDIS, J.: *La iglesia en la España visigótica y medieval,* Pamplona, 1976.
GONZALEZ ORLANDIS: *Historia de España. La España visigótica. Madrid, 1977.*
BODELÓN, S.: «Cinco escritores latinos en la España del siglo VII», AQUIANA, núm. 699 (1985).

Juan de Bíclaro

Manuscrito 1.376 de la Biblioteca Nacional, Madrid.
Manuscrito Soriense, Ms. IV.23 de El Escorial.

Manuscrito 27-26 de la Biblioteca Capitular, Toledo.
Manuscrito de la Biblioteca Capitular, Segorbe.
Manuscrito 134 de la Biblioteca Universal, Madrid.
Manuscrito Alcobacense, del que deriva el de Leiden y Limoges.
Manuscrito 180 de la Real Academia de la Historia. Madrid.
Víctor Obispo de Tunum. *Chronicom Victoris,* Accedit *Cronicon Ioannis Biclarensis* episc. Gerund. Igolstadi. 1600 (Simula la reproducción de un manuscrito de Toledo; se reprodujo en el Tomo VII de la *Biblioteca Patrum* de Gallandí).
VILLANUEVA, J.: *Viaje literario a las Iglesias de España,* Madrid 1804.
ANTOLÍN, G.: *Catálogo de los Códices latinos de la Real Biblioteca del Escorial,* Madrid, 1923.
ZARCO CUEVAS, J.: «Manuscrito Alcobacense de Juan de Bíclaro», *Bolet. de la Acad. de la Historia,* 106 (1935), 389-442.
CAMPOS, J.: *Juan de Bíclaro, obispo de Gerona. Su vida y su obra.* Madrid, 1960 (excelente estudio).
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: «La transmisión textual del Biclarense». *Analecta Sacra Tarraconensia* 35 (1963), 57-76.
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: Idem anterior. *De Isidoro al Siglo XI.* Barcelona, 1976. páginas 116-140.
SÁNCHEZ SALOR, E.: *Jerarquías eclesiásticas y monacales en época visigótica,* Salamanca, 1976.
BODELÓN, S.: «Cinco escritores latinos en la España del siglo VII», AQUIANA, núm. 699 (1985).

Apringio Pacense

VEGA, A.C.: *Apringi Pacensis episcopi Tractatus Apocalipsum edidit,* El Escorial, 1940.
FITA, F.: «Apringio, obispo de Beja». BRAH, 1.41, págs. 353-416.
VEGA, A.C.: «Apringii Pacensis episcopi, Tractatus in Apocalysim *(Scriptores Ecclesiastica hispano-latini veteris et medii aevi,* fasc. X-XI). El Escorial, 1941.
NASCIMENTO, A.A.: *Inventario dos Codices Alcobacenses,* Lisboa, 1978, (pág. 441: Apringius Pacensis, Explanatio Apocalypsis). Manuscr. Alcobacense, 247, Bibliot. Nacional Lisboa.

San Martín Dumiense (Martín de Braga)

Códice 248 de la Biblioteca Nacional de Lisboa.
Manuscrito M.3.C. El Escorial.
Manuscrito S.II.2 El Escorial.
Manuscrito S.II.3. El Escorial.
Manuscrito S.II.4. El Escorial.
Manuscrito S. II. 11. El Escorial.
Manuscrito 10.029. Biblioteca Nacional. Madrid.
MARTINI BRACARENSIS: *Formula, vita honeste* (Se publicó atribuida a Séneca con el título de «Proverbia». Conoció dos ediciones: Toledo 1510 y Sevilla 1510).
DO AMARAL, C.: *Obras de Sâo Martinho Bracarense,* Lisboa, 1803.
MIGNE P.L.: tomo 72, 49 ss.
FLÓREZ, E.: *España Sagrada,* Madrid, edic. de 1906, M. 425-433. Incluye las obras de Martín Dimiense.
MCKENNA.: *Paganism and Pagan survivals in visigothic Spain.* Washington, 1930.
BARLOW, W.: *Martini episcopi Bracarensis Opera Omnia.* New Haven, 1950.
TAVARES, S.: «O senequismo de S. Martinho de Dume». *Rev. Portug. de Filosofía* 6 (1950), 381-387.
FONTÁN, A.: «Martín de Braga: proyección histórica de su persona y su obra», en *Humanismo Romano,* Barcelona, 1974, 191-217.

VELOSO, J.: *Sâo Martinho de Dume, o Apóstolo dos Suevos, Versos de S. Martinho de Dume. s. vi.* Lisboa, 1977.
JOVE, R.: *Sermón contra las supersticiones rurales,* Barcelona, 1981.
CARBAYO, C.: *La fórmula métrica visigoda.* Santiago de Compostela (Pendiente de publicación en el año 1982).
LINAJE, A.: *S. Martín de Braga en el monacato pre-benedictino hispano* (Pendiente de publicación en el 1982).
BODELÓN, S.: «S. Martinho Dumiense», en *Correio do Minho,* Braga, 28, Nov., 1985.

S. Leandro de Sevilla

Manuscrito a.I.13 de la Biblioteca de El Escorial.
Manuscrito 53 de la Real Academia de la Historia. Madrid.
Manuscrito 112 (olim A 115) de la Biblioteca Nacional. Madrid.
Manuscrito 112 (olim A 115) de la Biblioteca Nacional. Madrid.
Manuscrito B.A. 331 de Montecasino.
Fragmento Ms. Add. 30055. British Museum
Fragmento Ms. 239 Biblioteca Nacional. París.
SANDOVAL, P.: *Obras de San Leandro,* Pamplona, 1604.
BROWER, C.: *Instituto Virginum S. Leandri,* Maguncia, 1616.
Varias ediciones en el siglo XVII: Lyón (1655), Roma (1661), y París (1663).
FLOREZ, E.: *España sagrada.* Madrid, 1747. T. 15, págs. 383 y ss. lo incluye.
HOLSTENIO: *Codex Regularum.* Ausgsburg, 1759 (esta edición fue reimpresa en Gratz en 1957).
MIGNE: PL T. 72 págs. 21 y ss. incluye a Leandro, París 1863.
LAFUENTE, V.: *Historia Eclesiástica de España,* Madrid, 1873.
GARCIA VILLADA, Z.: «Actas del III Concilio de Toledo». *Historia Eclesiástica de España,* Madrid, 1927.
VIVES, J.: *La oración visigótica.* Barcelona, 1946.
MADOZ, J.: «Varios enigmas de la Regla de S. Leandro descifrados por el estudio de sus fuentes». *Miscellanea Giordanni Mercati* 1 (1946), 265-295.
VIZMANOS, F.: *Las vírgenes cristianas en la Iglesia primitiva.* BAC, Madrid 1949 (págs. 923-960 incluye a S. Leandro). En esta la segunda traducción española.
MADOZ, J.: «Una transmisión del libellus de institutione Virginum de S. Leandro de Sevilla». *Melanges Paul Peeters. Anal. Boll.* 67 (1949), 421-423.
VEGA, A. C. S.: *Leandri Hispalensis de Institutione uirginum et contemptu mundi,* El Escorial, 1958.
CAMPOS-ROCA, *Santos Padres Españoles,* BAC, Madrid, 1971, págs. 9-76 incluye a Leandro.
VÁZQUEZ DE PARGA,L.: *Hermenegildo ante las Fuentes Históricas,* Madrid, 1973.
VELÁZQUEZ, J.: «Index rhetoricus del Institutione uirginum». *Helmántica* XXIX (1978), 173-186.
PALACIOS, J.: «De Instit. uirginum». Traducc. esp. *Perficit.,* vol. IX, núms. 115-117 (1978).
PALACIOS, J.: «A su hermana Florentina», *Perficit.,* vol. IX, núms. 118 (1978).

Braulio de Zaragoza

BRAULIO: *Cartas a S. Isidoro y de éste a Braulio,* 1470 y 1472.
SANDOVAL, P.: *Vida y milagros del insigne Patrón de España S. Millán de la Cogolla de S. Braulio su historiador,* 1601, Pamplona.
— *Fundaciones de S. Benito,* Madrid 1607 (incluye el texto latino de la Vida de San Millán).
LLORENTE, J.: *Breve relación de la Vida de S. Braulio,* 1603.
GÓMEZ DE LIRIA: *Desagravio de S. Braulio en la Historia de San Millán,* 1755, Madrid.

VALENTÍ: *S. Braulio, su vida, sus obras, su influencia en la Iglesia visogótica,* Madrid 1904.
MADOZ, J.: *Epistolario de S. Braulio de Zaragoza* (Edición crítica según el códice 22 del Archivo Capitular de León). Madrid, 1941.
VÁZQUEZ DE PARGA, L.: *Sancti Braulionis Vita Emiliani,* (Edición crítica), Madrid, 1943.
LYNCH, G.: *San Braulio, Obispo de Zaragoza (631-651).* Su vida y sus obras, Zaragoza, 1950.
OROZ, J.: «Sancti Braulionis Caesaraugustani episcopi Vita Sancti Aemiliani». *Perfícit.,* vol. IX (1978), págs. 165-215 (y siguen unos himnos de S. Millán). Texto bilingüe.
Véanse además MIGNE, t. 80 de la *PL* así como *La España Sagrada,* de Flórez vol. 30, 318-392.
CAMPOS, J.: *Patrología Hispano-visigoda.* Madrid, 1970.
RIESCO, L.: *Epistolario de S. Braulio,* Sevilla, 1975.
CAVALLO, G.: *Libri editori e publico nel mondo antico.* Roma, 1975.
CANELLAS, A.: *Diplomática Hispano-visigoda,* Zaragoza, 1979.
Manuscrito A.II.9. El Escorial.
Manuscrito F.211. Real Academia de la Historia.
Manuscrito F.177. Real Academia de la Historia.
Manuscrito 494. Biblioteca Nacional. Madrid.
Códice 22. Archivo Capitular. León.
Códice 454 Biblioteca. Nacional. Lisboa.

Tajón de Zaragoza

LÓPEZ DE VACA, L.: *Historia antigua del Santuario del Pilar de Zaragoza, escrita por Tayón, obispo de Zaragoza en tiempo de los Godos. Alcalá, 1649.* (Es un falso Cronicón, inventado por López de Vaca).
FLÓREZ, E.: *España Sagrada.* Tomo XXXI publica «Sententiarum libri V», de Tajón.
MIGNE: PL, t. 80, págs. 730 y ss. (incluye a Tajón).
ANSPACH, E.: *Taionis et Isidori nova fragmenta et opera,* Madrid, 1930.
MADOZ, J.: «Tajón de Zaragoza y su viaje a Roma». *Melánges J. de Ghellinck.* Gembloux 1951.345-360.
SERRATOSA, R.: «Osio de Córdoba y Tajón de Zaragoza, precursores de la escolástica». *Estudios* 7 (Madrid, 1951) 85-89.
VEGA, A.C.: «Sobre el poema De aenigmatibus Salomonis» en *España Sagrada* (Madrid, 1957), vol. 56 págs. 403-408. (Abriga la sospecha de que tal poema pertenece a Tajón).
ALVAREZ PELLITERIO, M.C.: *Estudio de las fuentes y léxico de la Carta de Tajón a Eugenio de Toledo,* Salamanca 1966 (Tesis de licenciatura).
Puede verse además el volumen XIV de la obra *Monumenta Germaniae Historiae,* auct. ant., dirigida por VOLLMER, F., Berlín, 1905.

Eugenio de Toledo

Manuscrito R.II.18. El Escorial.
EUGENIO de Toledo. *Carmen XLI* (1 verso) Manuscrito 22 del Archivo de la Catedral. León.
— *Carmen XLII.* Manuscrito B-284 del Archivo de la Catedral, Segovia.
RIBERA: *Traslación del cuerpo de S. Eugenio de St. Denis en Francia a esta Santa Iglesia de Toledo,* 1566.
ESTRADA: *De laudibus Santi Eugenii et corporis ipsius in urbem Toletanam translatione liber unus.* 1578.

SOTO: *S. Eugenio, Vida, Milagros y misión a España,* 1612. *Beati Eugeniii Episcopi Toletani Opuscula. Quibus inserti sunt Dracontii libelli duo.* París. 1619.
VOLLMER, F.: «Merobaudes reliquiae, Eugeniii Toletani episcopi Carmina et episcolae...» Berlín, 1905, en MGH, auct. ant. XIV.
Textos hagiográficos más antiguos sobre S. Eugenio de Toledo, Toledo, 1963.
RIVERA, J.F.: *San Eugenio de Toledo y su culto.* Toledo, 1963.
RIVERA RECIO: *San Eugenio de Toledo y su culto.* Toledo, 1963.
RODRÍGUEZ RINCÓN: *Eugenio de Toledo y Venancio Fortunato,* Salamanca, 1963 (tesis).
REGUEIRA CASTRO: *Fuentes literarios de los poemas visigóticos del Appendix Eugeniano,* Salamanca, 1963 (tesis).
PÉREZ DE URBEL: «San Eugenio de Toledo», en *La patrología toledado-visigoda* (XXVII Semana Española de Teología), Madrid CSIC, 1970, pág. 195 y ss.

Ildefonso de Toledo

Manuscrito d.I.1 de El Escorial.
Manuscrito 22 del Archivo Catedral. León.
Manuscrito 90 de la Academia de la Historia de Madrid.
Manuscrito 134 de la Biblioteca Universitaria de Madrid.
CARRANZA, M.:*Sanct. Patris Illefonsi... aureus libellus de illibata virginitate Sanctae Mariae.* Valencia, 1556.
Otras ediciones: París (1576), Basel (1557), Lovaina (1569)
CORREDERA, B.: *Liber de virginitate,* Madrid, 1911.
ALONSO, N.: *Libro de la Virginidad de María,* Lérida, 1911.
BRAEGELMANN: *The life and Writings of Saint Ildefonsus of Toledo,* Washington 1942.
BLANCO, V.: *Tratado de la perpetua virginidad de Santa María,* Zaragoza, 1954.
MADOZ, J.: «Citas y reminiscencias clásicas en los Padres españoles». *Sacris erudiri,* 5 (1963).
CAMPOS, J.: *La Patrología Toledano-visigoda,* Madrid, 1970.
BLANCO-CAMPOS: *Santos Padres Españoles,* I, Madrid 1971.
CODOÑER, C.: *El De Viris illustribus de Ildefonso de Toledo,* Salamanca, 1972.
BALLEROS, J.: *Estudios sobre el estilo sinonímico latino: El Tratado De Virginitate Sanctae Mariae de Ildefonso de Toledo* (tesis), Salamanca, 1973.
DÍAZ Y DÍAZ, «La obra Literaria de los obispos visigóticos toledanos». En *De Isidoro al Siglo XI,* Barcelona, 1976, págs. 87-115.
CAMPOS, J.: *S. Ildefonso. Obras,* Madrid (BAC), 1981.
Pueden verse además.
LORENZANA: *Sanctorum Patrum Toletanorum Opera, I.,* Madrid, 1785.
ILDEFONSO DE TOLEDO: *Sermones sobre la Santísima Virgen.* Lérida, 1874.
ALONSO, N: *Corona de la B. Virgen María,* Lérida, 1874.
DZIALOWSKI: *Isidor und Ildefons als Literarhistoriker,* Múnster, 1898.

Julián de Toledo

Manus. 134 de la Biblioteca Universidad. Madrid.
Manuscrito Soriense IV.23 de El Escorial.
MIGNE: Pl. 96, 583, 22 (textos de Julián de Toledo).
VOLLMER, F.: MGH auc. ant XIV (text. Julián de Toledo), 1905.
LINDSAY: *Julian of Toledo. De vitiis et figuris.* Oxford, 1922.
BEESON: «The ars grammatica of Julian of Toledo». *Miescellanea Francesco Ehrle.* Roma, 1924.
VEIGA VALIÑA: *La doctrina escatológica de S. Julián de Toledo,* Lugo, 1940.

MADOZ, J.: «San Julián de Toledo». *Estudios Clásicos,* 26 (1952).
HILLGARTH, J.N.: «St. Julián of Toledo in the Middle Ages». *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* 21 (1958) 7-26.
HILLGARTH, J.H.: «El pronosticon futuri saeculi de San Julián de Toledo». Analecta Sacra Tarraconensia 39 (1958), págs. 5-61.
GARCÍA RODRÍGUEZ, C: *El culto a los santos en la España romana y visigoda,* Madrid, 1966.
MAESTRE YENES: *Ars Iuliani Toletani episcopi. Una Gramática Latina de la España visigoda.* Toledo, 1973.
GARCIA MORENO, L.: *El fin del reino visigodo de Toledo,* Madrid, 1975.
NASCIMENTO, A. A.: *Inventario dos Códices Alcobacenses,* t. VI, Lisboa, 1978, (en pág. 473, Julianus Toletanus, *Liber prognosticorum futuri saeculi.* Códice 245 de la Biblioteca Nacional de Lisboa).

S. Fructuoso de Braga

Manuscrito Ovetense a. I. 13. Manuscrito Escurialense S. III. 32.

Vita:

SANDOVAL, P.: *Vida de S. Fructuoso, abad de S. Pedro de Montes,* Pamplona, 1601.
DO AMARAL, C.: *Vida e Regras de Sâo Frutuoso Bracarense,* Lisboa, 1805.
NOCK, C.: *The Vita Sancti Fructuosi,* Washington, 1946.
MARTINS, M.: *O monacato de S. Frutuoso de Braga,* Coimbra, 1950.
AZEVEDO, A.: *O mausoleu de S. Frutuoso de Braga,* Braga, 1964.
FLÓREZ, F.: *Compludo, pueblecito leonés con historia.* Santiago de Compostela, 1964.
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: *La vida de S. Fructuoso de Braga,* Braga, 1974.
CARDOSO, J.: *Valerio, Vida de S. Fructuoso,* Braga, 1978.
MOURA COUTINHO: *Sâo Frutuoso de Montelios,* Braga, 1978.

Regula

Manuscrito S. III. 32 de la Biblioteca de El Escorial.
Manuscrito del British Museum.
Manuscrito a.I.13 Ovetense.
Manuscrito 13090, Bibliothèque National. París.
Manuscrito 10877, Bibliothèque Nationale París.

BROCKIE, M.: *Codex Regularum monasticarum et canonicarum.* Viena 1759. Y en Gratz reimpresión en 1958. De aquí la tomó Migne en PL 87, 1099-1110.
VIÑAYO-ROA y otros: *San Fructuoso y su tiempo.* León 1966.
CAMPOS, J.: *S. Leandro, S. Isidoro, S. Fructuoso, Reglas Monásticas de la España Visigoda.* BAC, Madrid, 1971.
COSTA, A.J.: «S. Fructuoso, culto popular e litúrgico», en *Bracara Augusta,* XXI-XXII.
BODELÓN, S.: «El Renacimiento berciano del siglo VII», AQUIANA, núm. 693 (1985).

Valerio del Bierzo

Manuscrito 10007 Biblioteca Nacional. Madrid.
Manuscrito 494. Biblioteca Nacional Madrid.
Manuscrito 822. Biblioteca Nacional Madrid.
Manuscrito 2178. Biblioteca National París (procede de Silos).
Manuscrito 6003. Biblioteca Pública. Braga.
Manuscrito del Monasterio de Carracedo (hoy perdido).
Manuscrito del Archivo de la Catedral de Toledo.
Manuscrito 454 de la Biblioteca Nacional de Lisboa.

FLÓREZ, E.: *España Sagrada,* T. XVI (Madrid, 1787), págs. 324-349; 366-416.
MIGNE: P.L. (París 1851). vol. 87, págs. 425-470 (reproduce el texto de Flórez).
En ANALECTA BOLLANDIANA de Bruselas, 1910, se reproducen textos de Valerio, vol. 29 págs. 377 y ss.
GARCÍA VILLADA, Z.: «Las obras de S. Valerio, monje del Bierzo». EE I (1922), págs. 253-256.
FERNÁNDEZ POUSA: *San Valerio, Obras,* Madrid, 1942.
NOCK, C: *The Vita Fructuosi,* Washington, 1946.
AHERNE, C.M.: *Valerio of the Bierzo an Ascetic of the late visigothic period,* Washington, 1949.
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: «Compilación hagiográfica de Valerio del Bierzo». *Hispania Sacra,* 4 (1951), en pág. 5 y ss.
QUINTANA PRIETO, A.: *Tumbo viejo de S. Pedro de Montes,* León, 1971.
DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: *Vita Sancti Fructuosi,* Braga, 1974. (Postula que es una obra anónima.)
CORDOSO, I.: *Vida de S. Fructuoso,* Braga, 1978. (Trad. port.; postula que es obra de Valerio.)
ARCE, A.: *Itinerario de la Virgen Egeria,* Madrid, 1980. (Publica en lat. y castell. la Carta de Valerio sobre Egeria, págs. 8-17).
BODELÓN, S.: «El Renacimiento berciano del siglo VII», AQUIANA, núm. 693 (1985).

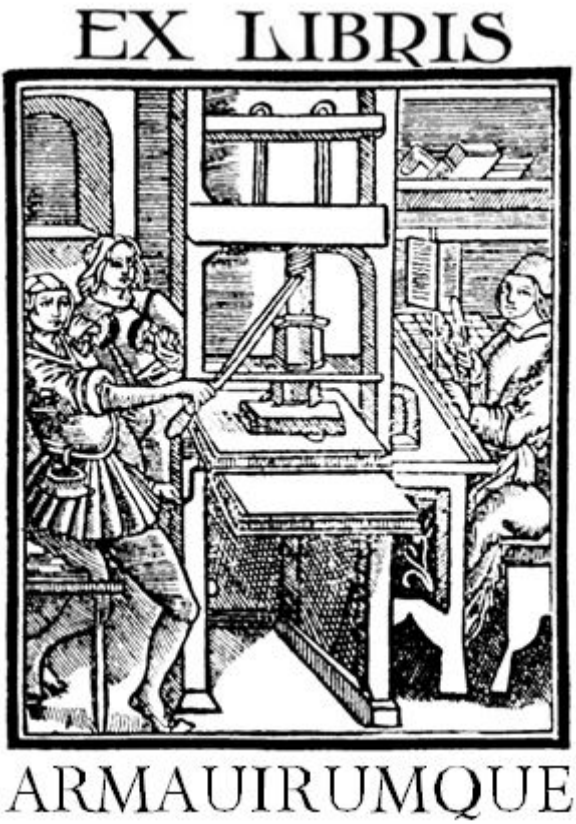
Sisebuto, rey godo

BÜCHELER-RIESE: *Carmen del eclipsibus solis et lunae,* Leipzig, 1906, en *(Anthologia Latina).*
M. MÉNDEZ BEJARANO: *Astronomicon,* Madrid, 1919 (edic. y traduc).
STACH, W., *Bemerkunger zu den gechichte des wetsgotenkönings Sisebut,* en «Corona Quernea» Festgabe K. Strecker, Leipzig, 1941.
W. STACH, *Epistola ad Isidorum de libro notarum,* edic. y trad. en «Die Antike», Berlín, 1943.
FONTAINE, J.: *Isidore de Séville, Traité de la Nature,* Burdeos, 1960. Tiene como prólogo el *Poema* astronómico de Sisebuto.
RECCHIA, V.: *Sisebuto di Toledo: il «Carmen de luna»,* Bari, 1971.
GIL, J.:*Miscellanea wisigothica,* Sevilla 1972 en págs. 52-68, edición de la *Vita Sancti Desiderii Viennensis,* escrita por Sisebuto.

S. Fulgencio de Toledo

YEPES: *Fulgencio Santo Obispo,* Toledo 1584.
SOLER: *San Fulgencio, Doctor y Prelado defendido,* 1777.
VALLS: *Fulgenti Ecclesiae Doctoris Seraphico,* 1777.
SANDOVAL, P.: *Vida de San Fulgencio,* Pamplona, 1783.
HERRAIZ, J.: *Vida de San Fulgencio,* Madrid, 1790.
PENNISI, G.: *Fulgenzio e la Expositio sermonum antiquorum,* Florencia, 1963.
PLANCIADE, F.: *Fulgenzio Definitione di parole antiche,* Roma, 1969.
HEIM, R.: *Fabii Placiadis Fulgentii Opera,* Stuttgart, 1970.
MARTÍN, F.: *Escuelas de formación del clero en la España visigoda,* en *La patrología Toledano-visigoda,* Madrid, 1970.
ROBLES, L.: *La cultura religiosa de la España visigótica,* Escritos del Veda, 5 (1975).

PUERTAS, R.: *Iglesias hispánicas (siglos IV al VIII). Testimonios literarios,* Madrid, 1975.
COLLINS, R.: «Mérida and Toledo»: 550-585, en *Visigothic Spain,* New Approaches, Oxford, 1980.
VOLLMER: MGH auct. ant. XIV, pág. 243 y ss.



INDICE ONOMASTICO

Abadal de R., 41, 89.
Abelardo, 104.
Abelardo de Bath, 101.
Adhelmo, 44, 47, 53.
Agobardo de Lyón, 60, 61.
Aguirre, 40.
Agustín, 11, 13, 15, 18, 25, 26, 27, 38, 42, 45, 46, 47, 48, 60, 104.
Aigulfo, 58.
Alaejos, A., 35.
Albaro de Córdoba, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 53, 63.
Aldama, J. A., 35.
Alfonsi, L., 18, 59, 60, 61, 101.
Alfarabí, 90, 91.
Alfonso I el Batallador, 99.
Alfonso II el Casto, 30, 40, 41, 52, 66, 94.
Alfonso III, 39, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 74, 87, 113.
Alfonso VI, 79, 82, 96, 97, 111, 117.
Alfonso VII, 105.
Alfonso IX, 103.
Alfonso X el Sabio, 23, 30.
Algacel, 90, 91.
Alkindi, 91.
Almanzor, 43, 73, 74, 78.
Almeida de M. C., 22.
Alonso, M., 92.
Amador de los Ríos, 9, 11, 13, 15.
Ambrosio, 11, 27, 42, 46, 48, 51, 94.
Ambrosio de Morales, 47.
Amiano Marcelino, 30.
Andreu Solis, M., 27, 35.
Aniano, 58.
Anónimo del Epitaphion Antoninaz, 23.
Anónimo de Osma, 82.
Anónimo del siglo IX?, 43.
Ansefredo, 49.
Anspach, A. E., 35.
Antolín, G., 48, 49.
Apiano, 46.
Apolodoro, 18.
Apringio de Beja, 10, 13, 67.
Apuleyo, 25.
Arandiselo, 67.
Arator, 46.
Arce, A., 22.
Arcipreste de Hita, 79, 80, 101.
Arévalo, F., 24.
Arnaldo de Astorga, 105.
Arnaldo de Mont, 93.
Arnaldo de Ripoll, 106.
Aristóteles, 44, 45.
Arnobio, 46.

Arnoldd, M., 52.
Ascario, 42, 43.
Atanagildo, 14, 48.
Atanasio, 49.
Ausonio, 46, 47.
Avendhant, 90, 91.
Avicebrón, 92.
Avicena, 90, 91.
Avieno, 45, 47.
Aymerico Picaudi, 93.

Baeumker, C. L., 91, 92.
Baldegotona, 45.
Ballesteros, S., 35.
Baluzo, 61.
Barlow, C. W., 15.
Barrau, L.-Dihigo, 114.
Basila, 16.
Baudissin, 47.
Baunard, 59.
Baur, L., 92.
Beato de Liébana, 42, 44, 46, 104.
Beda el Venerable, 71, 90, 100, 104.
Beer, R., 34.
Benito de Aniano, 58.
Benito de Nursia, 12, 16, 26, 58, 67.
Berceo, 81, 83, 84, 117.
Berenguela, 103.
Berganza, F., 13, 39, 76, 108.
Bergemi, 58.
Bernardo de Brihuega, 22.
Bernardo de Claraval, 105.
Bernardo de Guido, 22.
Bernardo rey de Italia, 58.
Bernardo de Sédirac, 82, 89.
Bexker, G., 34.
Bigne de la, M., 45.
Bisko, Ch., 97.
Blanco, V., 40.
Blázquez, A., 34.
Blume, C., 52, 69.
Boccaccio, 101.
Bodelón, S., 12, 13, 20, 22, 52, 62, 66, 70, 73, 74, 78, 80, 84, 85, 88, 91, 93, 101, 118, 121, 122, 125, 126.
Boecio, 25, 90, 91, 101.
Boer de, C., 52.
Boner, H., 32.
Bosworth, J., 33.
Braulio, 15, 16, 17, 18, 21, 23, 25, 28, 46, 48, 49, 80, 81.
Brehaut, 34.
Brioso, F., 51.
Bruyne de, D., 48, 116.
Brumenque, 34.
Bulgarano, 15, 23.
Bülow, E., 92.
Burel, A., 34.

Calíope, 93.
Calixto II, 97.
Calvino, 61.
Callier; D., 61.
Campelo, J., 97.
Campos, J., 12, 16, 21, 27, 36.
Cañal, J., 34.
Cardoso, J., 20, 21.
Carlomagno, 58, 59, 89, 93.
Carlos Martel, 57..
Casariego, J. E., 62, 64, 69, 87.
Casiano, 13, 15, 20, 21, 26, 48.
Casiodoro, 26, 36, 46
Castro Américo, 9.
Catón, 25, 44.
Catulo, 25, 75.
Cayetano, C., 40.
Cecilio, 48.
Celso, 25.
Cervantes, 101.
César, 25, 79.
Cesáreo de Arlés, 13, 21, 26.
Cicerón, 25, 49, 90.
El Cid, 76, 77, 81, 97, 108, 109, 110, 111, 118.
Cipriano, 48, 53, 54, 104.
Cirot, G., 117.
Cixila, 40.
Claudiano, 23, 26, 48.
Claudio de Turín, 60.
Cobo, R., 66.
Codoñer, C., 14, 19, 26, 36, 51.

Colbert, E. F., 45.
Columela, 25.
Comba, 60.
Conancio, 20.
Constancio de Lyón, 21.
Coripo, 115.
Correns, P., 92.
Cortés y Góngora, 35.
Coste, D., 34.
Cotarelo, E., 68.
Creig, C., 119.
Cuissard, 59.

Chaparro, C., 27, 36.
Chaucer, 101.
Chevalier, U., 51, 52, 83.
Chindasvinto, 17, 18.
Chrétien de Troyes, 52.

David, P., 87.
Demócrito, 25.
Demóstenes, 46.
Díaz y Díaz, 9, 12, 14, 15, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 27, 28, 29, 34, 38, 39, 40, 41, 43, 46, 48, 49, 52, 56, 58, 62, 63, 64, 67, 69, 70, 71, 75, 76, 78, 80, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 94, 95, 96, 100, 102, 103, 105, 109, 111, 112, 113, 114, 121, 125.
Diógenes, 101.
Dolopathos, 101.
Donato, 49, 90.
Donini, G., 36.
Dozy, 110.
Draconcio, 18, 23, 46.
Dressel, 34.
Dreves, 82, 95.
Dronke, 82.
Drumario, 13.
Dulcidio, 62, 69.
Dummler, 60.
Durany, M., 20, 68.
Dzialowski, G., 34.

Eco Umberto, 42.
Egeria, 15, 20, 22.
Ekkehard, 79.
Eladio, 28, 40.
Eliot, T. S., 52.
Elipando, 40, 41, 42, 48, 49, 60, 61.
Eloisa, 104.
Elpidio, 10.
Elorduy, E., 35.
Elvira de Castilla, reina, 115.
Emeterio de Carracedo, 74.
Enge, R., 61.
Engels, J., 25, 36.
Ennio, 25, 95.
Ennodio, 51.
Entwistle, W. J., 118.
Escoto, 90.
Esperandeo, 44, 46, 50.
Esteban de Celanova, 84, 85.
Epicuro, 25, 50.
Esquines, 46.
Eucherio, 43, 46.
Euclides, 101.
Eugenio de Toledo, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 47, 51, 53, 59.
Eulogio, 30, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 53.
Eusebio, 12, 25, 26, 46.
Euterpe, 56.
Eutropio, 10, 11, 15, 16.
Evagrio, 67.
Evancio, 38.

Fávila, 66.
Felipe II, 116.
Félix de Urgell, 40, 58, 60, 61.
Fernández Conde, F. J., 21, 41, 114.
Fernández Vallina, E., 74, 116.
Ferotin, M., 87.
Ferrate, J., 56.
Ferreras, 76.
Festo, 26.
Feuardentins, F., 40.
Fidelio, 40, 42.
Filomela, 18, 52, 53.
Fita, F., 43.
Flaquer, S., 34.
Florentina, 15, 24, 27, 28.

Flórez, E., 39, 40, 47, 48, 49, 53, 62, 66, 88, 97, 108, 114.
Flórez, F., 21
Floriano, A., 41.
Fontaine, J., 24, 25, 29, 35, 45.
Fontan, A., 13, 14, 15.
Fontano, 13.
Fortunato, 13, 59.
Foss, 58.
Fray Luis de León, 27.
Franke, F. R., 43.
Fredeario, 38.
Fructuoso, 16, 17, 20, 21, 27, 36.
Frunimiano, 16.
Fugitivo de Sevilla, 21.
Fulgencio, 14, 24, 27, 28, 46, 48.
Fulgencio de Ruspe, 104.

Galeno, 25.
Galland, A., 100.
García I, rey de León, 65.
García Gual, C., 56.
García Larragueta, S., 114.
García Moreno, L. A., 28.
García Rives, 35.
García de Toledo, 78.
García Villada, A., 42, 62, 63, 66.
Gautier de Chateau Renard, 93.
Gelmírez, 21, 85, 87, 92, 96, 97, 109, 110, 117.
Geloira, reina, 86.
Genadio del Bierzo, 66, 67, 85.
Genadio de Marsella, 26, 31, 38, 46, 49.
Geraldes, J., 13.
Gerardo de Beauvais, 97, 98, 110, 117.
Gerardo de Cremona, 90.
Gerberto de Aurillac, 70.
Giamboni, B., 32.
Gil, J., 9, 23, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 104, 108.
Gilson, C., 91, 94.
Gisemundo, 71.
Gómez Moreno, M., 43, 62, 63, 74, 89.
González Cuenca, 36.
González F., 34.
Gordon, P. A., 96, 105.
Great, 32.
Gregorio Magno, 15, 25, 38, 44, 45, 46, 48, 49, 67, 85, 104.
Gregorio VII, 82.
Gregorio de Tours, 13.
Gregorio de Zaragoza, 15.
Gribaudi, 34.
Grimaldo, 80, 81.
Guivado, conde, 68.
Guido de Arezzo, 70.
Guifredo, 53.
Guisindo, 55.
Gundisalvo, 89, 90, 91.

Hamel, A., 106.
Hanck, 57.
Hans Vorburg, 32.
Hartel, 56.
Haskins, Ch., 93.
Havercamp, S., 32, 33.
Hélin, M., 79, 80, 100, 101.
Hench, G., 34.
Heráclito, 25.
Herculano, A., 84.
Hermenegildo, 15.
Hermógenes, 50.
Hernández, M. C., 91.
Herrero, V. J., 71.
Heterio de Osma, 40, 41.
Highet, G., 52.
Higinio, 18.
Hilario, 13, 25, 46, 48.
Hilka, A.-Söderjeim, W., 100.
Hillgarth, T. N., 20, 35.
Hipócrates, 25.
Hittorpi, G., 32.
Holstenius, L., 58.
Holzmann, A., 34.
Homero, 46, 52.
Honorio, 17.
Horacio, 17, 20, 25, 79, 94.
Horrent, J., 77.
Huici, A., 74, 108.
Hugo el cluniacense, 97, 118.
Hyginio, 52.

Idacio, 12, 14, 115.
Idalio de Barcelona, 20.
Ihm, M., 34.
Ildefonso de Toledo, 17, 19, 26, 38, 48, 57.
Inocencio III, 27.
Isidoro Pacense, 115.
Isidoro de Sevilla, 10, 13, 14, 15, 16, 17, 20, 21, 23-36, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 46, 48, 49, 51, 52, 57, 62, 64, 67, 70, 78, 88, 90, 102, 103, 105, 115.

Jacobo de Vorágine, 22.
Jacques de Vitry, 100.
Jerónimo, 12, 13, 14, 15, 17, 18, 21, 22, 25, 26, 27, 38, 45, 46, 47, 48, 53, 67.
Jiménez, B., 49.
Jordanes, 30.
Josefo, 26.
Juan Avendhant, 90, 91.
Juan de Bíclaro, 10, 11, 12, 16, 26, 38.
Juan Clímaco, 67.
Juan Crisóstomo, 22, 25.
Juan Hispalense, 49.
Juan de Seille, 101.
Juan de Zaragoza, 16, 17.
Julián de Toledo, 19, 20, 31, 43, 46, 48, 51, 57, 116.
Justiniano, 10.
Justino, 15, 26.
Justino el Mozo, 12.
Justo de Urgell, 10, 12, 15.
Juvenal, 17, 25, 44, 47, 79, 98.
Juvenco, 48, 49.

Kempis, 27.
Klubertanz, G. P., 91.
Kohler, Ch., 116.

Lacarra, J. M., 88, 89.
Leandro de Sevilla, 11, 15, 16, 24, 51.
Lehmann, P., 36, 76.
Leonardi, C., 35.
León Magno, 46, 95.
Leovigildo, 12.
Leovigildo de Córdoba, 49, 54.
Levuina, condesa, 68.
Liechtenstein, P., 91.
Liciniano de Cartagena, 10, 11, 12, 38.
Lida de Maikiel, R. M., 19, 74, 74, 77, 78, 81.
Linage Conde, A., 69.
Lindsay, W. H., 34, 36.
Loewe-Hartel, 44.
López Ferreiro, 87.
López Pereira, J. E., 39.
Lorenzana, F. A., 47, 103.
Lotario dei Segni, 27.
Lowënthal, A., 92.
Lucano, 20, 25, 71.
Lucas de Tuy, 102.
Lucilio, 20.
Lucrecio, 23, 25.
Ludovico Pío, 58.
Lutero, 61.

Llamazares, J., 35.

Macé, 61.
Madoz, J., 11, 17, 18, 23, 35, 43, 47.
Mahoma, 63.
Malario, 61.
Manitius, M., 46, 48, 53, 54.
Marcial, 20, 25, 28, 47, 71, 79.
Marciano Capela, 23, 26.
Marcodurani, F., 32.
Marcos Oroz, 36.
Mariner, S., 86.
Mario Victorino, 25.
Martín Dumiense, 10, 13, 14, 15, 20, 23, 51, 57.
Martín Compostelano, 86.
Martín de León, 102, 103, 104, 105, 117.
Martínez, E., 47.
Martínez, H., 83.
Masona, 28.
Matoso, J., 86.
Mauregato, 41, 52, 94.
Mauricio, 12.

Máximo de Zaragoza, 23, 51.
Melpómene, 56.
Menard, P. H., 58.
Menéndez Pidal, 30, 64, 77, 88, 109, 110, 111, 112, 118, 119.
Menéndez y Pelayo, M., 29, 41, 42, 92.
Messena, C., 18.
Millán (San), 17, 51, 81.
Millares, C., 36, 44.
Millás, J. M., 71, 72, 99.
Minge, 34, 58, 98, 102.
Minucio Félix, 46.
Mommsen, Th., 26, 39, 61, 88, 114.
Moralejo, J. L., 9, 63, 66, 71, 72, 74, 77, 79, 91, 93, 97, 100, 106, 111.
Morales, A., 47, 116.
Muir Whitehill, W., 93.
Morin, G., 57.
Muckle, J. T., 92.
Mullins, 35.
Mummadona, Condesa, 85.

Nagy, A., 87, 92.
Nascimento, A. A., 84.
Nebridio, 10, 15.
Nicolau d'Olwer, L., 70, 71, 109.
Norberg, D., 59, 82.
Nuño Alfonso, el compostelano, 97.

O'Conner, 24.
Odorario de Lugo, 86.
Offilon, 48, 54.
Oliba de Ripoll, 70.
Omar-ben Hafsun, 63.
Ordoño II, 65, 68, 85.
Ordoño de Celanora, 84.
Orígenes, 25, 46.
Oroncio de Mérida, 21.
Orosio, 25, 26, 27.
Oroz, J., 16, 17, 24, 26, 28, 29, 36, 81.
Osio, 16.
Otero, J., 35.
Otto, F. 34.
Ovidio, 52, 59, 113.

Pablo, 22, 50.
Pacomio, 16, 26.
Palacios Royán, J., 48.
Papeboch, D., 84.
Panicha, 89.
Pascasio Dumiense, 13, 20, 23.
Pasqual, J., 89.
Paulinier, 58.
Paulino de Nola, 18.
Paulo de Mérida, (conde), 19, 22, 23.
Pausanias, 18.
Pedro Alfonso, 99, 100, 101, 102.
Pedro de Bourges, 82, 83, 84.
Pedro Gundesindez, el compostelano, 97.
Pedro de Ercavica, 11.
Pedro Lombardo, 104.
Peixoto da Fonseca, F. V., 56.
Pelayo, 65, 115.
Pelayo obispo de Oviedo, 74, 75, 76, 111, 113, 114, 115. 116. 117.
Pereira, M. H., 86.
Pérez Bayer, 42.
Pérez de Urbel, 10, 23, 26, 30, 35, 42, 43, 45, 51, 57, 67, 73, 74, 76, 79, 85, 111, 113, 115.
Persio, 25, 46, 79.
Pflugk-Harttung, 80.
Picaud Aymerico, 93.
Píndaro, 59.
Pinel, 67.
Pirminio, 57.
Platón, 25, 50, 101.
Plauto, 79.
Plinio, 25.
Polemio de Astorga, 13.
Pontius, L., 45.
Pons, P., 35.
Porfirio, 25, 47.
Prelog, J., 66, 74, 113, 116, 117.
Prisciano, 62.
Prisciliano, 49.
Procne, 18, 53.

Próspero, 12, 67.
Prudencio, 25, 51, 59, 71.

Quadrado, J. M., 68.
Quevedo, 80, 101.
Quiles, I., 24.
Quintana Prieto, A., 66, 68.
Quintanadueñas, 24.
Quintiliano, 90.
Quirico de Barcelona, 23, 51.

Raby, D. E. J., 23, 47, 51, 95.
Raimundo de Toledo, 89.
Ramiro II, 68.
Ramiro III, 73.
Ramón Berenguer II, 77.
Rathier, 79.
Recaredo, 12, 15, 23, 38.
Recesvinto abad, 52.
Recesvinto, 17, 21, 38.
Rechia, V., 23.
Reyes, A., 77.
Riaza, R., 35.
Rico, F., 81, 82, 83, 90, 94, 98, 101, 108, 112, 113, 118.
De los Ríos, Amador, 9, 11, 13.
Risco, M., 81, 86.
Robles, L., 19, 36, 102.
Roca Meliá, I., 25, 36.
Rocha Da, M., 86.
Rodríguez Alonso, 26, 36.
Rodríguez López, L., 67, 88.
Rodríguez Niceto, C., 108.
Roesler, S., 34.
Romero, J. L., 35.
Rosendo de Celanova,84, 85, 86.
Rozier, L., 61.
Ruano, E. B., 42.
Rubió i Lluch, A., 106.
Rufino, 22, 41, 43.
Rufo, 46.
Ruiz, A. S., 45.

Sackur, G. H. E., 80.
Sáez de Aguirre, J. 114.
Salius, H., 99.
Salman, H., 91.
Salomón de Ripoll, 70.
Salomón de Toledo, 90.
Salustio, 20, 25, 46, 79, 98, 112, 113.
Salvador Martínez, H., 106, 118, 119.
Salvio de Albelda, 68, 69.
Sampiro del Bierzo,73, 74, 75, 76, 86, 111, 112, 114, 115, 116.
Samsón, 47, 48, 54.
Sánchez Albornoz, C., 9, 61, 62, 64, 97.
Sánchez Alonso, B., 114, 117.
Sánchez Belda, L., 41, 105.
Sancho II, 115, 117, 118, 119.
Sancho Garcés, 79.
Sancho el Mayor de Navarra, 89.
Sanders, A., 42.
Sandoval, P., 39, 66, 76, 108.
Santos Coco, F., 74, 112.
Sebastián obispo de Salamanca, 64, 65, 114.
Sedulio, 46, 47, 48, 53, 79.
Sejourné, P., 35.
Séneca, 25.
Serrano, L., 18, 49.
Severiano, 15, 24.
Severo de Málaga, 10, 11, 15, 16.
Silvestre II, 70.
Shakespeare, 52.
Simonet, F. J., 43, 49, 52, 54.
Sisebuto, 15, 22, 23, 25, 27, 28, 51, 116.
Smedt de, C., 81.
Sócrates, 101.
Solón, 56.
Spitzer, L., 77.
Stero, M., 65.
Suárez, M., 97.
Suetonio, 25, 29, 113.
Suintila, 26.
Sulpicio Severo, 12, 22, 23.
Sunifredo de Urgell, 70, 76.
Surio, L., 40.
Susin, R., 36.
Sweet, H., 33.

Tácito, 30.
Tajón, 17, 46, 104.

de Tejada, F. E., 97.
Teodomiro, 14, 60, 69.
Teodora, 24.
Teodorico, 24.
Teodulfo, 18, 47, 53, 59.
Terencio, 17, 71, 79.
Tertuliano, 15, 25, 61.
Thery, G., 92.
Thomas de Cantimpré, 100.
Thomson, M., 80.
Thorndike, L., 99.
Thorpe, R., 33.
Thorsberg, B., 48.
Tito Livio, 25, 113.
Tolomeo, 99.
Toribio de Liébana, 41.
Torres, J., 34.
Traube, L., 52, 53, 54, 55.
Tuseredo, 42, 43.

Ubieto Arteta, A., 65, 66, 111, 112, 117.
Urbano II, 82, 97, 114.
Urbano de Peñalba, 69.
Urbano de Toledo, 38.
Urraca, 97.

Väänänen, V., 56.
Valenti, S., 34.
Valerio, 16, 21, 22, 23, 51.
Valerio Flaco, 44, 47.
Vázquez de Parga, L., 40.
Varrón, 25.
Vega, A. C., 27, 35, 44, 46, 48.
Velado, B., 68.
Velasquita, reina, 115.
Velázquez, J., 16.
Venancio Fortunato, 13, 59, 115.
Vera, F., 35.
Verdejo, M. D., 41.
Vergara de, S., 80.
Vermudo II, 73, 74, 75, 114, 115.
Vicentio de Zaragoza, 11.
Víctor de Túnez, 12.
Vielliard, J., 96.
Vigilán de Albelda, 68, 69.
Villanueva, J., 34.
Vinay, G., 71.
Viñayo, A., 21, 103, 105.
Virgilio, 17, 18, 20, 25, 46, 47, 48, 52, 59, 71, 105, 107, 113.
Vives, J., 10, 43.
Voldeding, J. E., 34.
Vorburg Hans, 32.

Walcher de Malvern, 101.
Wamba, 20, 115.
Weinhold, K., 34.
Wifredo el Velloso, 70, 76.
Wiliesindo, 45.
Wittimer, 13.

Zangemeister, K., 33.
Zoilo, 54.

INDICE GENERAL

Pág.

INTRODUCCIÓN 9

I. EPOCA VISIGÓTICA 10
Justo de Urgell 10
Eutropio de Valencia 11
Severo de Málaga 11
Liciniano de Cartagena 11
Juan de Bíclaro 12
Apringio de Beja 13
Martín Dumiense 13
Leandro de Sevilla 15
Braulio 16
Tajón de Zaragoza 17
Eugenio de Toledo 18
Ildefonso de Toledo 19
Julián de Toledo 19
Fructuoso del Bierzo 20
Valerio del Bierzo 21
Otros escritores visigodos 23
San Isidoro de Sevilla 24

II. DEL 711 AL AÑO 1000 37
Evancio 37
Crónica del 741 38
Crónica del 754 (Crónica Mozárabe) 39
Cixila de Toledo. La Vita Ildefonsi 40
Elipando 40
Beato de Liébana 41
Ascarico y Tuseredo 42
El autor de la «Historia de Mahoma» 43

Anónimo del siglo IX 43
Eulogio 44
Albaro de Córdoba 46
Samsón 47
Leovigildo de Córdoba 48
Juan Hispalense 49
El Abad Esperandeo 50
La Poesía en la España del VIII y IX 51
La Diáspora hispánica de los siglos VIII y IX 56
Crónicas del reinado de Alfonso III 61
Genadio del Bierzo 66
Salvio y Vigilán de Albelda 68
La Escuela de Ripoll 69

III. DEL AÑO 1000 AL SIGLO XIII 73
Sampiro y su Crónica 73
Carmen Campidoctoris: primer poema del Cid 76
La Garcineida: obra paródica del siglo XI 78
Grimaldo 80
El Poeta anónimo de Osma 82
Vita Rudesindi y las letras en Galicia 84
Chronica Minora (siglo XI) 86
Gundisalvo y los traductores de Toledo 89
Liber Sancti Iacobi (Codex Calixtinus) 92
Gelmírez y el Registrum o Historia Compostel. 96
Pedro Alfonso 99
San Martín de León 102
Chronica Adefonsi Imperatoris y «Poe. de Almería» 105
Gesta Roderici 108
Crónica Seminense llamada Silense 111
Corpus pelagianum 113
Crónica Najerense y Poema de Sancho II 117

IV. APÉNDICE DE BIBLIOGRAFÍA VISIGÓTICA 120
ÍNDICE ONOMÁSTICO 128

Serafín Bodelón, nacido en Narayola —El Bierzo— (León), hace cuarenta y dos años, catedrático de Lengua Latina, profesor de la Universidad Nacional a Distancia en Asturias y Doctor en Filología con la tesis «Crítica textual a Lucrecio», es autor de varios libros de poemas: «Ramas adúlteras» (1970), «Eros vuelve» (1972), «Palabras usurpadas» (1986); en 1987 ve la luz su «Crítica textual a Lucrecio» y en 1988 «El discurso verdadero contra los cristianos» de Celso. En su estudio sobre literatura latina medieval, concretado en el espacio español, el autor divide su texto en tres grandes secciones, abarcando la primera época visigótica, la segunda el período que se abre en el 711 con la invasión musulmana y que llega hasta el fin del milenio, y la tercera desde el año 1000 hasta finales del XIII. Así, en el rico mosaico que se despliega ante nuestros ojos, va surgiendo la historia de una poesía, desde Leandro de Sevilla a la *Crónica najerense,* no por poco conocida menos sustancial y fascinante.